

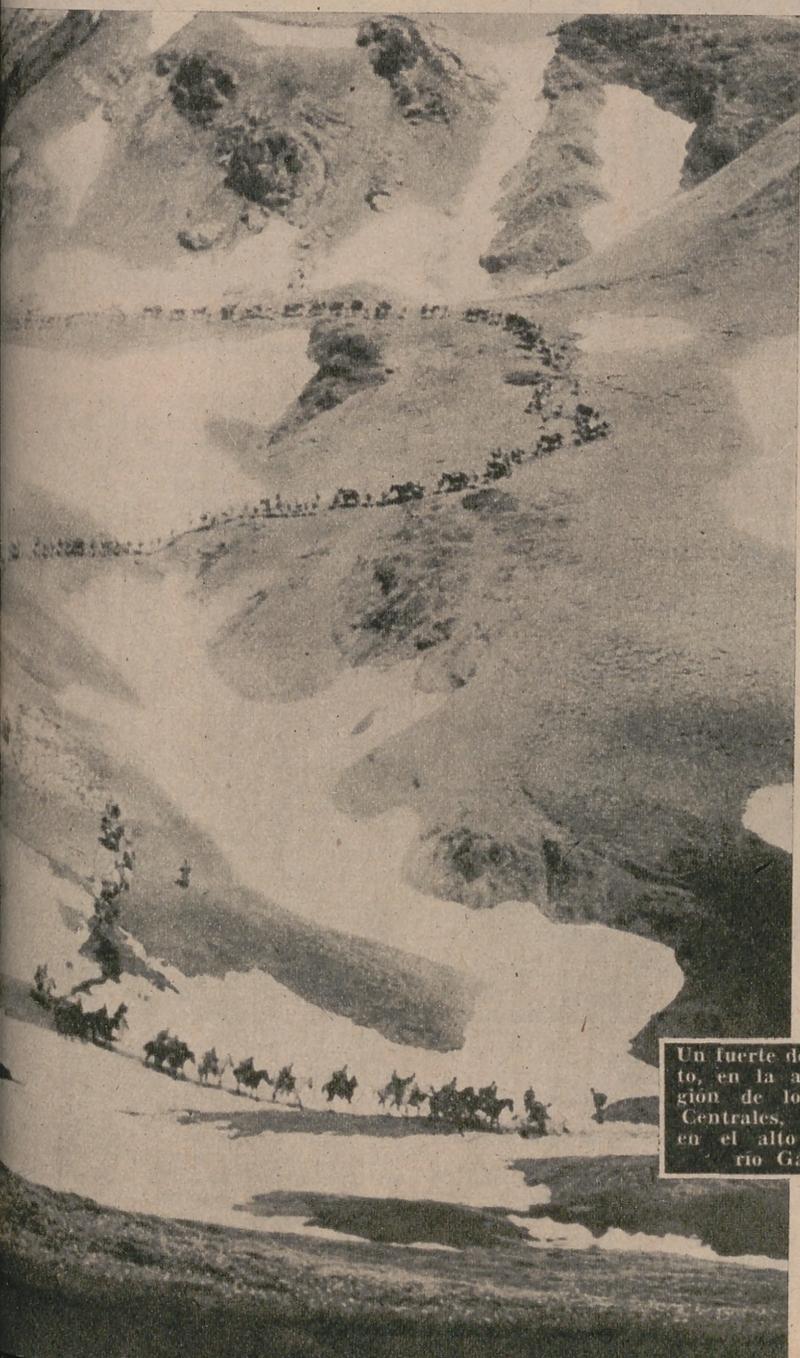
EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 9-15 agosto de 1953 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - El Epoca - Número 248

HAY PIRINEOS:



Un sistema defensivo
inexpugnable que
estaría a punto en
el momento preciso

En sus valles y vertiente
se adiestran los soldados
de nuestro Ejército

**Valoración estratégica de
cordillera pirenaica por el
coronel F. VILLALBA RUBIO**

YA hacia el siglo VI antes de Jesucristo el geógrafo griego Strabon, en su libro III sobre «Iberia», cita a los montes «Pyrene», los actuales Pirineos, a los que asigna una longitud de unos 3.000 estadios (unos 554 kilómetros).

Tal nombre de «Pyrene» se deriva de la voz «pyr», que significa «fuego», debido a que, habiéndose incendiado por aquel lejano entonces los frondosos bosques que cubrían las laderas pirenaicas, de ellas «manó plata fundida».

Por aquel entonces (siglos VII al V antes de Jesucristo), vascos y aquitanos vivían completamente separados por los Pirineos Occidentales, y a los iberos e iberoligures sucedía lo propio con relación a los Orientales.

Bajo el Imperio romano y hacia principios de nuestra Era todas las tierras inmediatas a los actuales Pirineos se hallaban dominadas y guarnecidas por sus

Un fuerte destacamento, en la abrupta región de los Pirineos Centrales, desciende en el alto valle del río Gállego



Un grupo de infantería de «alta montaña» preparándose para (con todo su armamento) coronar un pico



Detalle de una «escalada» realizada en nuestra Escuela de Alta Montaña por soldados adiestrados



Este alumno de la Escuela de Alta Montaña realiza con toda felicidad un arriesgado descenso «en rappel»



A varios miles de metros de altitud, en el alto curso del río Arazas, este grupo de oficiales, con su coronel, realizan las más duras prácticas, que les harán aptos para conducir a sus hombres por cresterías y barrancadas

legiones y la provincia hispano-romana Tarraconense estaba separada por los actuales Pirineos de las provincias francorromanas de Aquitania y de la denominada Provincia Romana o de Marsella.

En el siglo III de nuestra era perduraba la citada división imperial romana, y lo mismo bajo Diocleciano, en la que las «diócesis» de España y Vienne (mediodía de Francia) estaban separadas por los actuales Pirineos.

A la caída del Imperio romano de Occidente sufre un eclipse el valor fronterizo y diferencial de los Pirineos, y el reino de los visigodos, abarcando la casi totalidad de la Península (salvo el Portugal septentrional y Galicia) y el centro y mediodía de la actual Francia, no hace ningún caso de la ya secular barrera, que queda incluida en su territorio.

La región que de la Galia (hoy Francia) ocuparan los visigodos progresivamente fué reduciéndose, y así vemos cómo hacia el 561 sólo resta incluida en el citado reino una reducida comarca inmediata a los Pirineos Orientales.

El nulo valor como obstáculo geográfico de los Pirineos Orientales se pone nuevamente de manifiesto cuando la riada árabe, tras de romper el muro de contención visigodo en el Guadalet y atravesar la Península, se adueñó rápidamente de la citada región del sueste de Francia.

Carlomagno no desconoció el valor de la cordillera pirenaica como obstáculo que oponer a los musulmanes, y mediante alianzas con los nacientes Estados espa-

ñoles de la Reconquista (Navarra, Sobrarbe, Ribagorza y Barcelona) estableció una región que pudiéramos denominar «de seguridad» en la frontera suroeste de su Imperio, y bastándole el bastión navarro para la guarda de la débil barrera que los Pirineos Occidentales suponen, y lo mismo respecto a Sobrarbe y Ribagorza respecto de los semiinfranqueables Centrales, estableció una de sus famosas «marcas» para defender los Orientales, con el condado de Barcelona, al que, ateniéndose a la verdadera significación eminentemente geográfica del vocablo «España», denominó «Marca Hispánica».

El siglo XIV, y con respecto a los Pirineos, nos presenta la novedad de un reino (el de Navarra) a caballo en ellos, pues comprendía la actual Navarra española y una parte del actual departamento francés de los Bajos Pirineos, en la comarca del Bearne.

El talento político de Fernando el Católico devuelve a los Pirineos su valoración fronteriza, y cuando el gran duque de Alba (ayudado en gran parte por los navarros) ocupa el reino de Navarra, al llegar a los Pirineos detiene sus invencibles tercios, dejando a Francia la parte bearnesa del citado reino.

A todo esto, y como residuo de la penetración que, primero los visigodos y después los árabes practicaron en la región sueste de la actual Francia, las regiones hoy francesas del Rosellón y la Cerdeña, no obstante ser trans-

pirenaicas, se hallaban bajo la soberanía española, y es a la desdichada campaña de los Pirineos (1793-95) a la que corresponde el honor de haber situado la frontera hispanofrancesa en la divisoria «aproximadamente», pues en el trazado de tal frontera sistemáticamente se desatendieron por la parte gala las más claras necesidades geográficas, militares y políticas españolas, y como botón de muestra de este aserto baste señalar el pleito que hace días suscitó el intento francés de desviar la salida de las aguas del lago Lanós, Le Noix o La Nuez, que constituye uno de los brazos sorgentíferos del río español Segre, que recibe las aguas del río Carol, por el que «naturalmente» vierte el citado lago Lanós.

Desde la iniciación de la Gloriosa Cruzada de Liberación fué preocupación primordial del General Franco adueñarse de la región subpirenaica para aislar la España dominada por el Gobierno rojo, de Francia, procedente de la cual y a través de ella fluían sin cesar bastimentos y combatientes a los rojos.

Navarros y aragoneses desde julio de 1936 fueron dueños del Pirineo Central, y a poco los bravos navarros (entre los que merece mención especial el bravo y valeroso coronel Beorlegu, que allí cayó), al adueñarse a pech, descubrieron del campo atrincherado de Oyarzun, cerraron a los rojos los Pirineos Occidentales.

Los Orientales, abiertos durante toda la contienda, fueron amplia puerta por la que sin cesar

afuyó chusma extranjera y material de guerra también extranjero, no de la mejor clase, y que a peso de oro (expresión perfectamente aplicada en este caso) era «pagado» por el seudo Gobierno rojo.

«LA MARCA ATLÁNTICA»

Frente a frente el mundo occidental, civilizado y cristiano, y el oriental, semibárbaro y ateo, y considerablemente alterados los conceptos estratégicos por el creciente auge de la Aviación, para completar su dispositivo mundial de defensa y reacción, los Estados Unidos, que ya han creado las «marcas» asiáticas del Japón y Filipinas, parece lógico sea la Península Ibérica la elegida como «Marca Atlántica».

Cubiertas las costas peninsulares mediante artificios terrestres y navales, fuertemente guarnecida la vertiente sur de los Pirineos y todo ello amparado por una potente aviación, los Pirineos constituyen una barrera insalvable, que cubren casi medio millón de kilómetros cuadrados de extensión, poblados por más de 35 millones de habitantes, que, aparte de tener fama merecida de ser los mejores soldados del mundo, «conocen» lo que es el comunismo.

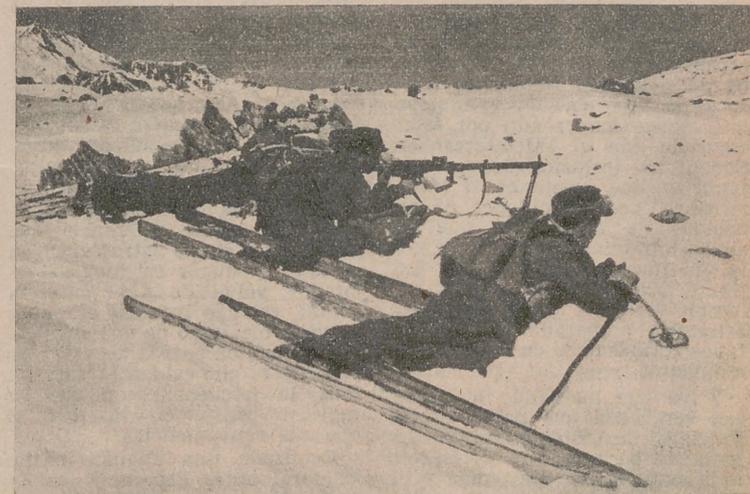
EL TIPO IDEAL DE CORDILLERA

El notable tratadista español general Almirante, al tratar de los Pirineos los atribuye «el tipo ideal que los geógrafos establecen para legítimas cordilleras

repartida entre ambas extremidades».

Con un desarrollo en línea recta de 450 kilómetros, los Pirineos, contemplados desde España, presentan tres claras diferencias: Orientales o catalanes, Centrales o aragoneses y Occidentales o navarros.

Por su situación, longitud, amplitud y altitud, los Pirineos a través de la Historia, como ya hemos visto, han constituido un obstáculo entre España y el res-



Tres esquiadores han descendido veloces y, deteniéndose bruscamente, se echan en la nieve y... ya está en posición el fusil ametrallador con su tirador y sirvientes



Prácticas de esquiadores en la Escuela Militar de Alta Montaña

pañol, cualidad que se ve agravada por una serie de serranías y contrafuertes de considerable elevación algunas y que, desprendidas de la dorsal principal, muchas no sólo no convergen hacia ella, sino que son paralelas a la citada dorsal.

Estas características orográficas anárquicas hacen aun más impracticables los Pirineos Centrales, montañas muy jóvenes geológicamente, de crestas muy aguzadas por haber sido muy escasamente erosionadas por los agentes atmosféricos.

UN ERROR INGLES

Se acostumbra por técnicos y profanos a definir someramente como «estratégico» el lugar tal o cual o la región esta o aquella, olvidándose que lo que califica a un lugar «de interés militar o naval» no es únicamente su posición en sí, sino las fuerzas que la guarnecen o en un determinado momento pueden guarnecerla.

Está más claro que un escaso destacamento fácilmente arrollable, por muy bien situado que esté inrustado en el dispositivo adversario, no puede asignar a tal lugar su verdadero valor.

Un ejemplo claro de este aserto nos lo presenta la base británica de Gibraltar: mientras tal base lo fué del «North Atlantic Squadron», o agrupación naval británica que vigilaba y dominaba el Atlántico Norte, tal base «poseía» una elevada valoración estratégica, mayor aun por estar enlazada con el «Mediterranean Squadron» (estacionado en Alejandría), que dominaba el Mediterráneo. Los 30 millones de toneladas de mercancías que en ambas direcciones circulaban por la vía imperial británica al Extremo Oriente constituían la columna vertebral de la economía británica, amparada por las citadas formaciones en sus estacionamientos.

Y ya que ha salido a relucir esa vergüenza que para nuestra Patria es la existencia de una colonia en su territorio y respecto a la noticia que hace días y de manera absolutamente irresponsable «dejó caer» la Prensa inglesa sobre un posible arrendamiento a la O. N. U. de la base de Gibraltar, está de más el mentis oficial británico a tal respecto, pues el tratado de Utrech dice tex-

tualmente: «Si en algún tiempo a la corona de la Gran Bretaña le pareciera conveniente dar, vender o enajenar de cualquier modo la propiedad de dicha ciudad (Nota: Atención a esto; el tratado de Utrech «no cedió ningún territorio a Inglaterra») de Gibraltar, se ha convenido y acordado por este tratado que se dará a la corona de España la primera acción antes que a otros para redimirla.»

Terminada la «ensalada» Cripps, que ha convertido al que fué Imperio británico de la India en una nación independiente (Birmania) y dos «naciones británicas» (Indostán y Pakistán), ni estas nuevas entidades estatales envían a Inglaterra sus materias primas ni reciben de ellas productos manufacturados, y ello, aumentado por la guerra asiática y las revueltas en la Malasia británica, han ocasionado que aquellos 30 millones de toneladas anuales se hayan reducido considerablemente. Esta disminución de su comercio ha ocasionado una grave crisis económica en Inglaterra, que al «no poder» sostener las fuerzas aeronavales necesarias para conservar la hegemonía mundial, Gibraltar sólo representa un recuerdo de la época victoriana, recuerdo que a los españoles, huelga consignarlo, no es particularmente grato.

Quede, pues, claro que ningún lugar tiene valor estratégico por sí mismo y no es «llave» de ninguna parte, sino que es el «clavon» donde puede colgarse la «llave», que son las fuerzas aéreas, terrestres y navales que han de guarnecerla.

Aclarada la cuestión y establecida la evidente diferencia que existe entre «lugar estratégico» en puridad y «lugar estratégico valorado», volviendo a la cuestión actual, es algo infantil el punto de vista británico de que «la Península Ibérica carece de valor estratégico»; ello evidencia, una vez más, la frecuencia con que los ingleses confunden la realidad con sus conveniencias.

Realizada una alianza militar bilateral entre España y los Estados Unidos, veamos cuáles son los problemas logísticos que se plantearán al mando conjunto respecto al lapso de tiempo necesario para situar a los combatientes (aéreos, navales y terrestres) a «pie de obra».

Unos 6.000 kilómetros separan los puertos atlánticos de los Estados Unidos de los puertos españoles del Golfo de Vizcaya y unos 7.000 de los situados en el Mediterráneo. Sólo algo más de 3.000 kilómetros separan a la costa soviética murmana del Golfo de Vizcaya. Es decir, la mitad; pero es del todo improbable (salvo alianzas que debieran ser imposibles) una acción roja fulminante sobre las costas nórdicas españolas, de carácter muy abrupto y, por tanto, muy defendibles, tanto por medios terrestres como por navales, sutiles y principalmente aéreos.

El nudo gordiano de tal alianza en particular y de cualquiera otra que se plantee en la actualidad reside en el factor aéreo.

Asignar una velocidad media de 800 kilómetros a la hora a un avión de transporte no es excesiva, y teniendo tal factor en cuenta, en siete horas y media pueden hallarse sobre bases peninsulares aerotransportes procedentes de las bases estadounidenses.

Sería inocente pensar que para la llegada de los contingentes de Estados Unidos, transportados en la forma dicha, España contara con sus excelentes aeropuertos, que, además de ser pocos, es muy probable fueran destruidos antes o al mismo tiempo de declararse la guerra. Nuestra Patria, por las tierras de León, por las aragonesas, castellanas, murcianas y andaluzas, cuenta con dilatadas llanuras, en cuyos bordes, y convenientemente situados trenes adecuados para habilitar campos de aterrizaje con rapidez, facilitarán el establecimiento «en pocas horas» de extensos e imbatibles aeródromos, a los que pueden llegar aerotransportes en gran número en perfectas condiciones de seguridad.

Nuestra red de carreteras y ferrocarriles hace lo demás, todo ello resguardado por una eficaz cobertura, de la que vamos a tratar.

UN BASTION INEX-PUGNABLE

Para evitar cualquier amago de envolvimiento por mar, nuestras costas, convenientemente guarnecidas, cubren la retaguardia y flancos de los Pirineos, y tales defensas consistirán en: a) Guarniciones costeras y artillado de puntos sensibles. b) Unidades sutiles de la Armada. c) Aviación de exploración y descubierta, integrada por unidades de tales tipos, con sus correspondientes unidades de caza de protección y torpederas para atacar, reforzando los elementos de superficie.

Respecto al despliegue terrestre, la región septentrional española, comprendida entre el Pirineo y

Asegúrese usted

EL ESPAÑOL

todas las semanas

solicitando una suscripción.

el Ebro, está suficientemente guarnecida con unidades ordinarias en los Orientales y Occidentales y con tropas especiales de esta montaña en los Centrales, suficientes para realizar una eficaz acción de interdicción.

Todo el dispositivo señalado precisa para su eficaz funcionamiento de numerosas unidades aéreas de caza que aseguren a los defensores terrestres y navales el dominio de la tercera dimensión; de explotación que tengan al corriente al mando de cualquier actividad del adversario; de «destructoros» que yugulen cualquier intento de penetración, y de bombarderos que batan a las unidades adversarias en los puntos de partida.

Planteadas así la cuestión, de manera clara y «perfectamente factible», se hace todavía más grotesco el punto de vista británico de que «la Península carece de valor estratégico», y es, por el contrario, un bastión inexpugnable ante el cual, como escribió hace más de un siglo el francés Marcillac (París, 1808), «los futuros de la anarquía» y de la revolución encontraron su muro de contención».

NO ES POSIBLE LA SORPRESA

De los inmutables principios estratégicos, es el de la «sorpresa» el que tiene una mayor peligrosidad para los occidentales, y para probar este aserto bastará recordar la actuación japonesa en 1904 antes de declarar la guerra al imperio ruso y en 1941 antes de declarar la guerra a los Estados Unidos.

Naval, en manera alguna puede ser la posible sorpresa; terrestre tampoco, pues más de 40 millones de alemanes (zona occidental) y otros tantos franceses, sin contar a Suiza y a los países del Benelux, a modo de glacis se extienden ante los Pirineos en una profundidad territorial (desde el Oder a los Pirineos) de unos 1.400 kilómetros.

Aérea sí puede ser la tal sorpresa; pero cabe preguntarse: ¿Ha evolucionado tanto el arte militar como para esperar de la acción aérea una decisión?

El lanzamiento de bombas atómicas sobre el Japón a finales de la segunda guerra mundial (1939-1945) no puede en manera alguna servir como modelo. «Morder no es lo mismo que mascar», y los japoneses dueños en el principio de tal contienda de extensos y riquísimos territorios, carecieron de medios y de tiempo para ponerlos en producción, y materialmente agotados sucumbieron en 1945 a las bombas atómicas; pero... ¿es que sin ellas hubieran durado mucho con las tropas norteamericanas sólidamente establecidas en las islas Riu-Kiu?

Es evidente que una acción aérea «madrugadora» destruiría rápida y eficazmente los aeropuertos peninsulares; pero es que una acción de tal índole puede destruir igualmente las extensas llanuras leonesas, extremeñas, castellanas, murcianas, aragonesas y andaluzas, aptas en pocas horas para ser convertidas en excelentes aeropuertos?

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

Señor don Waldo de Mier

AUN no se sabe bien, señor don Waldo de Mier, lo que hay dentro de un teniente, de un capitán o de un comandante del Tercio; porque de la valentía legionaria puede salir un notario (como es el caso de José Antonio Cortázar, poeta también, sobre todo), o el editor de más ancha generosidad para sus autores (tal el sevillano Lara, que ha reconquistado Barcelona dos veces), o el Caudillo de España, sin que necesiten su fama y su alabanza ningún paréntesis, o tú, Waldo de Mier, que con tu pierna ortopédica de mutilado has puesto fin a los falsos y sofisticados viajes sobre la tierra española, ya que en ridelante hay que partir de la visión directa, con tres dimensiones, minuciosamente real y novísima de tu trayectoria por Extremadura, por los antiguos reinos de Galicia y León, por el principado de Asturias, por el viejo reino de Don Jaime, por la Montaña, que en este país tan montañoso antonomásicamente es sólo una... Por allí anduviste a pie o has recorrido las provincias y los pueblos en autocar, en tren, en mulo, en carro y en bicicleta, como el primer viajero de una serie que ha clausurado un ciclo anterior de itinerarios iniciados en la fábula y cuyo colofón son las crónicas de viaje del último viajero romántico, de este epígono feliz de los maestros del 98, que es don Víctor de la Serna.

El director de «El Alcázar», José Pizarro, un extremeño de Cabeza de Buey, que ha nacido demasiado tarde para ser un conquistador de América, pero sin perder el brío y la tozudez de los conquistadores, tuvo empeño en que su periódico publicara la mejor película del oeste... español, el reportaje acerca del descubrimiento actual de Extremadura, de su nativo Badajoz. Así es que encargó de la misión a Camilo José Cela, acaso porque Pascual Duarte era extremeño, acaso, además, porque la prosa de Cela es impar y su retina recoge desde la catedral a la boñiga. Cela marchó, escribió, pero sus artículos no aparecieron impresos. Después Pizarro, que no se arredra ante nada, envió a Alberto Lavedán, a quien tampoco se le arruga el ombligo, con la consigna de relatar la impresionante transformación de las dehesas yermas en vergeles, en oasis, en paraísos. Lavedán, que es un as de los seriales sensacionales de gran reportero internacional, no acertó, sin embargo, en el hallazgo de lo que se le pedía con una intuitiva clarividencia por el director de «El Alcázar». «España cambia de piel» era el «slogan» propuesto por Pizarro a ambos escritores, magnates de la observación y del estilo, pero que incurrieron en los magníficos tópicos de un Avieno al describir España yéndose por las costas (por las ramas) en su «ora marítima», o de los geógrafos e historiadores griegos y latinos, a quienes las tribus ibéricas y celtibéricas se les subieron siempre a la cabeza, o de los cronicones medievales de moros y cristianos que sólo veían media España, o de los que iban en peregrinación a Santiago de Compostela con más miedo que vergüenza, o de los panegiristas retóricos de buena fe y culteranos de la mala, cuales el Rey Alfonso el Sabio, Quevedo, Gracián, Forner, etc., etc., porque había ya que discutir con nuestros enemigos de antaño, que son los mismos enemigos de hoy. Los que inventaron una España con brujas y bandoleros, con molinos de viento y castillos en España, o sea nos concedían una patria fantasmagórica, ni siquiera rural, anquilosada en la pus, en el piojo, en la sangre de chafarrinón, en la prehistórica edad primaria del universo. Estas son

las narraciones de los viajeros de la Europa que transitaron por nuestros siglos de grandeza militar o de decadencia política, antes y después de la batalla de Rocroy y de aquella batalla de las Dunas, menos conocida, pero tanto más dolorosa. Se escribía sobre España con un cliché, sobre una falsilla de renglones e intenciones torcidas, aunque nadie duda que en la interpretación noventa y ochesa de España y en las rutas de Ortega y Gasset en pos al paisaje, del liberalismo o del Cid, latía una médula nacional y patriótica.

Pizarro me dijo entonces: «A la tercera va la vencida.» Y el tercero fuiste tú, Waldo de Mier, que tenías que mirar a Extremadura con ojos de indiano y de legionario, con las pupilas impávidas delante de lo que muere y con las cariñosas pupilas en presencia de lo que es inmerital. Tú, Waldo, de abolengo monañés, procedías de México, que es la Nueva España, la única plataforma para saltar sin escrúpulos, con amor, con violencia a la España virgen, apelación prestada a nosotros en el título de un libro por un judío norteamericano que se llama como tú, Waldo: Waldo Frank. España virginal, España intacta, España reciente; no el país más desengañado y desvencijado de Europa, sino el país más juvenil, más prometedor, casi el más iluso, en el buen sentido de la palabra, de Occidente; el país de una Extremadura, de una Galicia, de una Cataluña, de un Levante, de unas Asturias potenciales y potentes, de un litoral que nos empuja hacia América y hacia África, o que las atrae con la fascinación del imán y de unos terruños, de unas glebas que se esponjan con el agua. Y donde hay vega se multiplica la población y aparece la máquina. Esto es, el país industrializado de cuarenta y cinco millones de españoles que rezan a Dios: la España presente y futura de Franco.

Mientras nos aligeraban del peso de Cuba, los americanos que combatían en la isla apañaron el «test» psicotécnico del «Mensaje a García», que parecía una hazaña imposible hasta que hubo un despabilado oficial del Ejército que lo llevó. También confiaba Pizarro en encontrar el suyo, y tú, Waldo de Mier, le has servido con creces, aunque tu acierto no debe proclamar el descrédito de Lavedán y de Cela, puesto que ahí los tienes como novelistas de primerísima categoría, como corresponsales en Praga, en París, en Chile o en Colombia, de los que marcan época. Te fuiste a la provincia de Badajoz sin prejuicios literarios ni estilísticos, como un capitán de la Legión que le

mandan hacer una descubierta. El éxito vino vertiginosamente inmediato; porque aparecían una Oliva de la Frontera, un Jerez de los Caballeros, un Barcarota, un Madellín, un Don Benito, una Castuera inéditos, virginales, que estaban allí esperando que los captase, que los capturase el primer viajero de la segundo mitad del siglo XX. Hubo un don Antonio Ponz, turista neoclásico, que nos ha dejado el relato de la España puesta a parir por el despotismo ilustrado de Carlos III y sus masones, una España que abrió puertas monumentales (como la puerta de Alcalá) para que se colaran los soldados de Napoleón y de Angulema, de lord Wellington y de Lacy Ewans, las tropas extranjeras y las toxinas extranjeras. En total: casi cien años de guerra civil y una España folklórica, pintoresca, fragmentaria, banderiza, en astillas, hecha añicos, cuyo narrador fué el progresista y viajero romántico, tan escrupuloso en sus datos, pesos y medidas, en la ruin estadística de un Estado que no se evaporó; porque, a pesar del veto constante del exterior, existió una voluntad de subsistencia en un pueblo sin estrenar por los españoles y en un Ejército inmarcesible y en una Iglesia eterna. Ese viajero fué don Pascual Madoz, a cuya continuación y como contraste puede colocarse a ti, Waldo de Mier, que desde Extremadura el director de «El Alcázar» te empujó al resto de la Península para que nos la enseñases en relieve.

Las cuarenta y siete provincias peninsulares de España son como los cuarenta y ocho Estados de Norteamérica. Iguales y diferentes, con montañas que aun no han vaciado su mineral y con pantanos que son como niños recién nacidos. Nuestro microcosmos a escala nacional es como el macrocosmos americano a escala mundial, o tal vez a la inversa, porque quizá los enormes Estados Unidos se fraguaron bajo el patrón español en el molde hispánico; ya no se puede giravagar ni meditar sobre España sin tener en cuenta lo que Waldo de Mier ha descubierto por lo menudo y por lo gigantesco en «España cambia de piel». Es como la tercera dimensión en el cine, que nos saca la carne y el hueso del fondo plano de la pantalla. Ya hay un cine de bulto que se adelanta hacia nosotros, como ya hay una España dinamicísima, centrífuga, bullente; porque los toledanos ya no beben el agua mefítica del Tajo, ni los granadinos el agua con sortilegio y con bacterias de los pozos de la Alhambra sino aguas alumbradas constantemente, claras, cristalinas. Aguas de manantial, aguas que cambian a cada instante de piel.

MAÑANA SERA OTRO DIA

HAGA

CRITICA positiva? ¿Crítica negativa? La que nos gusta de veras es la crítica sustitutiva.

Mala cosa tiene que ser eso de la crítica negativa cuando tantísimas personas prudentes la execran y cuando tantísimos botarates claman también contra ella. ¿Habrà alguno que defienda la crítica negativa? Que levante el dedo. ¡A ver! ¿Ven ustedes? Nadie levanta el dedo. Por algo será.

Días pasados, en las tinieblas de la noche de este Madrid tan poco rutilante un ciudadano se dirigió a otro para ordenarle con voz contenida, sí que perentoria: «Mancs arriba, y venga esa cartera sin rechistar, que llevo prisa.» El ciudadano segundo, reflexionando atolondradamente, exclamó: «¡Anda, pero... pero esto es un robo, señor mío!» El ciudadano primero zanjó: «Mire, no me haga ahora crítica negativa y deme la cartera, que es a lo que estamos.»

Cuando el ciudadano segundo refería el caso, las personas ponderadas que le oían coincidieron en sugerirle: «Pero, buen hombre, en esa ocasión, como en todas, ¿por qué no hace usted crítica constructiva, que es la buena?»

La crítica positiva o constructiva tiene sus dificultades. Supone estar enterado de la cues-

tion, poseer tacto, talento y valentía. Y resignarse de antemano a que sirva de lo mismo que le habria servido al ciudadano segundo ponerse a exhortar a la virtud al ciudadano primero con razonamientos sólidos y amenos.

Por eso preferimos la crítica sustitutiva. La preferimos y vamos a intentar patentarla. La crítica sustitutiva necesita como único instrumento dialéctico la expresion «en vez de». Es muy fácil. Usted toma el «en vez de» entre los dedos índice y pulgar, como tomaban la balanza los alquimistas antiguos. En un platillo de la balanza pone usted lo que va a criticar, que ha de ser una cosa de la que usted no entienda absolutamente nada, pues sí no no vale. En el otro platillo pone usted una tontería bien gorda; cuanto más gorda y elemental, mejor. Alza usted en el aire la balanza, el fiel queda en su sitio y sus conciudadanos le aplaudirán calurosamente, incluso con gritos de «mucho, sí, señor», que es la forma de visísima adhesión que suscitan siempre las críticas sustitutivas perfectas.

Pongamos un ejemplo. Pongamos que usted (es un poner) no entiende nada de fabricación de automóviles, lo cual no tiene nada de

LA UNICA POSICION ADMISIBLE

HA sido el propio director de la International News Service en Europa, mister Kingsbury Smith, quien en su entrevista con el Generalísimo se ha referido a «la confusión del mundo libre sobre los acontecimientos de Rusia». Y precisamente en las respuestas del Jefe del Estado español puede encontrar ese mundo, que a falta de otro bautismo mejor ha dado en la flor de llamarse «mundo libre», las ideas directrices para encauzar su política y aclarar su confusión.

La posición de Rusia no ha cambiado. «Lo ocurrido hasta hoy—precisa el Caudillo en sus declaraciones—no pasa de ser todavía una revolución de jerarquías.» Y aunque un factor nuevo, el militar, haya empezado a pesar en la política rusa: «No puede olvidarse que el comunismo soviético, en treinta y cinco años de existencia, ha podido cambiar de táctica, pero nunca de fines.»

Este nuevo factor puede provocar decisiones políticas nuevas; pero aunque Occidente establezca una diferencia entre la nación rusa y el pueblo ruso, «dignos de conmiseración y respeto», y la acción agresiva e inhumana del comunismo soviético, no debe entregarse a «confianzas suicidas, que darían al agresor el tiempo y el espacio requeridos para alcanzar la superioridad total y aprovechar una coyuntura más favorable». Y, como lógica conclusión de todo ello, «la unidad, fortalecimiento y preparación del mundo occidental son, hoy por hoy, la única garantía para impedir la posible agresión o para asegurarse contra ellas».

Unidad plena, pues, entre los aliados del mundo occidental para que termine la confusión, para que se gane la partida del «ser» o «no ser» de la civilización frente al comunismo. Unidad sin grietas o divergencias peligrosas, como la que puede crear el hecho de que Inglaterra, fresca todavía la tinta con que han firmado el armisticio de Corea los generales

William Harrison y Nam Il, haya comenzado abiertamente, una «ofensiva diplomática» para conseguir la admisión de la China comunista en la O. N. U., pese a ser coautora de la agresión nortecoreana.

Este es el mayor error táctico que pueden cometer las naciones anticomunistas: no someter todas sus maniobras particulares al mismo plan estratégico general por el que se han unido contra el comunismo.

Inglaterra no debe intentar otra vez pactar, por su cuenta y por su lado, con el diablo, porque también ella, la vieja Inglaterra de las tradicionales coronaciones, se juega el «ser» contra el comunismo, aunque Tito acepte complacido su «rosbif» y sus huevos fritos con «bacon» y mermelada.

¿Crean acaso los ingleses que con un gesto de amable olvido, de borrón y cuenta nueva, Mao Tse Tung empezará a considerar las ventajas de solicitar su admisión en la Comunidad Británica de Naciones?

No ha pasado el peligro.

Todos los miembros del bloque occidental deben moverse de acuerdo. Ahora deben cobrar de nuevo plena vigencia para Churchill las palabras con que, en nombre de la Inglaterra semiderrotada de 1941, pedía ayuda al Presidente del pueblo norteamericano: «Ni jallaremos, ni vacilaremos. Ni nos debilitaremos, ni nos cansaremos. Ni el choque inesperado de la batalla, ni las pruebas dilatadas de la vigilancia y el esfuerzo gastarán nuestra fibra. Denos las herramientas y terminaremos la tarea.»

Hoy está pendiente la gran tarea, la que requiere el esfuerzo y las herramientas de todos por igual y que no admite dobles juegos ni posturas individuales que resquebrajen la unidad del «mundo libre».

EL ESPAÑOL

SUSCRIPCIONES ESPECIALES PARA VERANEANTES

Atendiendo al ruego de numerosos lectores que nos lo han pedido, durante los meses de verano admitiremos suscripciones, por un mes de duración, con el fin de que aquellas personas que cambian de domicilio por veraneo puedan seguir recibiendo nuestro semanario en el lugar de sus vacaciones.

Los interesados en estas suscripciones especiales deberán solicitarlas por escrito a la administración de EL ESPAÑOL, Zurbano, 51, Madrid, y enviar por giro postal el importe de los cuatro o cinco números objeto de la suscripción, a razón de 2,50 pesetas cada uno.

USTED CRITICA SUSTITUTIVA

extraño, porque sospecho que usted no dedica sus ratos de ocio a fabricar automóviles. Esto supuesto, está usted en magnificas condiciones para aplicar la crítica sustitutiva a la fabricación de automóviles; usted está en magnificas condiciones para hablar así: «Lo que yo digo es que, en vez de fabricar esos coches que salen por un riñón, bien podrían dedicar los millones a poner a los niños de las escuelas dos inyecciones diarias de vitamina Be Sub Doce, que me consta que es estupenda.» (Toda vez puede usted añadir alguna coetilla o ringerango adicional, siempre de muy buen efecto, como éste: «Así se resolvería el problema de los practicantes, que dicen estar con el agua al cuello por eso de la medicina social.»)

Los ejemplos pueden multiplicarse: «En vez de iluminar a la veneciana el paseo del Prado, bien podrían poner faroles en el solar de al lado de mi casa, que hay que ver las cosas que pasan allí en estas noches de verano.» «En vez de tanta Unesco y tanto cuento, ya podrían multiplicar la producción de tomates utilizando la fuerza de las mareas, según un procedimiento que tengo ya muy estudiado y que no declararé como no me den dos millones de

dólares, así me corten en pedazos.» «Yo estoy con el malogrado Menéndez y Pelayo: en vez de aviones de reacción, bibliotecas públicas; en vez de centrales hidroeléctricas, humanidades clásicas. En vez de tanta prensa, y tanta radio, y tanta historia, haría yo que en los estancos y en los quioscos vendiesen por dos reales, y con carácter obligatorio, frascos de medio litro de jarabe antigripal.»

Quítale a esto, lector, lo que tiene de caricatura y dime si me estoy inventando yo la crítica sustitutiva del «en vez de». Dime si tú no la oyes nunca o si tú no la practicas muchas veces. ¡Oh gloriosa y relampagueante crítica del «en vez de», que consiente hablar irrefutablemente de lo divino y de lo humano con tal de no saber nada de lo uno ni de lo otro! ¡Oh maravilla, oh prodigio del «en vez de», que pone al alcance de cualquier mentecato la mitra del pontífice y la batuta del sabio! ¡Oh dulzura del «en vez de», que nos garantiza dormir con la seguridad de que no arreglamos el mundo porque no nos dejan, cuando somos incapaces de poner un poco de paz en nuestra casa y un poco de orden y responsabilidad en nuestra lengua!



SAN SEBASTIÁN

LA VIDA DIPLOMÁTICA SE DESPLAZA

ALGUNA vez he dicho que la llegada del barón de las Torres a San Sebastián es algo equivalente al cohete del mediodía en la primera jornada de los «sanfermines» de Pamplona: el arranque de la fiesta, el comienzo de la temporada, que si oficialmente se inicia el 1.º de julio con la apertura de la playa, realmente ha comenzado mucho antes, con las primeras caravanas turísticas de abril y con los primeros bañistas de mayo. La plenitud se logra a partir de la gran afluencia de los que vienen de Pamplona, de los que un poco más tarde hacen su arribo en el día de Santiago, de la llegada del ministro de Asuntos Exteriores y, por fin de la instalación del Jefe del Estado en Ayete, momento cumbre a partir del cual San Sebastián tiene el honor, no compartido por ninguna otra ciudad de provincias, de ser la capital veraniega de España.

El barón de las Torres, primer introductor de embajadores, cumplimenta a las autoridades locales como jefe de jornada; así la prepara y la anuncia, no con estridencias de cohete, sino con la seriedad de la suavidad diplomática, entre alfombrados salones, desde los que se ve una lejanía marina de balandros de placer. Antes de una semana llegarán los primeros embajadores, sin gran boato oficial, por lo que los periodistas nos las vemos y nos las deseamos para captar la noticia, sólo posible con la debida rapidez gracias a los conserjes de los hoteles, y más de una vez a las cocineras de las villas donde se instalarán el «señor embajador» o el «señor ministro». Cuando la cohorte diplomática está casi

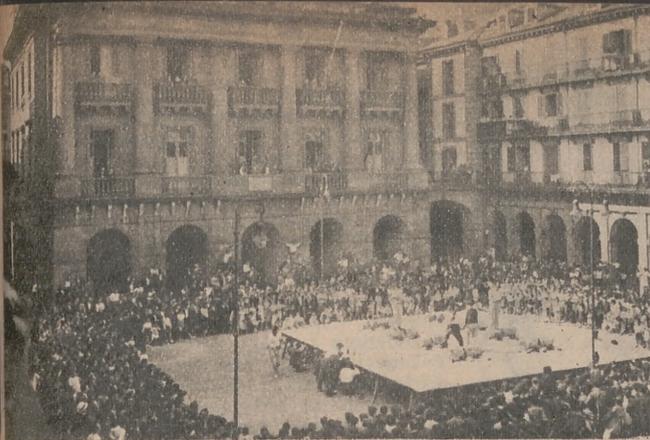
completa, llega a su residencia de La Cumbre el ministro de Asuntos Exteriores; al día siguiente estará en su despacho oficial de la calle de Zabaleta. Es el momento de hablar, teniéndonos ante nuestros ojos, de la vida diplomática donostiarra.

EL PRINCIPIO DE LAS «JORNADAS REGIAS»

En 1813, San Sebastián era un pueblo pesquero y mercantil que, destruido por un incendio, debía reconstruirse, lo que hizo sin ayudas oficiales, dando vida a lo que hoy conocemos por Parte Vieja, meta de turistas, donde podrán disfrutar de la cocina vasca, del agrio sonido del chistu, de la melancólica sidra con sardinas asadas, de las jocundas canciones del país salidas de hondos y frescos bodegones; de un regusto marinero —mejor, pesquero— y pueblerino como fondo de un ambiente en realidad cosmopolita. No sé cuándo, ni por quién, la Bella Easo se puso de moda para tomar baños de mar; algún médico, puesto que sólo se tomaban por prescripción facultativa. Así la enfermedad habría dado ocasión a que muchas familias acomodadas de Madrid se aficionasen al paisaje sedante y a las gentes, serias y honradas, de Guipúzcoa. A Isabel II, herpética, quizá le recomendaran el Cantábrico, quizá le influyese alguna noble dama de su compañía, con fincas en San Sebastián, para que se hospedase en una de ellas. El hecho es que vino a tan carlista provincia el año 1845, el día 1.º de agosto y a las dos de la madrugada, y que donde se instaló fué en el parador Real. A

partir de aquel momento empieza la fundación de numerosos hoteles, porque el rumbo y el tronio marchan detrás de los reyes. Pero Isabel II vacila entre esta y alguna otra plaza cantábrica —Lequeitio—. Su liberal presencia hace que los donostiarras realicen muy pronto el liberal quehacer —chistera, barba y levita de los concejales— de derribar las murallas. Pero pronto, estando en San Sebastián, la reina castiza es destronada y sale del hotel Inglés del brazo del rey y acompañada de sus hijos y de la duquesa de Bailén. No importa; la ciudad sigue creciendo y traza las calles de su parte central, que todavía hoy son modelo de urbanismo europeo. Mas aun no se ha organizado oficialmente la actividad capitalista del San Sebastián veraniego, que al llegar doña Isabel tenía poco más de 15.000 habitantes, y que eran ya 26.000 en 1887 al venir la reina regente con sus negros atavíos de viuda.

Doña María Cristina se alberga en el palacio de Ayete, donde hoy reside el Caudillo, y que en 1878 pasó a ser, por obra del arquitecto Ducasse, de prócer caserío agrícola de fundación gascona, opulento y señorial palacio, primero propiedad de la duquesa de Bailén, después de los condes de Casa Valencia y muy recientemente —1940— del Ayuntamiento. La reina protege a la ciudad, y en agradecimiento el Municipio le regala los terrenos del palacio de Miramar, residencia regia en lo sucesivo, incautada por la República y devuelta a sus legítimos herederos por el Gobierno de Franco.



Una exhibición de hacheros frente a la Casa Consistorial



Vista parcial de la playa de Ondarreta, de San Sebastián.

AN, SUBCAPITAL DE ESPAÑA

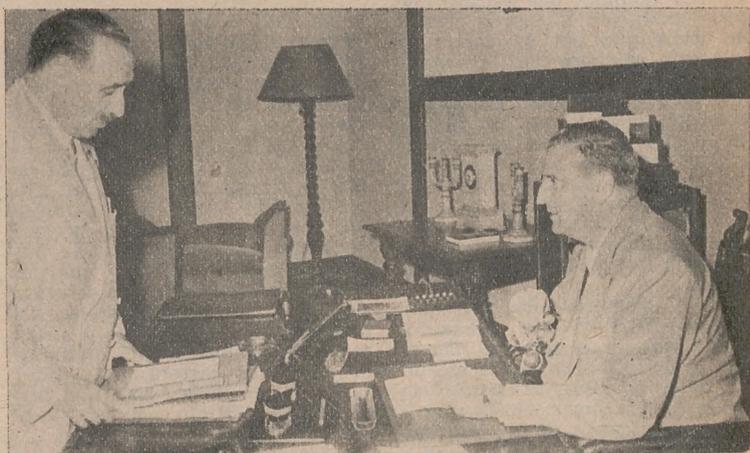
OMATICA AL MAR

SAN SEBASTIAN, FINALES DE SIGLO

A finales del siglo pasado, la Corte señala lugar para sus vacaciones: San Sebastián. Un San Sebastián de tarjeta postal sin renovar, donde todo es playa y sombrilla. En agosto de 1891 la bella ciudad norteña se coloca sobre la cabeza una corona de verano.

Toda la historia de esta Corte trasladada, veraneante, casi en traje de baño, se halla entre los muros del palacio de Ayete, primero, y del de Miramar, después. Historia de alegrías, esplendor, de fiestas, de penas y de tragedias también.

En abril de 1889 la reina Victoria de Inglaterra hace una visita de amistad a la reina Cristina. San Sebastián se convierte —por si ya no lo era— en una inmensa romería, en un grito de júbilo. El reverso aparece el 29 de agosto de 1893. En aquel año se planteó la reforma del cambio de capitalidad de las regiones militares. Se organizan siete Cuerpos de Ejército, cuyas cabezas oficiales han de residir en Madrid, Sevilla, Valencia, Barcelona, Zaragoza, Burgos y León. Por tal proyecto se suprimen las Capitanías Generales de Pamplona, Vitoria y La Coruña, que protestan airadamente contra los proyectos del general López Domínguez, principal autor del proyecto. Se producen motines sangrientos. En las provincias vascongadas, además de la supresión de capitalidad de Vitoria se formulan quejas contra el artículo 17 de los Presupuestos del Estado por considerarlo atentatorio al concierto económico con el mismo. Este concierto constituía el único vestigio legal y tangible que quedaba de los antiguos fueros vasconavarros. Planteada la cuestión en el Consejo de Ministros, marchó Sagasta a San Sebastián con el fin de someter el proyec-



El Ministro de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo, despatchando con el barón de las Torres en su despacho del ministerio de Jornada.

to a la regia sanción. A la llegada de Sagasta, grupos de manifestantes lanzan el grito que ha sido siempre nefasto en la Historia de España: «¡Vivan los fueros!» Hubo desórdenes y revueltas. Fué el bautismo de sangre de la presencia regia de María Cristina.

EL AÑO DEL ASESINATO DE CANOVAS

Balneario de Santa Agueda, 8 de agosto de 1897. Angiolillo ha asesinado a Cánovas. La reina veranea en San Sebastián. La reina había encargado formar Gobierno al general Azcárraga, que era ministro de la Guerra y presidente interino designado por Cánovas al salir éste, en junio de ese año, para el viaje que habría de ser su último viaje.

Azcárraga va a gobernar pocos meses. La guerra colonial sigue agravándose. Antes de morir, cuatro días antes, Cánovas, que conocía el poder marítimo de los yanquis, había dicho: «No quiero la guerra con los Estados Unidos, porque nos comerían.»

Desde San Sebastián, la reina Cristina envía una misiva a Sagasta. Sagasta le ha contestado desde Avila. Es esta la respuesta: «Diga a la señora que por ella y por España estoy dispuesto al sa-



Una panorámica aérea donde aprecia el garbo de ciudad moderna de la capital guipuzcoana



Palacio de la Cumbre, residencia oficial del ministro de Asuntos Exteriores.

crificio.» El nuevo Gobierno, presidido por Sagasta, concede a Cuba la autonomía. Continúa el conflicto con los Estados Unidos.

Santiago de Cuba es una de las páginas más gloriosas de nuestra Marina de guerra. La caída de Santiago de Cuba produjo en aquella opinión, que estaba más preocupada por la última corrida de toros que por la suerte de nuestros soldados en las maniguas de la perla de las Antillas, una fuerte sensación. La paz se acercaba... Esa sensación flotaba en el aire. La Reina se trasladó a San Sebastián al suspenderse las Garantías Constitucionales de toda España el 15 de julio de 1898. El 12 de agosto de aquel año los ministros transmiten a la Reina la noticia de la firma de la paz.

En los primeros años del siglo, Alfonso XIII y San Sebastián tienen una gran relación. En el verano de 1900 el Monarca es aún un chiquillo. San Sebastián le brinda —para jugar y para aprender— el encanto de un crucero

por el Cantábrico a bordo del «Giralda». En mayo de 1902 es coronado, y poco después va al veraneo de siempre.

NACE, CON CARACTER PERMANENTE, EL MINISTERIO DE JORNADA

En 1910 ó 11 la reiterada estancia regia de tres meses en San Sebastián determinó la necesidad y consiguiente creación definitiva de unos servicios oficiales para que el Gobierno efectuara sus funciones desde la veranega capital, donde prácticamente residía tres meses al año. Así nace el Ministerio de Jornada, que tiene ese nombre por ser consustancial con la llamada Jornada Regia de Veraneo, que por celebrarse alguna vez en Santander, llevó allí el Ministerio del mismo nombre. Entonces y ahora podía desempeñarlo el ministro de cualquier cartera, pero prácticamente lo lleva siempre el Ministerio de Estado, hoy de Asuntos Exteriores.

El Ministerio de Jornada estuvo instalado primeramente en el hotel de Londres y de Inglaterra, que sigue siendo de los tres más importantes de esta playa.

En él los ministros de Jornada tuvieron que enfrentarse con más de un serio acontecimiento de tipo internacional, por ejemplo, los de la primera guerra europea, y también con otros menos internacionales, pero reveladores de una decadencia terrible de las clases gobernantes. Así, las derrotas de África, cuando el verdadero espíritu nacional estaba representado por aquellos amarillentos «soldaditos» para los que la alegre población flotante de la ciudad del Casino, el Palacio Real y las brillantes fiestas diplomáticas —de las de entonces— organizaba recibimientos entre hileras de niños de las escuelas públicas, tómbolas benéficas y visitas a los hospitales. No hacía aún muchos años que se había hecho otro tanto por los no menos amarillentos combatientes que regresaban de Cuba.

Hubo un momento en el que pareció que el lugar ideal para las residencias de lujo iban a ser los terrenos donde hoy se halla «Villa Las Arenas»; sólo por esa creencia puede justificarse que el actual edificio del Ministerio de Jornada esté donde está.

Al otro lado del Urumea —que los donostiarras castizos no suelen querer cruzar, por cualquiera de sus tres puentes, ni en invierno ni en verano— había una hermosa playa, junto a la falda del Uliá, uno de los tres montes de la ciudad —los otros dos son Urgull e Igueldo—. Cerca de «Las Arenas», el arquitecto «Chomín», Aguirrebengoa, construyó cuatro villas, venciendo las dificultades que para la cimentación presen-

DE LAS PIEDRAS, PAN

PRINCIPIOS DE LA RESPONSABILIDAD

CATALUÑA dicen que tiene capacidad organizadora. Nuestras Empresas habitua-

mente funcionan con rigor y puntualidad. También dicen mis amigos que reúno esas capacidades mediocres y grises que concurren en el organizador profesional. Ni por fidelidad a Cataluña, ni por fidelidad a mí mismo puedo, pues, hablar mal de la organización. Empero la organización tritura frecuentemente a las personas de carácter y por lo mismo destruye energías muy eficaces para toda clase de empresas y para toda suerte de prosperidad.

La organización sólo puede ser fecunda cuando no impide la libertad de los organizados. Hablar de libertad supone, en contrapartida, referirnos a la responsabilidad. ¿Existe esta libertad responsable en la organización burocrática actual? Esta es una pregunta que podríamos formular a nuestro admirado compañero Luis Ponce de León. En el Frente de Juventudes se habla

de mandos. En el periodismo de directores y redactores-jefes. En la industria catalana de directores y encargados. Mandos, directores y encargados son conceptos prácticamente distintos al de jefe de negociado y oficial de primera en la administración civil. Como la organización burocrática parece diluir las responsabilidades, es natural que, en consecuencia, reduzca excesivamente la iniciativa y la libertad de los que sirven a esa organización. ¿A quién concretamente exige responsabilidad el ciudadano que se dirige a nuestros centros oficiales? Instancias, expedientes, informes, comisiones... No ocurre así en otras formas de organización, en donde el encargado tiene derecho a unas iniciativas y a un cierto margen de discrecionalidad, pero, al mismo tiempo, acumula unas responsabilidades plenas en las cuestiones de su esfera.

Mucho se tendrá que hablar de la vigente organización burocrática. Nosotros la querriamos más libre y más responsable. Hemos hablado en algunas ocasiones de

«funcionarios románticos». Pero podríamos hablar también del principio de la personalidad. Se encuentra expuesto en el «Mein Kampf», de Adolfo Hitler. Quería Hitler un estado transformador y creador. No nos importan ahora los objetivos más o menos discutibles del jefe alemán. Nos interesa tan sólo su concepción formal y en este asunto. «El Estado—dice en el mencionado libro—ha de comenzar a insertar en su organización el principio de la responsabilidad, desde la más pequeña célula de la comunidad hasta el remate de la clase dirigente de todo el organismo estatal. No existen las decisiones mayoritarias, sino tan sólo personas responsables y la palabra consejo vuelve a adquirir su sentido original.» Para el «Mein Kampf», cada hombre ha de tener al lado suyo unos consejeros, pero la decisión y la responsabilidad no concierne más que a uno solo en cada caso. Al «encargado» en la denominación de las empresas industriales de Cataluña.

Humanizar la organización bu-

taba el terreno. Paralelamente se efectuaban las obras para el llamado ensanche de Gros, consistentes en robar terreno al mar, con el muro de contención, que recientemente fué destruido —como recordarán los lectores españoles— por las furias cantábricas, y se levantaba un nuevo casino, el del Kursaal. Contra lo esperado, allí ya no hubo lujo ni belleza urbana. Cientos de casas de vecindad de descastada arquitectura y desmesurada altura se construyeron alrededor de «Villa Las Arenas», que en 1922, luego de ser vivienda, se destinó a Ministerio de Jornada y residencia del ministro de Estado, y que ya quedaba muy lejos del mar. Tiene entradas por el paseo de Colón y por la calle de Zabaleta, y sus vistas no son nada halagüeñas: el feo frontón de Gros por la parte posterior y unas escuelitas públicas de una sola planta y una innoble vejez, ajada y humilde, ante la fachada principal. Digamos en honor del Municipio que las escuelas de referencia van a ser derribadas y sustituidas. Lo que ya no podrá derribar y sustituir será el barrio entero, aquella calle de Zabaleta que durante años fué la «cashban» de la ciudad, aunque sí podría eliminar una villa vieja, insuficiente y fea, como ha venido a ser la de «Las Arenas», sustituyéndola por otra o contribuyendo a ello eficazmente.

EL AÑO QUE ASESINARON A DATO

Año desastroso el de 1921. En aquel verano se cierran las Cortes el 30 de junio. Eduardo Dato Iradier, presidente del Consejo de Ministros, cae asesinado por las balas anarquistas de Casanellas y compañía. Se instala la capilla

ardiente en el Ministerio de Gobernación. Casanellas huye a Rusia. Los otros asesinos son indultados. La víctima es España.

El Ministerio de Jornada de aquel año no ha terminado de conocer desdichas. Mirando hacia Marruecos, el 16 de julio es atacado el convoy Annual-Igueriben. El 17, tras un hostigamiento tenaz y superior, las dificultades han aumentado. Ni el 19 ni el 20 puede llegar el convoy. Los soldados que defienden la posición están exhaustos. Fernández Silvestre toma personalmente el mando del convoy. En los barrancos cercanos a Annual son deshechos los expedicionarios. Tan sólo quince hombres escapan al desastre. Y cuatro de ellos mueren nada más llegar a las posiciones españolas. El Ministerio de Jornada es aquel año —otra vez— tristemente célebre.

LOS POLITICOS ILUSTRES Y SU ANECDOTA

Por el Ministerio de Jornada pasaron famosos políticos, como el conde de Jimeno, Rodríguez Sampedro, Romanones, el marqués de Alhucemas, Yanguas Messía, el mismo general Primo de Rivera, que con un solo funcionario a título honorífico —el barón de las Torres— cumplió la específica tarea durante el período de la dictadura. Por cierto su ascension al Poder determinó un curioso incidente, del que fué mudo testigo «Villa Las Arenas».

Don Santiago Alba —hace unos pocos años falleció en San Sebastián— desempeñaba la cartera de Estado cuando Primo de Rivera dió su golpe. Don Alfonso XIII supo la noticia estando en el palacio de Miramar jugando al «bridge», mientras se daba en el real recinto una fiesta en honor de unos marinos argentinos, pues de pronto en el gabinete telegráfico del Ministerio de Jornada y en los teléfonos del palacio donostiarra se recibieron urgentes llamadas desde el palacio real madrileño solicitando la presencia del Rey, quien recibió la nueva que de viva voz le transmitió uno de sus palaciegos. Sin despedirse de nadie y muy sereno salió para Madrid. El señor Alba, enterado por el Monarca de lo que sucedía, salió hacia el edificio de la calle de Zabaleta. Allí debió meditar el asunto y hacer el equipaje. Aquella misma noche salió por la puerta trasera de Jornada —la que da al paseo de Colón y al frontón de Gros— y se internó en Francia, temeroso quizá de que el golpe iba a tener consecuencias personales para él.

LA ALCOBA DONDE FALLECIÓ EL CONDE DE JORDANA

Durante la Guerra de Liberación —del caos republicano nunca he logrado enterarme de nada concreto referente al Ministerio de Jornada— hubo algunas oficinas diplomáticas dependientes de Burgos o Salamanca y muy justificadas por la proximidad de la frontera con Francia. En 1930 vino el Caudillo a San Sebastián, y desde entonces sólo un verano, que lo pasó en Meirás, ha faltado. Sin carácter de Ministerio de Jornada, en los años siguientes funcionaron los servicios, pero desde 1943 con carácter oficial y preponderancia de Asuntos Exte-



Fachada de villa «Las Arenas», donde funciona, desde 1922, el Ministerio de Jornada

ricres. Desempeñó la Jornada el conde de Jordana, que durante la siguiente —1944— falleció en una alcobá de la villa. Le sucedió Lequerica, quien alquiló el palacio de La Cumbre —en Aldapeta, no muy lejos de Ayete— para residencia del ministro de Asuntos Exteriores, sin que él llegara a ocuparlo, pues en 1945 le sucedió Martín Artajo.

MINISTRO EN LAS SOCIEDADES POPULARES

Don Alberto Martín Artajo es el ministro de Asuntos Exteriores que más ha convivido con los donostiarra. Como es un hombre bueno, corpulento —recuerda a los «mutiles» del país— y atento a las cosas de la ciudad, a las que nunca niega su apoyo, siempre generoso y comprensivo de la importancia que tienen para España —campeonato mundial de pelota, viajes de los coros y orfeones locales al extranjero, etcétera—, se le quiere muchísimo, y los clásicos —los «jatorras»— disfrutan mucho viéndolo, por lo menos, una vez cada verano, cordial y ambientado, en «Gaztelu-



También hay rincones, como este de la iglesia de Santa María, de fina evocación artística.

SABILIDAD

ocrática, insertar en ella el espíritu de equipo, convertirla en una inmensa pirámide de encargados con toda su capacidad de decisión y de responsabilidad, sería una tarea que daría al Estado Mayor capacidad dinámica, transformadora y creadora, y creemos que prestigiaría a la burocracia. Ahora se oculta vergonzosamente la condición de funcionario, como anotaba agudamente Luis Ponce de León, porque esta condición parece contradictoria con la personalidad individual. El funcionario se siente arrancado de sus raíces personales mientras en la oficina ejerce su función. Podrá tener mayor o menor categoría administrativa, pero, en definitiva, no es él quien decide, sino un vasto aparato impersonal. El concepto de la responsabilidad que hoy propugnamos parecerá una exigencia, pero esa exigencia justificaría una humanización que hoy no tiene nuestra estructura burocrática.

Claudio COLOMER MARQUES

bide), que es una de las muchas sociedades populares donde diariamente se reúnen los gastrónomos locales, con comida muchas veces guisada por ellos mismos, democrática convivencia de ricos, pescadores y artesanos, música de «tamborrada» y pagos efectuados al cajón común, sin nadie que compruebe el consumo y la correspondiente entrega y sin que nunca falten ni diez céntimos. Además, le gusta mucho jugar a la pelota, el deporte popular vascongado.

Pero lo que más hace el señor Martín Artajo en San Sebastián es trabajar. Muchos días va mañana y tarde al Ministerio de Jornada; cuando por dedicar la mañana al deporte va sólo por la tarde, que es cuando no falla nunca, desarrolla jornadas agotadoras, terminando casi todos los días alrededor de las once de la noche. Además, ofrece un «cocktail» al Cuerpo diplomáticos, una comida a las autoridades locales y provinciales y una recepción a los asistentes a las ya tradicionales Conversaciones Católicas Internacionales. Se trata de un programa mínimo de fiestas, y no contamos los actos públicos a los que se verá obligado a asistir cada temporada ni a las invitaciones a las que corresponda.

SERVICIOS DUPLICADOS

Que el Ministro de Asuntos Exteriores desempeñe el Ministerio de Jornada no quiere decir que forzosamente haya de ser siempre así, pues ya sabemos que esto ocurre sólo en San Sebastián y que la estancia del Generalísimo en el Pazo de Meirás es atendida, como Ministro de Jornada, por el de Marina, por ejemplo. Tampoco quiere decir que cesa la actividad en el madrileño palacio de Santa Cruz, donde continúan funcionando íntegramente todos los servicios. Incluso las actividades ordinarias, por razones de archivo, se desarrollan en la verdadera capital nacional. Pero también es cierto que hay servicios que se dupli-

can, así los de gabinetes telegráfico, diplomático y de información. En años anteriores, incluso han venido los directores generales de Política Exterior y de Economía Exterior. También termina la existencia de un jefe de Jornada, que lo fué ya con Primo de Rivera y que lo es, en este periodo, desde hace once años: el barón de las Torres, veterano de la Jornada donostiarra.

NINGUN DIPLOMATICO FALTA A LA CITA

En Villa «Las Arenas», de todas formas, se desarrolla en toda su integridad una intensa vida diplomática, pues de hecho también, ya que nada, como no sean los «hechos» de las estancias del Jefe del Estado y del Ministro de Asuntos Exteriores, obliga a ello, residen en la ciudad los embajadores y otros representantes diplomáticos; puede decirse que la casi totalidad de los acreditados en Madrid.

El Nuncio de Su Santidad reside en el palacio de Cristina-enea, en medio de un inmenso parque municipal, frondosísimo y muy poco frecuentado, legados ambos por el duque de Mandas, con la concreta carga de no modificar uno ni otro.

El embajador de Portugal viene siempre; el del Brasil ya está aquí; el de Liberia, también, y los de Filipinas y Paraguay; el de Alemania está fuera, pero ha enviado a su encargado de Negocios. Todos ellos residen en el hotel María Cristina, como el del Perú y el de Estados Unidos, que todavía no ha venido.

En el hotel Continental, frente a la playa, residen habitualmente, en verano, los de Francia, que todavía no ha venido; Gran Bretaña, que está ya en él; Unión Sudafricana y Países Bajos, actualmente en San Sebastián también. Los demás viven en villas amuebladas que alquilan en Ategorrieta, Aldapeta y Odarreta. Los de Suiza e Irlanda tienen por costumbre residir en el Gran Hotel, de Zarauz, a unos minu-

tos de la capital, junto a otra espléndida playa, llevándose el resto de la población oficial, nobiliaria o millonaria, la impar y cada día más bonita Fuentebrabia.

ASPECTO DEL EDIFICIO Y SU PROBLEMA

En el Ministerio de Jornada se han celebrado solemnes actos, como los de las firmas de importantes tratados de todo tipo; han sido recibidas ilustres personalidades, incluso Jefes de Estado—como el de Liberia, el año pasado—, y estando el periodista visitándolo ha visto cómo pasaban a la firma del Ministro Ordenes e incluso proyectos de Decretos. Mas para el visitante hay dos cosas chocantes y gratas: la exactitud y exquisita cortesía del personal subalterno—que seguramente viene también desde Madrid para hacer la Jornada, muy contentos de librarse de los calorcitos de la meseta—, tan silencioso y discreto que sale de la habitación en cuatros llega un extraño, aunque vaya a hablar de intrascendencias, y el ambiente, no indecoroso, sino modesto y desnudo, de las habitaciones, decoradas con muebles nada nuevos y sin estilo, entre blancas paredes y ventanas abiertas al infimo parquecito de la fachada principal. Hasta en eso tiene Jornada un aire veraniego, provisional, aunque en realidad sea el Ministro de Asuntos Exteriores el último que se retira de San Sebastián.

Es el momento de advertir al lector, y a los representantes extranjeros, que seguramente por cortesía—nunca habrán dicho nada despectivo respecto a la materialidad de villa «Las Arenas», que hace algún tiempo el Estado adquirió el edificio del antiguo Club Cantábrico, hoy Círculo Cultural y Ateneo Guipuzcoano, para, reformado y adecentado, instalar en él los servicios de Jornada. Esta o cualquiera otra solución, que de todas formas retornaría a la Diputación su plena

UNA MANIOBRA MAS AL DESCUBIERTO

LOS valores turísticos de España se cotizan hoy muy altos. Cada año ganan muchos enteros en el mercado. Atribuir el alza únicamente a la variedad de las bellezas naturales de nuestro país, a la riqueza monumental de nuestras ciudades históricas y a la singularidad y rotundo tipismo de nuestras costumbres, tradiciones y fiestas populares es, tal vez, quedarse en la periferia del fenómeno. España, entre otras muchas cosas, ofrece, además, actualmente una red hotelera que puede competir con las mejores y más capaces de las europeas; un régimen de precios que las grandes agencias norteamericanas recogen en el slogan «España, el país más barato del mundo»; un sistema de cambio ágil y nada oneroso para el turista; procedimientos de visados flexibles y rápidos y, sobre todo, la garantía absoluta de que nuestros visitantes pueden desarrollar su programa de viajes con la más amplia libertad, en medio de un clima de respeto siempre cordial, y con la seguridad de que el orden, la paz interior y la tranquilidad pública no sufrirán el más mínimo desequilibrio durante su estancia dentro de nuestras fronteras, por muy larga que sea. Los abastecimientos, el transporte, la regularidad y normalidad de la vida ciudadana no experimentarán esas alteracio-

nes violentas producidas por artificiales conmociones de índole política y social, tan frecuentes en otros países. Esta saludable temperatura moral es lo que se apodera del turista tan pronto pisa territorio español y le convierte en un propagandista eficazísimo entre sus compatriotas. El constante crecimiento de las corrientes turísticas que desagan en España por todos sus costados es un hecho a todas luces evidente. Con esto la verdad española, la contundente razón española en este y otros órdenes, que se nos quisio negar juntamente con el pan y la sal, se impone con la fuerza imparable de la realidad que entra por los ojos.

Pero ante esta realidad, ciertos lectores de la Prensa francesa —la «independiente», «bien informada» y «libre» Prensa de Francia—comienzan a sentirse en la «obligación» de que el pueblo francés—el estudiante de la Sorbona, el agricultor de la Champagna, el metalúrgico del Nordeste o el funcionario del departamento de Poitiers—no compruebe palpablemente la irresponsabilidad y la carencia de la ética profesional más elemental de sus órganos periodísticos. Todo es lícito frente a la aleccionadora recuperación de España, todo es lícito al servicio del rencor y de la envidia. Para ello cual-

capacidad de disponer de villa «Las Arenas», constituye ya una necesidad imprescindible.

LA VIDA SOCIAL DE LOS DIPLOMATICOS

Si el lector me pregunta qué clase de vida hacen todas estas brillantes gentes diplomáticas en San Sebastián, esperará seguramente un relato de fiestas deslumbrantes con imponente boato. Sin que de vez en vez falte éste—respondo—, estoy seguro de que la existencia de la mayoría de los embajadores es sencilla. Quizá las mismas dimensiones reducidas, fácilmente abarcables y el tono inevitablemente familiar que impone la ciudad, hacen que cuanto disfrutan los diplomáticos nos parezca a todos muy al alcance de la mano, en cuanto quiséramos.

Muy pocos suelen faltar a las corridas de la Semana Grande. Las señoras, como es corriente en España, sacan sus joyas y sus mejores vestidos de tarde. Pero habitualmente, el pasado siglo, con su programa diario del bañista, dejó una impronta de sencillez. Por la mañana, trabajo. Al mediodía, playa, que desde luego es la de Ondarreta, no la de La Concha; aquélla es la menos accesible para los que no tienen coche. Almuerzo, en casa, en los restaurantes de la parte vieja o de Igueldo o en algún pueblecito de los alrededores, pero casi siempre en plan familiar. Por la tarde, excursión a Fuenterrabía, Zarauz Apeitia—la basílica de San Ignacio atrae más turistas que ningún otro lugar de Guipúzcoa—, etcétera; lo que mandan los cánones de las agencias turísticas. Por la noche, no serán muchos los que hagan una escapada a Biarritz; los secretarios de Embajada y otras gentes jóvenes, a los bailes del Náutico, el tenis o el trinquete, pues no hay más «bómbes», si es que se pueden denominar así a los servicios festivos de las citadas sociedades. Sigo creyendo que la mayor parte de sus jefes, después de cenar en casa también o en la Niclása o



Principio de siglo. El diábolo era entonces una verdadera delicia en manos de las jóvenes bañistas.

en Ulía, se acostarán a hora temprana.

Los sudamericanos suelen hacer excursiones a caseríos del interior para buscar sus antecedentes genealógicos, pues gran parte de ellos lucen algún apellido vasco. Por cierto, un ex presidente de Bolivia, Urriolagoitia, hace más de un año que reside permanentemente en San Sebastián. Le alabamos el gusto.

La verdad es que los diplomáticos disfrutan en San Sebastián y que los donostiarres están encantados de tenerlos consigo, pues ellos, por el solo hecho de vivir aquí, le dan rumbo al verano.

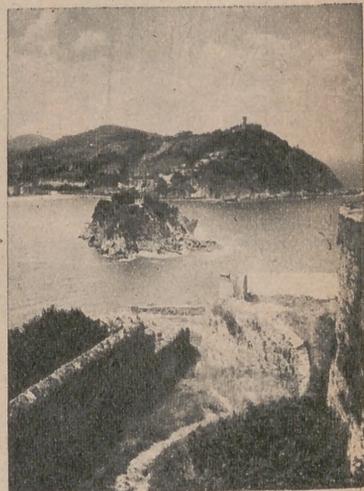
Olvidaba decir que, aparte las fiestas antes citadas, el Municipio o la Provincia ofrecen una especial para el Generalísimo, y el Ayuntamiento otra—unas veces teatro o música; a partir de este año verdadera fiesta—al Cuerpo Diplomático.

COSTUMBRES DE LOS REPRESENTANTES DE INGLETERRA, SUECIA Y EL PERU

Respecto a las morigeradas costumbres de los representantes diplomáticos. en Donosti, el periodista tiene sus motivos para garantizarla, porque siempre los ha podido localizar en su sitio a las horas en que la gente normal acostumbra a estar en casa. El embajador británico, sir John Balfour, por ejemplo, me ha hecho el siguiente relato de su jornada:

—Trabajo por la mañana, vito a las autoridades o recibo visitas; entre semana me tomaré unas pequeñas vacaciones para ir a Bilbao (estos ingleses no pueden pasar sin humos y nieblas, niénso yo), y por lo demás, me lo paso muy bien en este hotel, al que soy muy aficionado, donde recibo a muchos amigos particulares españoles, que abundan, pues no debe olvidar que vine a España por primera vez en 1928. También vito rincones muy poco conocidos de la provincia e investigo sobre cuestiones eruditas de la capital.

El ministro de Suecia, señor



Una vista de la bahía de San Sebastián, con el monte Igueldo al fondo.

Wilhelm Winther, trabaja por la mañana en las oficinas de la legación, antes del almuerzo va a la playa, y luego va con sus hijos a «las cosas típicas», llegando incluso a asistir a las conferencias que se dan sobre temas locales; por ejemplo, una que en torno a San Sebastián pronunció días pasados Víctor de la Serna. No es muy partidario de las fiestas y recepciones.

Al embajador del Perú, Mariscal Ureta, no lo he localizado, pero era porque estaba a primera hora de la tarde en la playa y porque luego marchó con su familia a almorzar a Apeitia, donde ahora son las fiestas de San Ignacio.

EL «AZOR» EN LA BAHIA

Como es sabido, los ministros del Gobierno que veranean en la bella Easc son el subsecretario de la Presidencia, señor Carrero Blanco, que también tiene su despacho en villa «Las Arenas», el de Asuntos Exteriores, el de Agricultura y el de Comercio. Todos ellos trabajan principalmente; supongo que el descanso consistirá en cambiar de clima. Impone el ejemplo el Caudillo, que se levanta a las siete de la mañana y que trabaja hasta cuando está en el «Azor», cuyo blanco centelleo, en medio de la bahía, es una de las imágenes más entrañables de la temporada donostiarra que suele abrir—en el concepto de los indigenas—la visita del barón de las Torres a las autoridades locales.

Alberto CLAVERIA

y José María DELEYTO

quier pretexto es válido y toda deformación es legítima. El incidente del matrimonio Peck no es en los medios españoles donde se fraguó. La Prensa francesa, que obstaculiza y sabotea el turismo galo en nuestro país, sabe que es en la escuela de terrorismo de Tolouse donde debe investigar. Allí seguramente encontrará la hilos que movieron las marionetas que actuaron contra los Peck, pues alumno y agente de ese centro fueron quienes dirigieron y ejecutaron la acción. De Toulouse y de otros centros similares procedían y más allá de los Pirineos tenían su refugio cuantos—entre los años 1945 y 1950 especialmente—pretendieron alterar el limpio, claro, rectilíneo y sólido perfil de la paz española. Los frutos de esta bien ganada paz por un buen Gobierno y la esforzada voluntad de todo un país están llegando a su sazón, y con ellos la potenciación y revalorización de todo lo hispánico. Pero mientras la Policía francesa busca ahora al anarquista que ametralló a los Peck, hay ciertos sectores que en el río que tal vez ellos mismo revolvieron, tratan de hacer su agosto antiespañol. Un sintoma más de que algo huele a podrido más allá de la línea Hendaya-Port Bou. Lo sentimos, y lo sentimos por el pueblo francés, al que se pretende cegar los ojos y la conciencia.

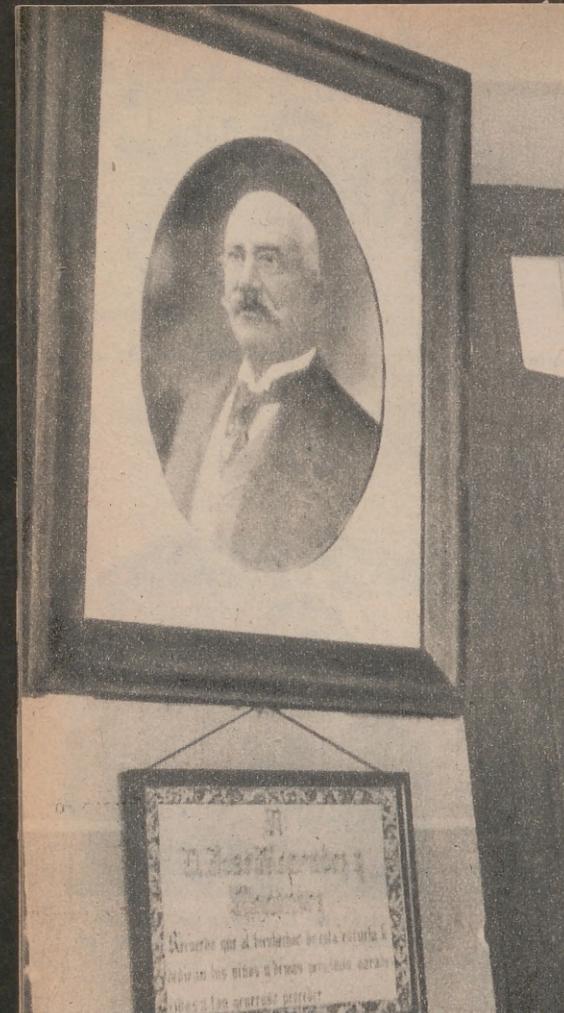
EL ESPAÑOL

JOSE MENENDEZ

EN EL ULTIMO RINCON
CIVILIZADO DEL MUNDO LOGRO
HACER LA FORTUNA MAS
PODEROSA DE HISPANOAMERICA

SUERTE Y ALGO MAS

**"ES USTED DE RAZA DE CONQUISTADORES
Y DIGNO REPRESENTANTE DE ELLOS"**



Retrato de don José Menéndez, en la Escuela Nacional de Miranda

VAMOS a hablar de un rey. Sin cetro ni corona, pero que mandó, ordenó, dispuso y creó más que muchos reyes con estatua y con pedacitos de historia.

Se llamaba, esa cosa tan sencilla que es Menéndez nada más. Pero éste lo era por partida doble—Menéndez Menéndez—, con lo que vino a resultar que para ser algo sobresaliente en su vida y en su muerte tuvo que buscar otra apoyatura que no la socorrida de unir y citar sus patronímicos de un tirón...

Y se le ocurrió esto: salir de Avilés, ir a la Patagonia, colonizarla, hacer la fortuna más poderosa de Hispanoamérica y pedir que le enterraran allí mismo, en el último rincón del mundo civilizado, en ese rabo que le cuelga al Nuevo Continente por su parte austral.

EN 1846, EN UNA PARROQUIA DE AVILES

Santo Domingo de Miranda es una parroquia de Avilés, a tres kilómetros mal medidos de esta villa. Está en un redondo altozano, rodeada de carbayedas, entre prados mullidos y bajo esta luz áurea del cielo avilesino, que siempre parece recién fundido en su reciente fábrica de cristal.

Aquí nació, en la parroquia de Miranda, el 2 de noviembre de 1846, el niño que iba para rey de la Patagonia. Pero, antes, tuvo que labrar la tierra, pues que era hijo de labrantes, y llevar



y traer al horno los platos y porrones de barro negro, las penadas y escudillas que en Miranda se cuecen desde antes de los romanos, como única industria local.

José tuvo siete u ocho hermanos, como hijo de asturianos genuinos. A los ocho años de edad, lo llevaron a Candamo, donde un tío suyo, cura, y el secretario del Ayuntamiento le enseñaron las primeras y aun segundas letras, pues a los catorce ya conocía las matemáticas y el latín, geografía, historia, dibujo y bastante inglés y francés.

Entre los muchachuelos de Miranda, José sobresalía por su buena planta, su meditativo pensar, su poco decir, su entereza para el trabajo y el estudio. Adivinábale, en fin, un hombre para más altos destinos que aquella rústica labor de sus padres, que cocer pucheros de barro negro o que emplearse en un despacho de la villa de Avilés.

A LA HABANA EN EL «FRANCISCA»

Una mañana temprano, el 4 de noviembre de 1860, cuando contaba catorce años de edad,

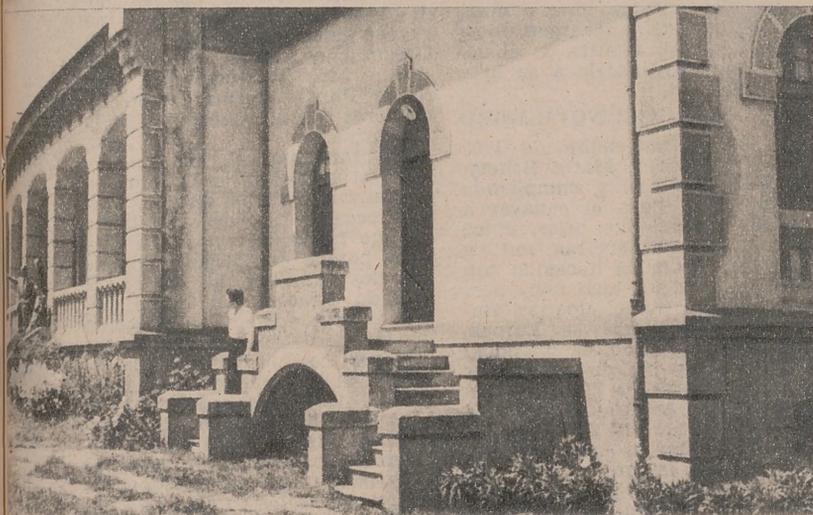
Don Pedro Menéndez, nieto del Rey de la Patagonia, impresionando unos metros de película en la tierra natal de su abuelo

embarcó en el bergantín «Francisca», en el puerto avilesino, rumbo a La Habana. Sólo llevaba sus conocimientos, aprendidos de tan extraña manera, unos pocos reales en la bolsa y una carta para un amigo de su padre, emigrado de Asturias, que ejercía la industria y el comercio de tallar y vender piedras preciosas a los nuevos ricos de aquella tierra antillana.

Larga la travesía a vela, y él, que sentía curiosidad por todo, cuando avistó La Habana era ya un consumado nauta. Ayudó al piloto, simpatizó con el capitán, aprendió el sextante y descifró los primeros secretos del arte de marear, que tan necesarios le habían de ser más tarde.

En la joyería habanera lo tenían por la manutención, y los contados cuartos que importaba su jornal los cedía a cambio de recibir instrucción, de tal modo,

(DE AVILES) REY DE LA PATAGONIA



Edificio de la Escuela fundada con capital del señor Menéndez en Miranda. (Fotos Huerta.)

que cambiaba trabajo por cultura, en un trueque insólito, máximo en aquella época de ambiciones desmedidas, en que todo estaba por hacer.

SUERTE Y ALGO MAS

Pero las fiebres de la manigua se cebaron en su cuerpo juvenil, por lo que pensó en otras latitudes. Marchó a Buenos Aires, donde se colocó fácilmente en una tienda para todo, en un «almacén general».

Dos constantes determinan la vida de José: suerte y casualidad, que unidas a sus virtudes raciales—entereza, audacia, generosidad e hidalguía—habían de trocar al antiguo emigrante del hatillo al brazo y caliente la imaginación en el hacendado repleto de millones y aureolado por el más grande señorío: el de ser como aquel otro Menéndez de Avilés, un adelantado, un fundador, un capitán, un rey, en fin.

BODA EN BUENOS AIRES

Allí, en Buenos Aires, adquiere con sus ahorros una casita de dos plantas. ¡Ya tiene algo, ya es algo José Menéndez y Menéndez! El concepto de propiedad, que lleva en su sangre asturiana, lo afianza más y más al trabajo y al estudio. ¡Y cuánto habría de trabajar y cuánta sería su seriedad y hombría de bien, que logra introducirse en el círculo de intelectuales bonaerenses, de gentes acomodadas que pueden entregarse, en aquellos años fundacionales, a la suave molición de las cosas del espíritu, pues se casa con una distinguida señorita, uruguaya de nacimiento, hija de franceses, María Behety, hermana de Matías Behety, el célebre poeta, una mujercita de veinte años, bellísima, que tendría innumerables «partidos» mejores

que el contable de ferretería, el casi huérfano y desconocido José Menéndez, el emigrante de Avilés.

PARTIR A LOS TREINTA AÑOS

Martín Guerrico, de línea española, capitán de la incipiente Marina del Plata, adquiere cierto día algunos efectos navales para su goleta «Rosales» en la tienda donde José rompe manguitos sobre el pupitre. Se conocen y simpatizan, mediante el nexo de la vieja Patria común, España. Y el marino le habla de un próximo viaje al estrecho de Magallanes, allá en la Argentina austral. A la imaginación despierta de José, que ya ronda los treinta años, tiene dos hijos y vive cómodamente en su casita de Mayo, 80, la oferta del viaje es una gran tentación. Máxime cuando sus jefes de la ferretería lo alientan a desplazarse a aquellas tierras para cobrar unos atrasos que un cliente moroso, un tal Piedrabuena, tiene con la entidad. Además, este Piedrabuena es hombre de pelo en pecho, a quien no es fácil cobrarle una cuenta atrasada, pues el hombre vive sólo con su mujer y un hijo; con un cuñado y una cuñada, en la isla Pavón, la que ha artillado con cuatro cañones, poniéndola a prueba de... cuentas atrasadas.

DARWIN SE OLVIDO DE LOS MENENDEZ

Darwin, el determinista, fué quien dijo y maldijo de la Patagonia que sería estéril a todo esfuerzo del hombre para sentar sus plantas sobre aquella que él llamó «tierra maldita». Aseveración tal era lógica, desde luego. Una punta del mundo, bajo un cielo hermético; una tierra barrida constantemente por los vientos huracanados del casquete polar, amenazada por los leones pumas, frecuentada sólo por algún indio salvaje (aquellos que a Magallanes le parecieron es-

pantosos gigantes), con el avieso cóndor suspendido en el aire, ojo avizor, ansioso de carne de muerto; a 4.000 millas de Buenos Aires, con la pampa virgen a la espalda, y a la cara el Polo desconocido, ¿cómo no iba a sugerir a Darwin tal maldición?

Sin embargo, el sabio no contaba con los Menéndez. Con los que no son sino Menéndez, nada menos y nada más. Y allí llegó nuestro Menéndez a la Patagonia, con sólo otro hombre civil a bordo de la goleta de Martín Guerrico en viaje de exploración y para llevar víveres, ropas y munición a los soldados que cuidan de aquella punta de la tierra argentina, poblada por la más heterogénea población civil.

PUNTA ARENAS, EN EL LEJANO SUR

Esta, Punta Arenas, es la única ciudad, si ciudad o aldea si quiera puede llamarse a una serie de barracas de madera donde vive y convive una extraña población: emigrados de Europa, de mil castas y raleas, aventureros y buscavidas, desertores argentinos y chilenos, a quienes se conmutaba la pena de muerte por la extradición perpetua en semejante lugar; la soldadesca contagiada de aquella infima moral, sostenida tan sólo por el imperio de la fuerza; buscadores de oro en los ríos próximos; cazadores de osos marinos, y un puñado de colonos y mujeres blancas, cuya trata constituía el comercio más pujante.

Pues allí, en Punta Arenas, decide José Menéndez establecerse, abandonando su bienestar en Buenos Aires. Y, lo que es más bruto se lleva consigo a su joven y frágil esposa, la hermana del poeta, a la niña mimada de aquella sociedad romántica, y a sus dos hijos, Josefina y Alejandro, de muy corta edad.

Primer negocio con Piedrabuena, cuyo embargo ha realizado la casa que José servía. Y lo trae al camino de una colaboración leal, pero en el campo del trabajo de la honradez. (Piedrabuena había llegado, no ya a armar un ejército propio, cuyo escudo era, para mayor sarcasmo, la insignia de la Policía argentina que tantas cuentas tenía con él, sino que además acuñó moneda y hasta emitió sellos postales...)

EL MOTIN DEL 77. HAY QUE EMPEZAR DE NUEVO

Ausente José de Piedra Arenas, el 10 de noviembre de 1877 (obsérvese que el mes de noviembre determina siempre sus principales vicisitudes), estalla un motín en el poblado. Soldados y reclusos se baten a muerte, hay una gran orgía de pólvora, de fuego y de alcohol y termina siendo destruida la incipiente ciudad, pues, toda ella de madera (no se conocen otros mate-

riales de construcción), arde en un santiamén.

María Behety de Menéndez («Mariquita») para los puntarenenses, que le han tomado mucha ley por sus bondades extremas, por su cultura y su honradez, recibe un balazo en una pierna, y ésta se la tienen que amputar. Además, al quedar totalmente a la intemperie, en aquellas noches eternas, bajo el frío viento polar, enferma y muere su hija más pequeña, de nueve meses de edad, Mariquita de nombre, como la madre.

Cuando José Menéndez ha vuelto de su viaje, halla este espectáculo de ruina y desolación, y, lejos de enojarlo, su espíritu realiza un esfuerzo supremo, rehace la casa, junta de nuevo su ganado, disperso en el desierto patagón por la desaparición de todo atisbo de poblado, y se erige en el cerebro más razonado y razonable, en el hombre bueno que prodiga a todos un consuelo, en el improvisador, en el creador de una nueva ciudad, que trabaja para todos y para todos tiene dispuesto siempre su hacienda, su bolsa, su pan y su fe. Porque Menéndez es católico, y sólo a través de su creencia logra hilar un nuevo aliento de vida civilizada, de respeto mutuo, de imperio de la cordura, de laboriosidad, de honradez.

Ella, María, pese a su dolor, se desvive en el cariño a los demás, y funda y dirige el primer establecimiento sanitario de la población, donde cuida a heridos, ancianos y enfermos; su casa está abierta siempre al necesitado, y los escasísimos barcos que tocan allí, encuentran un oasis de paz, de sabiduría, de honestidad y de amor en la «tierra maldita».

SE PERFILA EL REY

Con estas virtudes, los Menéndez se van erigiendo en algo más que en colonos afortunados. Por otra parte, él, José, como Argentina y Chile se hallan en violenta tirantez precisamente por la propiedad y soberanía de la Patagonia, interviene como mediador. Es el cónsul argentino en Punta Arenas, con lo que sirve a la tierra que pisa, Chile, y acata y reconoce al país que le ha dado sus primeros alientos, Argentina. Pero ni es chileno ni argentino, sino español, rigurosa y superiormente español, por encima de las lógicas ambiciones de aquellas patrias recién nacidas, que desean extender su respectiva bandera.

Al mismo tiempo, el hombre de negocios, el luchador, ha comenzado a surgir. Un inglés ha llevado 300 ovejas de las Malvinas. Pero todas mueren en aquel clima inhóspito. Menéndez adquiere los restos de este ganado y lo trata con tales artes, que lo que era un negocio ruinoso para el inglés se convierte en diez años en la más rica cabaña de la América del Sur.

Se entrega, después, a la caza del lobo marino, llamado de dos pelos, y para esto na de arbolarse una flotilla de goletas. Trae luego el primer barco de vapor, y como no hay carbón para sus calderas, alumbraba una mina, que explota con éxito sin igual. Abre el desierto a la civilización, creando una cadena de establecimientos comerciales, que suben por la tierra argentina hasta Comodoro Rivadavia. Tiende un fe-

rocarril, funda un hospital, crea el cuerpo de bomberos, inicia escuelas, construye un teatro, «el más grande del mundo, que dijo Borrás, pues nunca se ha podido llenar», y consigue llevar a Punta Arenas a los presidentes Roca y Errázuriz, de Argentina y Chile, que se dan «el abrazo del estrecho», poniendo fin a las disputas territoriales sobre aquel lugar.

Roca le encarga la colonización de la Patagonia argentina y nuevamente se adentra en el desierto para arrancarlo a su brutal virginidad.

OTRA VEZ NOVIEMBRE

El 24 de noviembre de 1903 muere su esposa, María Behety. en Buenos Aires, y cumpliendo su mandato, lleva el cadáver a Punta Arenas. Sus hijos, cinco varones y tres hembras, son ya mayores. Divide la hacienda con ellos y él sigue luchando, pero ya desde un plano superior. Hace frecuentes viajes a Europa, que conoce a fondo, deteniéndose sobre todo en museos, bibliotecas y otros centros de cultura. Visita España y Asturias. En su pueblo natal, Miranda de Avilés, ya se ha hundido su casa; sus hermanos han muerto o son muy viejos. Recorre España y «no le gusta». El secarral castellano le anonada, hasta el punto de que se dispone a visitar a Rafael Gasset, ministro de Fomento, para proponerle un plan de riegos y colonización total. Asimismo, marcha a Marruecos, donde compra tierras al Sultán, tierras que, cedidas por él a España, aumentan nuestro territorio en el Ríf, pues se hallaban en la demarcación francesa.

RAZA DE CONQUISTADORES

La guerra marroquí le subleva por las escasas disponibilidades del Ejército español. Y regala dos vapores de desembarco a las unidades que más precisan de ellos.

Pero lo que más le intriga es aquello que él puede y sabe hacer: colonizar. Y se entrevista con el Rey Alfonso XIII para proponerle un plan de irrigación de Marruecos. El Rey le dice: «Es usted de raza de conquistadores, y digno representante de ellos», y le ofrece un título nobiliario, que rechaza don José.

EL REY HA MUERTO ¡VIVA EL REY!

Finalmente, el 24 de abril de 1918 muere en Buenos Aires el rey de la Patagonia. Su vida ha tenido la constante del trabajo, del amor a los demás, de la puntualidad, de la exactitud, de la honradez. Su patriotismo, su españolismo, fué en él una obsesión. La crecida flota que logró levantar da idea de ello en el detalle de que todos sus barcos los bautizó con nombres que empezaban con letra «A», por ser la inicial de su patria chica: Avilés. Sus obras de caridad, especificadas en el testamento, además de las que sembró en vida, suman millones de pesetas. Un millón deja al Estado español; cien mil pesetas a Avilés; cincuenta mil a Miranda, y cantidades análogas y mayores, en total, a Argentina y Chile. Y todas, todas, con la específica recomendación de que se inviertan en la instrucción de los humildes, de los que, como él, sólo necesitan cultura para engrandecer a sus pueblos,

a sus patrias, a la humanidad.

Las riquezas que ha levantado son inmensas. El año 1915 le visitó Ortega y Munilla, y habiéndole de esto, don José Menéndez sacó un papelito del bolsillo de su chaleco blanco y contestó: «En este momento tengo 1.400.000 ovejas, 12.000 caballos, 11.000 vacas, 26 casas de comercio, dos establecimientos frigoríficos, una línea de vapores que desplaza 20.000 toneladas...» Una de sus fincas, el Campo de San Gregorio, es mayor que Asturias entera. Los frigoríficos que montó en Punta Arenas fueron los primeros que se conocieron en la Argentina.

Era tan puntual, que un día llevó el chocolate a la cama a un empleado que se durmió, y en otra ocasión hizo salir el barco en que había de viajar un hijo suyo, porque éste llegó al muelle con dos minutos de retraso. Cuando atracaba un buque, ponía tal cuidado en la dirección de la maniobra, que intentaba suavizar con la contera de su bastón el choque del casco contra el muelle. Al construirle en Escocia uno de sus buques, permaneció día y noche en los astilleros, repasando cada soldadura y cada remache, modificando los planes de los ingenieros y tocando el martillo para moldear piezas y acabar empalmes.

DESPUES...

Dejó ocho hijos, de los que hoy viven solamente cinco: dos varones y las tres mujeres. Cuenta con treinta y un nietos, todos casados, excepto dos. Sus negocios han proliferado tanto como su familia, y hoy sus nietos son personalidades eminentes en los más diversos campos, desde uno que es presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara chilena, hasta otro que, siendo el capitán del equipo de polo argentino, recibió de manos de la Reina de Inglaterra la copa del Campeonato del mundo, en las fiestas de la coronación. Otros, industriales o comerciantes, abogados de fama, directores de empresas bancarias y financieras, de una línea de navegación que bordea las dos Américas, hasta el Canadá, médicos célebres, etc., etc.

Yo he hablado con uno de ellos, Pedro Menéndez Prendes, hijo de asturiana, que tomó el avión en Chile para venir a Avilés a entregar una placa de plata que envía como testimonio de reconocimiento a la obra de José Menéndez, la municipalidad de Magallanes. Lo he visto en Miranda, con la máquina tomavistas de cine en color, regocijando, para pasmo de Chile y Argentina, la sencilla cuna donde el niño Pepito Menéndez vino a este mundo, donde nació un chiquillo que iba para labrantín y decidió ser el rey de la Patagonia por la gracia de Dios.

El nieto, que no conocía Asturias, siente una emoción sincera viviendo estas horas, mientras la región entera, simbolizada en su gobernador, en los alcaldes de sus poblaciones principales, en el pueblo culto, activo y creador de Avilés, le rinde el homenaje de admiración que su abuelo ganó a punta de valentía en medio siglo de labor creadora, y en una tierra que nadie se atrevió a domeñar.

Francisco VILLALGORDO

SEXO Y ARTE

CONSIDERACIONES EN TORNO AL CASO DE MARILYN MONROE

Por Nicolás GONZALEZ RUIZ

POCAS veces como ahora ha podido advertirse en el cine norteamericano la deliberada introducción del elemento sexual con carácter básico para promover la atención del público sobre el llamado «séptimo arte». Como obedeciendo a una consigna, las revistas cinematográficas de Norteamérica plantean de frente la cuestión de la eficacia y valía de los atractivos sexuales en el cine y establecen un cuadro completo de las actrices con «sex-appeal». Son llamadas ellas mismas a declarar su opinión sobre el asunto, invitadas a revelar su secreto, casi diríamos su «doctrina». Entran en la galería desde las que se consideran una apetecible «torta de queso» a las más refinadas técnicas del vampirismo. El grupo es muy numeroso, aunque la plenitud de aptitudes de cada una de las componentes no ha podido ser apreciada entre nosotros, y entran en él, con las que ya pudiéramos llamar tradicionales figuras de Jane Russell, Rita Hayworth y Ava Gardner, otras muchas entre las que destacan Virginia Mayo, Corinne Calvet, Jean Peters, Zsa Zsa Gabor, Susan Hayward, Debra Paget... y por delante, como símbolo y bandera, la menos conocida en España, la peor actriz de todas y la que ni una sola revista de Norteamérica ha dejado de publicar en fotos a todo color o capaces de sacar los colores: Marilyn Monroe. Pocas veces se dará tal suma de condiciones en un solo ejemplo para que resulte provechoso y digno de consideración.

BREVE Y DISCRETA DESCRIPCIÓN Y BIOGRAFÍA

Marilyn Monroe acaba de cumplir veintisiete años. No es muy alta, es rubia, piernicorta, de formas pronunciadas, facciones irregulares y ojos más bien pequeños. Se la podría considerar fea con un criterio exigente. Un poco fuera también de la línea moderna, para la cual resulta en exceso abundante de curvas. Tampoco ha resultado excepcionalmente fotogénica, hasta el punto de que en dos ocasiones distintas las pruebas realizadas parecieron conducir a un irremediable fracaso. Sin embargo, a base de ella se ha montado la más frenética

Don Nicolás González Ruiz, licenciado en Ciencias Históricas, explicó Literatura en Liverpool; en 1923 fué nombrado redactor jefe de «El Debate» y en el año 1948 le fué concedido el premio «Luca de Tenas».

Es autor de numerosos libros, entre los que destacan «Vidas paralelas», «Literatura española del siglo XX», etc. Ha realizado también una interesante e intensa labor teatral como autor, adaptador—especialmente de las obras dramáticas de Shakespeare—y director artístico.

y desvergonzada campaña de publicidad que ha conocido el cine.

Cómo se ha llegado hasta ahí es difícil de explicar bien. A los dieciséis años, Marilyn Monroe se casó. Era una muchacha al parecer tímida y para poco, muy desarrollada ya en sus actuales «condiciones de actriz». Lógicamente, le gustó a un marinero, y con aquellas facilidades y prisas de la guerra—si echamos la cuenta esto sucede en 1942—se casaron. El marinero se fué a la mar y le destinó a su mujerita una parte de su paga, que ella completó empleándose en una fábrica de municiones. No faltó quien advirtiera a Marilyn que siendo una especie de munición en sí misma—los soldados de Corea la llaman «la bomba H»—podía lograr mejor porvenir explotando sus facultades innatas. Comenzó a posar para las portadas de las revistas con los trajes más leves y en las actitudes más graves. Para anuncio de un calendario se retrató con dicho calendario como antifaz. Y salvado así el pudor no consideró preciso ponerse otra cosa.

El marido recibió en 1946 carta de un abogado interesándole la firma de los papeles para conceder el divorcio a Marilyn, que ya tenía veinte añitos. Volvió el marinero—hoy casado de nuevo y feliz con una esposa mucho menos espectacular—, y al llamar a su mujer al teléfono ella no reconoció su voz y le dedicó un adjetivo cariñoso, pero acompañando a otro nombre. Cuando la vió, ella llevaba un traje negro, transparente y ceñido, que parece constituir uno de sus más artísticos recursos. Comprendió que debía conceder el divorcio y a toda prisa. Marilyn, después de haber sufrido distintas «pruebas», no todas fotográficas, entró en el cine e hizo algunos segundos papeles. Su actitud en la pantalla, en los estudios, en las fiestas, es tan consecuente con un plan de apelación directa al sexo que constituye en verdad una teoría digna de estudio. Es lo que llaman las revistas de Norteamérica «la nueva doctrina de Monroe».

LA NUEVA DOCTRINA DE MONROE

Cada vez se va volviendo más espinoso este trabajo, a pesar del esfuerzo hacia la discreción que el autor, patentemente, realiza. Pero es que todo el «quid», toda la moraleja, estriban en que el lector se percate bien de la categoría moral del asunto, de modo que podamos hacer algunas reflexiones oportunas, dejándole el campo abierto para las demás que desee hacer por su cuenta. La doctrina de Marilyn Monroe, que ella ha explicado en declaraciones y en anécdotas publicadas—no se sabe qué admirar más: si el hecho en sí o la publicidad que ha recibido—, consiste, en suma, en que para conseguir la directa ape-

lación al sexo, conviene tornarlo próximo, disminuyendo el número de murallas entre los contrarios. Así, por ejemplo, un traje fino y ceñido que dé a entender plásticamente la imposibilidad de que haya debajo ni una prenda más; un jersey que sugiera lo mismo, por la visión intermitente que permitan los calados y entrepuntos del tejido... Visto el «principio y fundamento» de la doctrina, podemos ahorrarnos el profundizar, ¿no es así?

Un desenvuelto cinismo en la exposición doctrinal completa los perfiles de la tesis. Marilyn un día, durante un descanso en el bar del estudio, luce un jersey de punto muy espaciado, es decir, se luce a través de él. La cosa es un poquito fuerte, incluso, en aquel ambiente «artístico» y alguien dice:

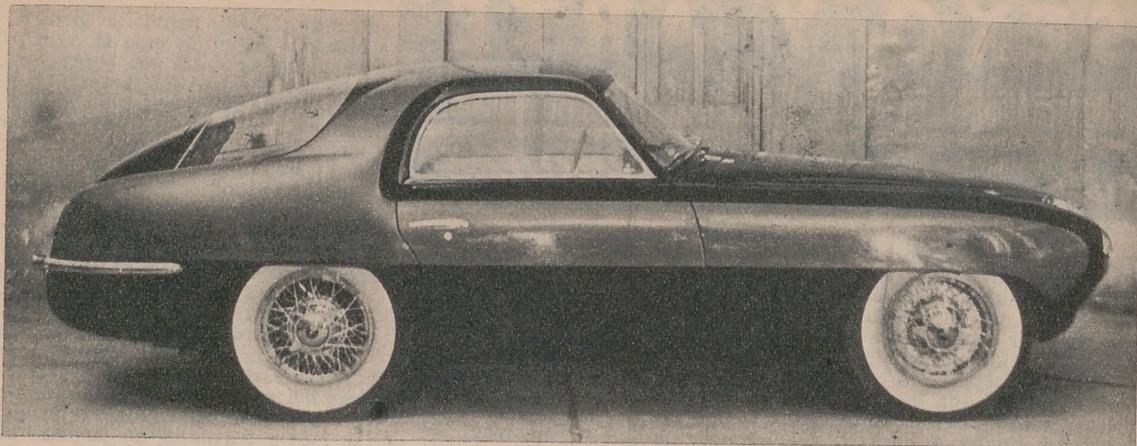
—¡Caramba, Marilyn! Ese jersey...

—¿Qué le ocurre?—pregunta ella.—¿No le agrada el color?

LAS CONSIDERACIONES SOBRE EL CASO

¿Para qué nos cuenta usted la historia de una... cualquiera?, puede decirnos acaso el lector. Uno ya sabe que hay por las entrañas turbias de las ciudades mujeres capaces de cosas así, mujeres que han perdido totalmente el pudor, que es lo que las hace dignas de respeto. Usted lo ha dicho; pero una de esas mujeres no es objeto de una vasta propaganda internacional que reproduce su efigie por millones de ejemplares, divulga sus anécdotas mucho menos ejemplares, la llama «la mujer más deseada del mundo», anuncia los papeles que va a interpretar en el cine, nos describe sus más íntimas actitudes, nos la ofrece besando o desnudándose... La propaganda de Marilyn Monroe es únicamente ésa, ha inundado las páginas de todas las revistas del mundo y presenta a este detritus del sexo femenino como a una triunfadora, sin privarse de advertir que, como actriz, es mediocre o más bien mala. El exportador técnico o «lanzador» de la mercancía es el director Howard Hughes, para que otro no pierda. Aunque ya las Casas rivales de la que ha contratado a Marilyn preparan el lanzamiento de las figuras femeninas que han de oponérsela.

Parece que el buen público, el ancho y vasto público de miles de salas perdidas por las planicies del mundo se muestra todavía, en un porcentaje crecido, más interesado por el asunto, dramatismo o interés de la película que por las apelaciones al sexo. De todos modos, estas apelaciones se estiman hoy por muchos «técnicos» como adición artística muy oportuna y como única llamada capaz de atraer a un porcentaje menor. Al público se le forma así, poquito a poco, mediante una burda perversión de la estética y de la moral—ambas cosas van unidas—que no tiene más aspecto esperanzador que lo descartado y cínico de su trama. En los que tenemos obligaciones morales que cumplir con la sociedad y en la parte más sana de ésta, ese cinismo, debe provocar una reacción condigna que rescate el arte de contactos inmundos.



El último modelo «Pegaso». Está carrozado en Italia por Touring y va dotado de un par de canales aerodinámicos. Su presentación en el Salón de Turín ha sido sensacional.

EL «PEGASO» NO HA NACIDO POR GENERACION ESPONTANEA

EN 1900 CONTABAN MAS LOS CABALLOS QUE LOS AUTOMOVILES

HACE unos meses, el corresponsal en Norteamérica de una prestigiosa revista especializada suiza—«Automobile Revue»—se lamentaba de la escasa atención que en la «World Motor Show» de Nueva York despertaron las magníficas carrocerías realizadas en su país. En cambio, decía, los «Pegaso» españoles han constituido el centro de atracción y alrededor de ellos se levantaron los comentarios más elogiosos. Y para justificar esta preferencia, para muchos inesperada, añadía: «Claro que todo el mundo sabe que han sido construidos en los antiguos talleres que en Barcelona poseía el «Hispano-Suiza.»

No vamos a negar que el prestigio que consiguieron aquellos excelentes vehículos ha sido heredado por los actuales «Pegaso». Pero no es ésta la razón de su éxito. Existe toda una tradición detrás de los hombres que han diseñado, construido y montado estos automóviles excepcionales. No se trata de improvisadores que intentan cubrir su inexperiencia con el recuerdo de algo que, si fué glorioso, ya ha pasado a la historia. Baste citar como ejemplo a Wifredo P. Ricart, espíritu animador de la E. N. A. S. A., que ya en 1922 diseñó su primer motor. Luego siguió en Italia sus trabajos, y en las factorías «Alfa Romeo» se crearon a partir de 1938 motores que darian fama y triunfos a sus fabricantes.

EL «PEGASO» HA IMPRESIONADO AL MUNDO

Resulta innegable que el «Pegaso» ha causado impresión en todo el mundo. Ha creado un clima de expectación fuera de lo común. En un viaje que realicé el pasado mes de enero por Francia, Alemania, Suecia, Noruega, Dinamarca y Bélgica, en todos aquellos países me preguntaron por el «Pegaso» con verdadero interés. En París pude conocer a Gordon Wilkins, de la revista in-

glesa «The Autocar», que había realizado en la pista de Jaebbecke, en Bélgica, ensayos técnicos con el «Pegaso Z-102». Su impresión resultaba inmejorable.

EL PRIMER COCHE ESPAÑOL: EN 1860

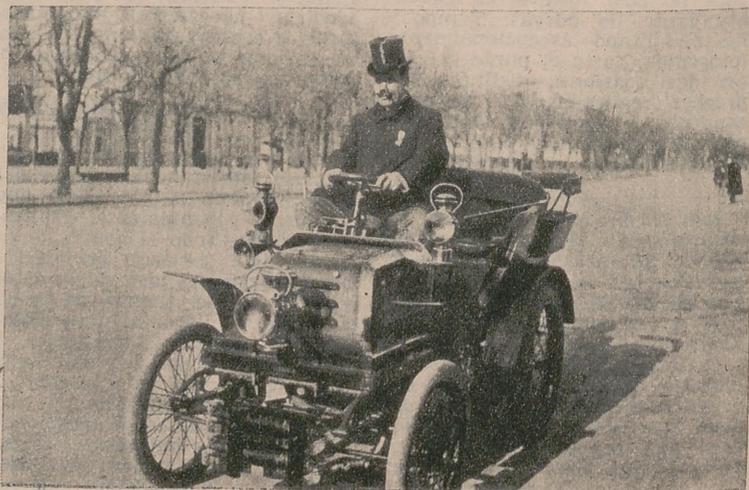
Ahora que la situación de nuestra industria de la automoción es francamente satisfactoria vale la pena mirar hacia atrás, esbozar la pequeña historia del automovilismo español.

Ha sido don Francisco Mota, hombre conocedor de muchos datos curiosos e interesantes de la historia del automovilismo español, quien ha descrito el artefacto más antiguo, capaz de moverse por sí mismo, construido en España. Fué nada menos que en 1860. Era, respecto de los automóviles actuales, lo mismo que los monstruosos reptiles del terciario a los lagartos de nuestros días. Estaba movido a vapor—como las apisonadoras, degenerados descendientes de aquellos vehículos—y

había sido construido en Valladolid por un joven ingeniero, don Pedro Ribera, con materiales importados de la Gran Bretaña.

CATALUNA SE INTERESA. EL «TRICICLO» DE BONET

La segunda noticia automovilística importante surge casi treinta años después. La inquietud se trasladó a Cataluña, que desde entonces quedaría vinculada de modo permanente a la industria de los motores de explosión. Porque en este otro ejemplar, digno de ser exhibido en un Museo, ya se había cambiado de sistema motoriz. El padre de la criatura fué un barcelonés llamado Bonet, a quien se le ocurrió realizar en 1889 una visita a la Exposición Internacional de París. Tanto le impresionó lo que allí se exhibía que regresó con el firme propósito de hacerse por su cuenta un vehículo como los que había visto. El hombre era decidido, y antes de que terminara el año ya disponía de un extraño triciclo



Un paseo en automóvil en 1903 era, más o menos, una aventura. La chistera pone un contrapunto de solemnidad.

dotado de un motor de dos caballos, comprado en Francia. Lleva ba ruedas de carro y los sillones, cuatro en total, eran de mimbre.

LOS CABALLOS DE CARNE TENIAN PREFERENCIA

A partir de entonces los automóviles fueron más habituales. En 1896, monsieur de Large se trajo a Barcelona su automóvil, un «León Bollée», con la sana intención de venderlo. Nada se sabe de si consiguió su propósito. Pero turistas o vendedores siguieron llegando en auto, con espanto de campesinos y hombres urbanos.

En 1900 contaban más los caballos que los automóviles. Al menos se deduce esta conclusión del primer reglamento aparecido con la firma de don Rafael Gasset, ministro de Fomento, y la aprobación de Su Majestad. El principio establecido entonces fue desarrollado tres años más tarde por el Ayuntamiento de Madrid. En el reglamento que éste publicó se dice exactamente lo que sigue: *Siempre que los conductores observen que se produce espanto en las caballerías, ya sea por la vista del automóvil o por el ruido que produce, están obligados a parar el carruaje, evitando, en lo posible el ruido, y sólo podrán emprender la marcha después de que hayan pasado las caballerías.* Este trato de desfavor no era corriente en aquel tiempo. En San Petersburgo fueron prohibidos todos los vehículos, salvo los de vapor, por el mal olor de los gases que expulsaban los movidos a base de petróleo. Y la velocidad máxima se reducía en España, Francia o Rusia y en cualquier otro país a cifras inverosímiles: cinco kilómetros por hora en Madrid, por ejemplo.

APARECE EL NOMBRE «HISPANO-SUIZA»

Poco antes de empezar el siglo, en 1899, llega a España un joven ingeniero suizo que ahora acaba de fallecer: Marcus Birkigt. El fue el técnico de la primera fábrica verdaderamente seria que hubo en la Península. El señor La Cuadra actuó de financiero y su nombre sirvió para denominar los automóviles producidos. El negocio fué mal, y el propietario cedió sus derechos al señor Castro. La nueva entidad se llamó «J. Castro, S. en C. Fábrica hispano-suiza de automóviles».

Todos estos antecedentes demuestran que el primer coche conocido en España no fué el que paseara por la Corte el matrimonio argentino Carabassa—él bigotudo y con hongo, ella hermosa y atractiva—, según afirma don Melchor Almagro San Martín en su libro «Madrid 1900». El automóvil tenía ya adeptos numerosos en 1900 y había sido celebrada en Barcelona el 1 de diciembre de 1899 la primera carrera. Líneas de autobuses aparecían en toda la Península. Los elegantes se sentían esclavos del nuevo sport.

SE PROHIBE LA CARRERA PARIS-MADRID

La tempestad se desató en 1903. Entonces un grupo de automovilistas, presidido por el duque de Santo Mauro, decidió organizar



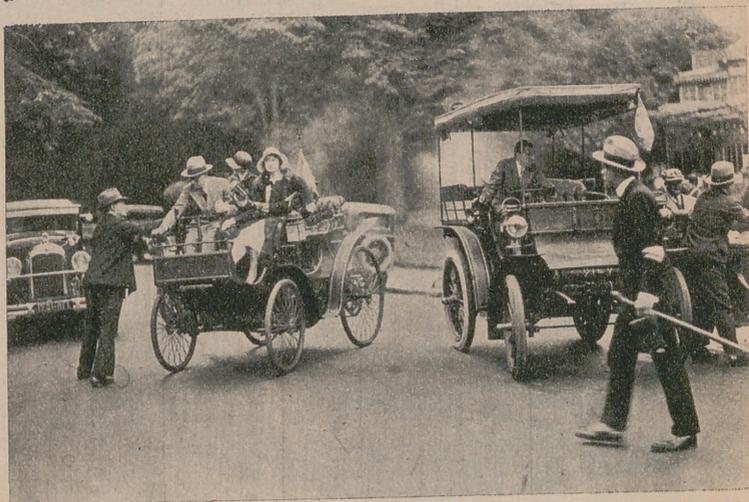
Wifredo P. Ricart muestra a Charles Faroux, renombrado técnico francés, los secretos del «Pegaso».

una carrera con la partida en París y la llegada en Madrid. La idea despertó un entusiasmo indescriptible en los medios deportivos de toda Europa. España entera se llenó de curiosidad. Ocurrieron anécdotas curiosas suficientes para escribir un libro. Mas lo que ahora nos interesa recoger es la santa ira que siguió a su catastrófico desenlace. Correr, sin más, por una carretera infernal, con un cordón de público en ambas cunetas, tenía sus peligros. Diez o doce muertos costó la primera etapa, París-Burdeos. El Gobierno francés prohibió que la carrera continuara y el español hizo lo mismo. Porque se pensó en trasladar los vehículos hasta la frontera en ferrocarril y proseguir allí el recorrido. Gabriel, el vencedor de la única etapa realizada, hizo una media de 105 kilómetros por hora.

EL AUTOMOVIL, «NUEVO MOLOCH»

«Convengamos en dejar a un lado la compasión humana, que suele sobrar en estos casos, y reconozcamos la general satisfacción que en España ha producido la suspensión de la carrera París-Madrid», escribía «Blanco y Negro». Y algunos meses más tarde

remachaba: «Nuevas atrocidades han ocurrido en Irlanda con motivo de la carrera de automóviles de Dublín... Muertos y heridos no han faltado, resultando triunfante el austriaco Janetzi con una máquina «Mercedes.» El austriaco Janetzi era belga y tomó parte en la prueba con un automóvil alemán formando parte del equipo alemán. Rubén Darío, por su parte, envió a Sudamérica una crónica maravillosa en la que ponía como chupa de dómine al automóvil y a los automovilistas. A su sensibilidad modernista le repugnaba hasta el nombre «del nuevo Moloch». Prefirió rebautizarlo con el apodo de «hipogrifo». La Pardo Bazán publicó un cuento en que describía cómo «el Mansegura», un contrabandista gallego de la raya con Portugal, tomaba cumplida venganza con un automovilista que acaba de laminar a un hijo suyo, lanzándolo con coche y todo barranco abajo. Pero quizá sea más impresionante la descripción, también publicada entonces, de los peligros que acechan a los novios que se aventuran a realizar su viaje nupcial en automóvil. Los desdichados protagonistas del relato tienen la desgracia de volcar, y en el suelo agonizan en compañía de su chó-



Una evocación de los tiempos heroicos. En octubre se celebrará otra similar en Madrid.

fer sin que los campesinos se atrevieran a socorrerlos por temor a la misteriosa máquina que se movía por sí sola.

PARA CONDUCIR HABIA QUE PERDER CUATRO SENTIDOS

Claro que ser automovilista entonces no era fácil. Se discutía sobre lo disparatado que era ser «chauffer». Para viajar en automóvil se necesitaba ponerse los algodones en los oídos, taparse los ojos con cristales oscuros, enfundarse las manos en tremendos guantes de cuero, ponerse la capucha de impermeable, en una palabra, había que privarse voluntariamente de cuatro sentidos.

DESAPARECE LA HOSTILIDAD

De la carrera París-Madrid nació el Real Automóvil Club de España, que ahora celebra sus Bodas de Oro. Y en 1907 tenía lugar en Madrid el primer Salón del Automóvil. Aquel Salón, celebrado en el palacio de las Ciencias y las Artes—hoy museo de Ciencias Naturales—tuvo toda la grandilocuencia de su tiempo. «La supresión de las distancias borrando las fronteras con el vértigo de la velocidad, hará por el progreso humano un día muy próximo—cuando el problema industrial de la construcción de los autos esté resuelto de tal modo que puedan usarlos todos, ricos y pobres—, más, mucho más que en el espacio de cientos y cientos de años ha hecho la propaganda de las doctrinas de amor y fraternidad universal», decía campanudamente en la inauguración el conde de Peñalver. Hubo más de un centenar de expositores y los visitantes superaron los diez mil. «Fueron vendidos todos los vehículos expuestos y más», dice un cronista de entonces lleno de gozo. La tormenta ya había pasado. En 1910 había 5.816 automóviles matriculados en España, y aunque en provincias los automovilistas se ganaban tal cual pedrada, la hostilidad había desaparecido en las ciudades y entre los hombres cultos y progresivos de los núcleos rurales.

APARECEN MUCHAS MARCAS

El automovilismo siguió creciendo en extensión, tanto por lo que se refiere al número de vehículos en circulación como al aspecto constructivo. La Hispano Suiza triunfa en carreras—Mont-Ventoux, Ostende y Boulogne—,

y en una de ellas, celebrada en Rusia, con más de 3.000 kilómetros de recorrido, consigue la copa del Emperador. Pronto trasladada parte de su actividad a Francia, sin dejar de fabricar en España, donde construye su modelo de lujo. Entretanto, en 1907, un «sportman» apellidado Armangué conoció en Suiza las pruebas de descenso en trineo sobre hielo. Al hombre le entusiasmaron y se trajo un «bobbleigh», que le resultó inútil. «A falta de hielo, buenas son ruedas», se debió decir, y poniéndole cuatro a su trineo se divertía deslizándose cuesta abajo sin necesidad de motor. De ahí a aficionarse a los automóviles faltaba un paso. Armangué lo dió. Con motores importados de Suiza montó una fábrica que lanzó 1.500 vehículos con la marca «David». Más adelante construyó vehículos de carreras, obteniendo halagüeños éxitos. Pronto le salió un rival a los «David». El ingeniero Sebastián Nadal diseñó el «Ideal», construido a partir de 1915. Luego, o simultáneamente, aparecieron el «Díaz y Grillo», el «América», el «Matas», el «Hisparco», el «Alvarez», el «Elizalde», el «Nacional Pescara», el «Ricart Pérez», el «Ricart», el «Ricart España», etc. Estos automóviles tuvieron varia fortuna. Unos se produjeron en cierta cantidad, otros en proporción reducida, pero presentaban en sus modelos soluciones originales, consiguiendo triunfos dentro y fuera de España.

SE CREA LA E. N. A. S. A.

Después de 1939, quizá la primera marca aparecida fuera la Eucort, que construía vehículos con motor a dos tiempos. Hace unos dos años que dejó de fabricar, encontrándose ahora en período de reorganización.

Se creó en 1946 la Empresa Nacional de Autocamiones—ENASA—y el Centro de Estudios de Automoción—C. E. T. A.—. Unos años después aparecieron los primeros cañones antiáereos remolcados por camiones «Pegaso» en un desfile de la Victoria. Su estampa era magnífica. Y pronto los modelos con motor Diesel demostraron en las carreras su calidad. La E. N. A. S. A. adquirió las instalaciones de la Hispano en Barcelona. Comenzó nuevas factorías en Madrid y siguió fabricando a un ritmo creciente. Unos trescientos camiones produjeron el año pasado.

APARECE EL «PEGASO Z-102»

El Salón de París en 1951 pre-

senció el primer triunfo del «Pegaso» en el extranjero. Fué una sorpresa; los vehículos españoles mostraban una perfección difícil de igualar. Allí se dió a conocer el «Pegaso Z.102», vehículo deportivo de alto rendimiento. Al año siguiente nuevo escándalo informativo. Las carrocerías se habían transformado. Ghia Touring y Saoutchik, los más famosos en su especialidad, habían realizado sobre los chasis «Pegaso» lo que en Francia se suele llamar «vehículos de ensueño». Luego, en el Salón de Londres, en la Exposición Internacional de Nueva York, en el Salón de Turín, los «Pegasos» ocupaban el lugar de honor.

¿Con qué fin construye la E. N. A. S. A. estos vehículos? No hace mucho Wifredo P. Ricart pronunció unas palabras muy significativas. «Nuestro país es pobre y hemos de realizar joyas para ricos.» En efecto, los «Pegasos» de turismo son joyas excepcionales y están destinados a la exportación. Su venta producirá divisas para importar los utillajes y materiales necesarios para la construcción de los camiones y, al mismo tiempo, se encargarán con su calidad de prestigiar a estos últimos.

LA INICIATIVA PARTICULAR SE ANIMA

Pero no solamente fué la E. N. A. S. A. quien se lanzó a fabricar automóviles. Muchas empresas particulares siguieron su ejemplo con varia fortuna. Hoy pueden citarse algunas marcas que cada vez desarrollan más actividad. Sirvan de ejemplo, el «Kapi», creado por el capitán Saldaña; el «Orix» y el «Pulgan». Son vehículos de pequeña cilindrada y de tamaño exiguo, en los que se busca más que nada bajo precio y poco consumo.

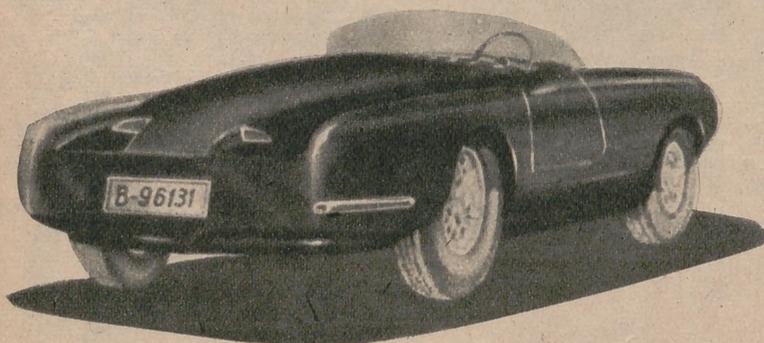
UNA NUEVA MODALIDAD: EL MONTAJE

Hace poco más o menos un mes que se ha anunciado la inauguración de las factorías SEAT, de Barcelona. Instaladas en el puerto franco de la Ciudad Condal, tienen como fin montar el popular «Fiat 1.400» con materiales importados de Italia. En Valladolid se encuentra en fase adelantada otro taller similar dedicado al «Renault 4-4». Ambas fábricas esperan producir pronto en gran escala. Y ambas tienen la intención de construir sus vehículos totalmente en España.

EXTRAORDINARIO DESARROLLO DE LA INDUSTRIA DE LA MOTOCICLETA EN ESPAÑA

La industria que a partir de 1939 ha tenido un impulso sensacional ha sido la de la motocicleta. Aquí ha sido la iniciativa particular la que ha llevado la voz cantante. La primitiva «Sorianow», bonita de línea y de ruedas pequeñas, ha sido seguida por otras muchas marcas. Si se fuera a medir la potencia de la industria del pequeño motor de un país por el número de marcas existentes, el nuestro sería el primero del mundo. Existen unas sesenta y tantas y seguramente me quedo corto.

Francisco CARANTONA



Otro «Pegaso». Es un modelo deportivo de líneas atrayentes y rendimiento excepcional.

GRACIA Y DESTREZA DEL ATLETISMO FEMENINO

EL SEXO DEBIL HA HECHO GIMNASIA

EL MUSCULO SOBRE LA FORMA O EL AMOR SOBRE LAS DOS COSAS

Las damiselas de hace medio siglo no practicaban otros deportes que el «cricket» y el punto de ganchillo, si es que podemos llamar deporte a esta paciente labor, que deja libres la mente y la lengua para criticar a gusto, mientras se finge hacer algo de gran utilidad. Algunas señoras, más dinámicas y de ideas avanzadas, introdujeron para el que inventaron aquel delicioso uniforme: blusón cerrado hasta el cuello, falda acampanada por cuatro enaguas y sombrero de paja anudado con un velo verde, conjunto que ganó las críticas severísimas de los caballeros que aseguraban: «El mundo va al desastre, cuando las mujeres han perdido la sensatez y la dignidad, pues se permiten en-

señar los tobillos por perseguir a una ridícula pelota con una ridícula paleta.»

Creemos que estos sesudos e indignados varones habrían ya muerto—o morirían de la impresión—cuando, allá por la anteguerra del 14, aparecieron las primeras «amazonas» del automóvil, que guiaban ruidosos artefactos

Plasticidad y belleza alada se reúnen en esta muchacha del grupo atlético sueco «Sofia Girls». Es éste un momento de su actuación en el Concert Hall de Estocolmo.

escondidas tras grandes gafas, flotantes tules y antiestéticos guardapolvos. Hoy, pasados los años, cuando se escribe de deprimente femenino, no hay más remedio que inclinarse ante aquellas esforzadas heroínas que arrostraron impávidas las iras de su tiempo al abandonar las aburridas labores de tapicería, cambiándolas por los ejercicios al aire libre.

EL EJERCICIO NO ESTROPEA EL TIPO

Todavía quedan muchos destructores del deporte femenino. Esgrimen como argumento que los ejercicios físicos masculinizan a la mujer, quitando gracia y belleza a su figura. Para derribar su teoría, basta recordar que Norteamérica, además de producir más automóviles que nadie y más coca-cola que nadie, cuenta con el mayor número de aquellas mujeres denominadas «tipos estupendos», gracias al deporte y a la gimnasia, que la norteamericana practica con asiduidad. Lo mismo ocurre en Italia, donde la generación femenina actual se caracteriza por la armonía y belleza de la figura, resultado de las normas de educación física obligatoria

Otra de las componentes del anterior grupo femenino de gimnasia.





Vence la velocidad, y a la velocidad, la estética. La línea pura de la mujer se destaca, firme y rotunda, en la llegada de la carrera.

establecidas, en tiempo del fascismo, para toda la juventud.

En España, antes del 36, eran contadas las mujeres que hacían deporte: hoy, merced a la labor de estímulo, orientación y dirección de la Sección Femenina de Falange, lo practican cerca de 40.000, cifra altísima, si se tiene en cuenta la poca afición e interés que las mujeres de nuestra tierra sienten por el deporte. La española es activa, emprendedora, dinámica, pero se torna en perezosa absoluta cuando se le habla de deporte: «No, eso no me va»; «no puedo»; «no tengo tiempo»; «cansa mucho», etc., etc. Aunque esto no impide que luego se preocupe una barbaridad y haga grandes planes de batalla dietética en cuanto las terribles grasas, precursoras del ajetonamiento, hacen su aparición. Y aun entonces, todo lo arregla quitándose el sombrero y los guantes para pesar menos cuando sube a la báscula.

NINA LANZA UN DISCO A 51 METROS

A los caballeros detractores de las mujeres deportistas habría que darles la razón si todas las atletas femeninas fueran como Nina Romashkova, que se llevó el trofeo mundial de lanzamiento de disco arrojándolo a más de 51 metros de distancia. Nina Romashkova es un tipo de mujer sin atractivo femenino: fuerte, grande, maciza, con hombros de cargador de muelle y piernas musculosas; un tipo negativo, «lo que no se debe llegar a ser aunque se haga deporte», y temible hasta para los adoradores de la roja estrella de las cinco puntas. Porque, ¿quién puede vivir tranquilo cerca de una mujer capaz de lanzar los platos a tan respetable distancia?

Nina es producto, sin duda, de los entrenamientos stajanovistas que se aplican en los países soviéticos: exceso de masculinidad en la figura, predominio del músculo sobre la forma.

FANNY ENCUENTRA MARIDO «AL GALOPE»

En el mes de mayo de 1935 se celebraba en el estadio de Amsterdam un festival deportivo femenino para clausurar el año es-

colar. Entre los centenares de muchachitas allí concentradas había una mofetuda, de carácter tranquilo y rollizo aspecto, llamada Fanny Koen, que encontraba mucho más divertido comer los pasteles que preparaba su madre que todas garrambinas de la gimnasia y del correr de aquí para allá.

De pronto, sus ojos claros se fijaron en uno de los entrenadores que estaban en la tribuna: era un joven fuerte, con las sienes precozmente grises, capaz de entusiasmar hasta a la equilibrada Fanny. La chica se enamoró súbitamente; pero, ¿cómo hacer que él se fijase en ella, entre tantas competidoras más guapas y atractivas? No había más remedio que hacer algo sonado. En aquel momento se preparaba a la carrera un grupo, que iba a disputarse la copa de los 100 metros lisos. Fanny no había corrido nunca, pero, con su traje de gimnasia, se lanzó a la prueba y llegó la primera, entre el asombro general. Al amor le pintan con alas, pero esta vez las llevaba en los pies.

El entrenador, que era un conocido periodista holandés, se fijó a la fuerza en Fanny y se convirtió pronto en su marido.

Fanny, esposa feliz y madre de dos niños, una vez cogida carrerilla, no ha dejado los campos deportivos: en el año 48 obtuvo, en la Olimpiada de Londres, nada menos que cuatro medallas de oro, como campeona mundial en otras tantas modalidades deportivas. Fanny Blankers-Koen es un verdadero fenómeno en los anales del deporte: a los treinta y cinco años sigue coleccionando premios y medallas. «Lo hago para que mi marido y mis hijos se sientan orgullosos», dice.

Por amor logró su primer galardón y por amor sigue conquistando otros. Acaso sea éste el secreto de su prodigiosa vitalidad.

JEANETTE, LA PATINADORA DESAPARECIDA

En la Olimpiada de Helsinki, Inglaterra se quedó con la espina de no barrer para casa más medallas de oro que la ganada por Jeanette Altwegg, asombrosa patinadora, que, sobre la pista de

hielo, se impuso inmediatamente a todas las competidoras.

Jeanette tenía veinte años y se le abrieron enormes posibilidades. Podía ser otra Sonia Henie, la diez veces campeona mundial de patinaje artístico, que se forró de oro y a quien los años han convertido—después de ser estrella del cine—en importante mujer de negocios. Pero, cuando le ofrecían un fabuloso contrato, por una serie de exhibiciones, Jeanette Altwegg, orgullo de Inglaterra, desaparece. Para encontrarla hubo que ir hasta Suiza, a una aldea cerca de Zurich, donde se había colocado como profesora en un colegio de niños huérfanos. Y declaró su firme propósito de no volver a las exhibiciones de patinaje. Bajo esta súbita decisión parece ser que hay un serio muchacho suizo que ahora presta servicio en el ejército y con quien Jeanette piensa casarse. Esta vez el amor ha sido elemento negativo para la continuidad en el deporte.

LAS VENCEDORAS DEL CANAL: TRECE HORAS Y MEDIA NADANDO

Los estrechos marítimos han ejercido siempre una irresistible atracción sobre los humanos, invitándoles a tirarse de cabeza y atravesarlos a nado. La más antigua mención que existe de esta manía deportiva es la tan conocida historia de Hero y Leandro, quienes, en el Helesponto, no ganaron ninguna copa, sino la muerte.

Pero el Helesponto no está ahora de moda. La gente no mira a Grecia. Toma té a la manera inglesa. Por lo tanto, el canal de la Mancha se lleva todas las preferencias y todos los clientes. La difícil empresa de atravesarlo a nado era considerada hazaña exclusiva de los hombres, hasta que, en agosto del 26, una mujercita muy de su casa, Gertrudis Ederle, de Nueva York, se lanzó al agua y, nada que nada, lo atravesó en catorce horas, batiendo todos los récords logrados por los hombres. Por si esto fuera poco, a los pocos días, una paisana suya, Millee Corson, cruzó también el Canal, aunque más despacio. Pero tenía más mérito, pues se trataba de una dama casi cuarentona y madre de familia. Ambas fueron recibidas en América triunfalmente: no era para menos.

Una vez abierta la ruta del Canal a las mujeres, parece que el atravesarlo había de ser cosa sencilla: todo coser y cantar. Sin embargo, en veintisiete años, no llegan a 15 las que han logrado superar la difícil, arriesgada y fatigosa prueba, que pocas personas pueden resistir. El récord de Gertrudis Ederle no ha sido mejorado hasta 1950, por la californiana Florence Chadwick, que logró tocar tierra después de trece horas y media de tremenda lucha contra el mar.

POCAS AVIADORAS, PERO BUENAS

Con eso de que «las mujeres tienen la cabeza llena de pájaros», había de ser la aviación el deporte más fácil para el sector femenino. No obstante, parece no tener demasiadas partidarias. La

más célebre aviadora del mundo fué Amelia Earhart, de Kansas, que en 1928, cuando aun el vuelo estaba en su momento heroico, se lanzó a la empresa de atravesar el Atlántico. Logró su propósito entre el entusiasmo de sus paisanos; después quiso dar la vuelta al mundo y se perdió para siempre en el mar Pacífico cuando tenía treinta y nueve años de edad.

Actualmente las mujeres que más de prisa andan por los aires son: Jacqueline Auriol, nuera del Presidente de Francia, considerada hasta hace poco la mujer más veloz del mundo por haber volado a 818 kilómetros por hora, y la más atrevida aviadora, pues fué la primera en pilotar un aparato a reacción.

Su gloria ha quedado un poco disminuida por otra Jacqueline. Esta se apellida Cochran, es americana y ha conseguido superar «el muro del sonido», volando a 1.050 kilómetros a la hora. Ambas son casadas y madres de familia; el primer pensamiento que se nos viene a la mente es si pondrán la misma rapidez en obedecer al marido que en pasearse por los aires.

LIS, LA AMAZONA PARALÍTICA, VOLVIO A GANAR

Un día de 1945, en el hipódromo de Copenhague, el público tuvo que hacer paso a una parálitica que venía en su carricoche a presenciar las pruebas. Los buenos aficionados al hipismo reconocieron en ella a Lis Hartel, la mejor amazona de Dinamarca, que el año anterior había quedado parálitica a consecuencia de un ataque de poliomielititis.

Lis estaba casada y tenía una hija de tres años y otra más pequeña, nacida en los primeros meses de enfermedad. Todos los ojos se clavaron en ella con simpatía y compasión. Esto no podía resistirlo Lis: su juventud se rebelaba a ser una inválida, a renunciar para siempre a la equitación, su deporte favorito.

—Yo os prometo que iré a Oslo y competiré con vosotros—dijo a un grupo de jinetes que la rodeaban. Todos callaron ante aquella absurda afirmación. ¿Cómo podría Lis Hartel ser de nuevo no una campeona, sino una mujer normal? No contaban con su poderosa voluntad. Ella misma ha relatado su caso, en un apasionante artículo: día tras día, durante horas, ha hecho gimnasia, se ha sometido a masajes, corrientes eléctricas, etc., ponien-

do sus cinco sentidos en una sola idea: curar.

En cierta ocasión se hizo llevar al hipódromo: entre cuatro hombres la subieron a un caballo y el entrenador tuvo que sostenerla en la silla para que pudiera dar una vuelta. A pesar de tan triste experiencia, Lis no se dió por vencida: ella volvería a cabalgar.

En 1947 estaba en Oslo, como había prometido. Dos hombres tuvieron que ayudarla a montar a caballo: todos los aplausos fueron para ella, que, en un esfuerzo asombroso, consiguió el segundo puesto en la prueba femenina. Esto hubiera bastado para otra persona que no fuera Lis Hartel. Ella tenía más altas ambiciones. Durante cinco años, sin cejar un solo día, continuó sus ejercicios, acostumbándose a mover sus miembros paralíticos cada vez con menos dificultad.

Llegó el 52 y la Olimpiada de Helsinki. Allí apareció Lis Hartel. Bastó ya la ayuda de un hombre para subir a la silla de su caballo «Jubilee». Luego se lanzó a la carrera, compitiendo, no con mujeres, sino con los mejores jinetes del mundo. Alcanzó la meta en segundo lugar, después de un capitán sueco. Cuando, dificultosamente, subió a la tribuna de los vencedores para recoger su trofeo de plata, no pudo contener las lágrimas. Era un llanto de emoción y de victoria: ella, la parálitica, había obtenido un magnífico galardón para su patria.

Esta extraordinaria mujer danesa confiesa que su mayor satisfacción ha sido «poder demostrar con su triunfo a todos los enfermos de poliomielititis que con la voluntad y obstinada confianza se logran resultados milagrosos».

Otro caso, no tan brillante, aunque sí tan admirable, es el de Louise Baker, una muchacha de Los Angeles que a los ocho años perdió una pierna en un accidente. No quería tampoco resignarse a ser una mutilada. Con paciencia y perseverancia, aprendió a jugar al tenis, corriendo de un lado a otro apoyada en su

Izquierda: Con el más depurado estilo de saltadoras de vallas, seis mujeres salvaron el obstáculo. Hay una cierta sensación de vuelo en el conjunto.—Derecha: Sirenas de carne y hueso. Cuatro pares de mujeres bonitas en el descanso de la lucha contra el cronómetro y la distancia. Son las futuras campeonas olímpicas.



Nadando espalda. Armonía, elasticidad, sincronización y suavidad en el músculo. Soberbia estampa la de esta joven nadadora de Lausana.

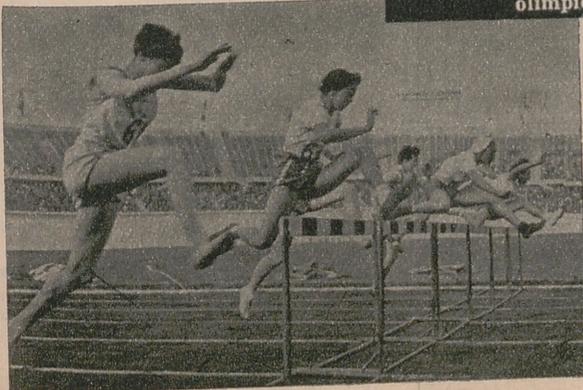
muleta. Logró jugar tan bien que ha participado en diversos torneos femeninos, y si no ganó nombre universal, por lo menos su presencia ha servido de ejemplo y estímulo. Louise Baker esquila además y baila hábilmente con una pierna sola.

Hace poco ha abandonado los campos de juego por el matrimonio, sin duda considerándolo menos arriesgado y más tranquilo.

LAS DEPORTISTAS ESPAÑOLAS PREFIEREN EL BALONCESTO

En general, hay en la juventud femenina española actual un gran interés por el deporte, es decir, por aquellos deportes que van mejor con nuestro temperamento. Si es verdad que las españolas bailan como nadie, también es cierto que prefieren aquellos deportes que tienen algo de la gracia y el ritmo que se pone en la danza. Ninguno mejor que el baloncesto, y es por ello quizá por lo que se lleva la mayoría de las preferencias. También tienen muchas partidarias el balonmano, el hockey, la natación, el esquí y el tenis.

Las más recientes pruebas han sido la participación en la



XXXIII Fiesta Internacional de Lovaina, donde el grupo de gimnasia de la Sección Femenina quedó en segundo lugar, con sólo medio punto de diferencia con Alemania y resultó primero en clasificación general.

En Marsella, en el IV Torneo Internacional de Baloncesto, el equipo de Madrid de la Sección Femenina quedó en sexto lugar, enfrentándose con los equipos más temibles de Europa.

Nuestra historia deportiva no está vacía de figuras de talla internacional: las hay y las ha habido, pero todas, llegado el momento de elegir entre el deporte y el hogar, han optado por este último, no queriendo compartir su cuidado con actividades que les robarían el tiempo necesario para el marido y los hijos. Si por el lustre del deporte nacional hay que sentirlo, es necesario celebrar su postura desde el punto de vista de la familia y el hogar.

LOS DEPORTES MAS CONVENIENTES A LA MUJER

El deporte, en la mujer, ha de ser, sobre todo, juego, ayuda para mantener la agilidad, la ligereza y la destreza, sin perder un punto de feminidad. Por esto, los deportes más adecuados son aquellos que ponen en juego todos los músculos, sin forzarlos: así el baloncesto, el balonmano, la natación, el esquí, etc. De ninguna manera, la lucha, el fútbol, el levantamiento de peso, etcétera. Quedan también descartados el ciclismo y la moto, si no se practican en pequeñas dosis.

UNA ESCUELA DE INSTRUCTORAS EN EL PARDO

La mujer española tiene hoy preparado el camino y abiertas las posibilidades para hacer deporte. Hay en El Pardo una Escuela de Instructoras de Educación Física con un cuadro de profesores de diversas nacionalidades que son grandes figuras en sus especialidades respectivas. La Escuela es de la Sección Femenina y allí se forman cada año más de cien Instructoras de Educación Física, quienes luego, en escuelas y universidades por ciudades y pueblos, son las encargadas de dirigir, en el deporte y la gimnasia, a la juventud femenina.

La que no hace deporte es generalmente porque no quiere. Más de cuatro, al llegar a los cuarenta años y encontrarse fondeadas y con fatiga por subir veinte escaleras, se arrepentirán de no haber sacudido la pereza a tiempo. Acaso lea esto una mujer que sea ya entusiasta deportista. Para ella estábamos guardando un buen consejo: por mucha agilidad que tenga, llegado el momento de salvar una zanja de más de dos palmos de anchura, si va con un caballero, él le tenderá la mano; ella debe aceptarla para saltar. El hombre critica el deporte femenino, porque no se resigna a dejar de sernos imprescindible para saltar todas las zanjas que la vida nos pone por delante.

Aurora MATEOS



Fontana, visto por Luis.

JOSE María Fontana es un deportista nato; pero no el tipo de deportista insulso que va y viene como una aguja de marear, sino ese estilo de deportista para quien toda excursión es pasión de geografía y chifladura por la historia. Es el hombre que en el macuto lleva pocas cosas, pero muchas y sólidas en el corazón. Fontana es hombre sereno, con una brújula perfecta en la cabeza, dispuesto siempre a que toda andadura y ascensión sirva de objeto de meditación y de motivo de síntesis interpretativas.

Fontana al recibirnos vestía cazadora marrón, pantalón azul y gruesos zapatones de montañero. Nos aposentó en su biblioteca, entre cuyos lomos de economía sobresalian cabezas de jabalíes y cuervos. De trecho en trecho, alguna copa deportiva. Vive nuestro hombre en la calle del Cinca, que resume muy bien, como un símbolo, la ruta de peregrinaciones que es su vida. Fontana, en sus ratos perdidos, pinta lienzos, cultiva árboles frutales y escribe... libros.

CASTILLO.—Somos los de la entrevista: Soria, Calvo, Costa...
FONTANA.—¿No serán demasiados?
SORIA.—Quizá es que aquí haya mucho que pelar.
FONTANA.—Pues a su disposición.
COSTA.—¿Considera su libro *En el Pirineo se vive de pie* es-



La entrevista transcurre también por calles.

JOSE MARIA ESCALANDO

timulante para el deporte de la montaña?

FONTANA.—Sin que mi libro sea una guía para el excursionista o un manual del montañero, pienso que al menos en el sentido emocional mi obra es informativa. Los españoles necesitamos información sobre las bellezas que encierra nuestro país.

CALVO.—¿Qué le parece nuestra política del turismo?

FONTANA.—Resulta incompleta. Es el nuestro un turismo tan sólo para dentro de casa.

SORIA.—En su libro se habla de «tierras matricias» y «tierras nutricias». ¿Quiere decirnos cuáles son unas y otras?

FONTANA.—«Tierras matricias» son las del Norte, las que se extienden del Finisterre a Creus, y «nutricias», las demás. Es bien evidente este carácter, creo yo, en las tierras del valle del Guadalquivir.

CASTILLO.—¿Qué opina de la vida literaria?

FONTANA.—Me es absolutamente desconocida.

CASTILLO.—¿Usted está con «España con problema» o «España sin problema»?

FONTANA.—Con problema, por supuesto.

SORIA.—En las polémicas «tipo lago Sanabria», ¿usted por qué se pronuncia: por las centrales eléctricas o por la intangibilidad del paisaje?

FONTANA.—Mi convicción está al lado de las centrales eléctricas, mi sentimiento se inclina hacia el paisaje.

COSTA.—¿Qué figura literaria ha podido influir en su libro?

FONTANA.—Indudablemente, Basterra.

COSTA.—¿Y Verdguer, no?

FONTANA.—Eso vino después.

CALVO.—Usted dice en su libro, por ejemplo: «Contra Roma, aquella Inglaterra de entonces...». «Abajo Roma y arriba el Pirineo». ¿Qué sentido tienen estas frases?

FONTANA.—El de una reivin-



mida a la que invitó a los periodistas. José María Fontana, comensal y contertulio, en la co-



En el peñón de San Francisco, en los Pirineos Fontana repone fuerzas.

FONTANA ES UNA ENCICLOPEDIA VIVA COS DE MAS DE DOS MIL METROS

Al autor de "En el Pirineo se vive de pie" le molesta que le llamen intelectual, pero su violín de Ingres es la arqueología prehistórica

dicación del Pirineo independientemente frente a Roma.

CALVO.—¿Y hoy?
FONTANA.—La liberación del coloniaje británico a que España estuvo sometida en el siglo XIX.

Hasta ahora todo ha sido negro y planteamiento del estado de la cuestión. Libros como el de Fontana erigen un poco de exégesis y método, porque al lado de lo que pudiera parecer simplemente recopilación de datos palpita una exposición personalísima y subreptiva de los más sugestivos temas. Se imponía ir poco a poco desbrozando el terreno. Porque a medida que le obligábamos a él a aquilatar, nosotros comenzábamos a ver cada vez más claro.

CASTILLO.—¿A usted le gusta que le llamen intelectual?

FONTANA.—Me molesta profundamente.

CALVO.—¿Qué política puede hacer triunfar, según usted apunta, la libertad y superioridad de la sociedad sobre el Estado, de la ética sobre la justicia y hasta de la costumbre sobre la ley?

FONTANA.—Aquella que salvara al individuo sin rechazar las formas colectivas impuestas por el momento. De no ser así, el individuo será anegado por fórmulas cada día más colectivistas, y concretamente en España por un socialismo de Estado.

SORIA.—Se refiere en su libro a unas culturas perfectas y podridas y a otras imperfectas y sanas, ¿quiere ponernos un ejemplo de unas y otras?

FONTANA.—Culturas perfectas y podridas son las centroeuropeas. La cultura francesa nos da un

claro ejemplo de falta de vitalidad, cultura agotada en su propia perfección. España, por otra parte, es un buen ejemplo de cultura imperfecta y sana.

COSTA.—¿Considera el Pirineo una línea estratégica?

FONTANA.—Es el que más ha resucitado el europeísmo de España.

COSTA.—¿Considera el Pirineo una línea estratégica?

FONTANA.—El Pirineo es una barrera para luchar, si es preciso, en el Rin o en el Loira, en los campos de la Champaña o en el mismo Poitiers, aunque esta vez la invasión no amenace desde el Africa. Esa es históricamente la tierra sobre la que debe

defenderse la civilización occidental.

COSTA.—¿Cree que el Asia podría comenzar alguna vez en el Pirineo?

FONTANA.—El Asia nunca puede comenzar en los Pirineos.

CALVO.—¿Qué alcance actual puede tener su advertencia «... sobre el espíritu venenoso que impulsa a bisar Numancias después de no haberlas sabido evitar»?

FONTANA.—Siempre me ha chocado en nuestra historia y me ha indignado la reiteración de hechos aislados, nobles y heroicos, pero catastróficos. De esta reiteración deduzco la falta de un pueblo organizado, sólidamente vertebrado.



Un descanso para contemplar el paisaje. Un paisaje hondo y puro como una bendición divina.

CALVO.—¿Usted cree entonces que Numancia fué algo perdido?

FONTANA.—Fué admirable, pero nada constructivo. Lo que nos hizo falta entonces y nos la sigue haciendo es un Numancia colectivo, y para ello nos falta unidad y cohesión.

SORIA.—¿Usted qué cree que es más Pirineo, el francés o el español?

FONTANA.—Históricamente, todo el Pirineo es español. El Pirineo francés, más amable, más risueño que el nuestro. Quizá la verdadera síntesis sólo se da en el español, que tiene roca y tiene verde.

SORIA.—¿Cuál es para usted la zona más grandiosa del Pirineo?

FONTANA.—Los Picos de Euzeney?

La impresión de hombre sentado y firme que produce Fontana va creciendo a manera que aumentan los minutos de charla. Todo lo que contesta se ve que responde a un esquema interior fuertemente elaborado. Es hombre de visión muy realista, hombre documentado que cuando teoriza lo hace sobre una base de objetividades. Cabe no estar conforme con algunas de sus teorías; pero lo que no cabe duda es de que es hombre abierto al diálogo, comprensivo, universalizador. José María Fontana produce la sensación de un equilibrado político.

Se nos había echado encima la hora del aperitivo. Fontana puso en una mesita una botella de «whisky» y otra de manzanilla y dijo: «Cada uno que se sirva lo que quiera.»

CALVO.—Y ahora una pregunta menos seria. Dice usted, hablando de una excursión, que un chaquetón verdoso de tela acerada le estaba dando un pésimo resultado, ¿cómo es posible que al Jefe Nacional del Sindicato Textil le fallen de este modo sus prendas de abrigo?

FONTANA.—Porque es de la intendencia norteamericana. Los tejidos españoles no tienen responsabilidad en este hecho.

CALVO.—¿Considera un símbolo ese «pésimo resultado» de una prenda americana?

FONTANA.—Yo creo siempre que el progreso lleva aparejada una pérdida de calidad en los productos.

CALVO.—¿Está satisfecho de la acogida de la Prensa a su libro?

FONTANA.—Sí, con una excepción, *Arriba*, que ha sido el único diario que no se ha ocupado de él.

CASTILLO.—¿Quiere darnos el nombre de un poeta actual de aliento paralelo al que usted le asigna a Basterra?

FONTANA.—Quizá Dionisio Rídruejo.

CASTILLO.—¿Qué le parece Baroja?

FONTANA.—Excelente.

CASTILLO.—¿Y Azorín?

FONTANA.—Muy grato.

CASTILLO.—¿Qué opina del católico actual español?

FONTANA.—Se observa en él una discordancia entre la teoría y la práctica. No hay, por ejemplo, una moral católica en los negocios. Otro defecto en el que suele caer bastante a menudo es que identifica en sí mismo y para los demás su pasión partidista con los principios católicos. El católico español suele pensar con demasiada frecuencia que cuantos no opinan como él están excluidos de la Comunión de los Santos.

CASTILLO.—Como Jefe sindical, ¿qué nos dice de los Sindicatos?

FONTANA.—Es, sin ningún género de dudas, un principio fecundo, si bien requiere ulterior desarrollo. El Sindicato está contra todo socialismo estatal. El trozo de carne parece querer llevarse el Estado y dejar el hueso para el Sindicato.

SORIA.—¿Cree que, además de una generación del 98 literaria, existió otra difusa con notable influencia?

FONTANA.—Sin duda alguna. Se observa la presencia de este 98 difuso en Vigo, Barcelona, en la Penibética...

SORIA.—De vagabundo a vagabundo, ¿qué le parece Cela?

FONTANA.—Es bueno. A Cela le preocupa lo interno. Víctor de la Serna, por ejemplo, está en lo externo. En este sentido, yo me situaría equidistante de los dos.

SORIA.—¿Cuánto tardó en este libro del Pirineo?

FONTANA.—Creo que lo empecé a escribir a los nueve años.

SORIA.—Culturalmente, ¿cómo definiría a España?

FONTANA.—España es un pueblo radicalmente culto, pero poco «leído».

SORIA.—¿Qué opina de los libros de montaña, tan en moda ahora?

FONTANA.—Pues eso, que están de moda.

(Costa Torró lanza ahora la charla por otros caminos.) Hemos saltado a Cataluña, y Fontana dice textualmente:

—Lo que urge es que el catalán tenga vocación de intervenir en las cosas comunes y no de aislarse en una porción de esa España que tiene ya de por sí característica de isla. La periferia española es superior en organización y el centro lo es en sentido político. En Cataluña hay una aspiración truncada a configurar la unidad de España. La política de devoción del archiduque Carlos responde a un sentido hondamente español, que, en cambio, no se percibió en el resto de España.

COSTA.—¿Se considera entre los treinta o cuarenta mil agresivos sujetos que, según dice en su libro, hicieron la historia de España?

FONTANA.—Cada día pienso que estoy más entre los que no la hacen.

COSTA.—Se cree, sin embargo, participe de la España real, ¿no es así?

FONTANA.—Me considero, en efecto, una parte mínima de la España real, parte mínima a la que le gustaría que esta España real verificase la corrección materialista, digámoslo así, que para refuerzo de nuestra eterna espiritualidad nos está haciendo falta.

CASTILLO.—¿Usted es notario?

FONTANA.—Exacto.

SORIA.—¿Qué materias le ocupan más?

FONTANA.—Las obras de tipo económico y social. Mi ilusión sería ayudar a que se escribiese una historia económica de España que no cayese en la interpretación materialista ni en los abusos superespiritualistas e irreales.

CALVO.—¿Cuál es su mejor recuerdo como Gobernador de Granada?

FONTANA.—El homenaje en Alcalá la Real a José Ventura, el granadino compositor de sardanas. Aquello fué, en catalán y andaluz, un canto a la unidad de España.

Se ve que una vez engrasado el mecanismo de la entrevista podía durar dos horas más. Las respuestas de Fontana, ellas solas suscitaban asociaciones de ideas y comparaciones. Las preguntas brotaban como deben brotar los hongos en lo alto del Pirineo.

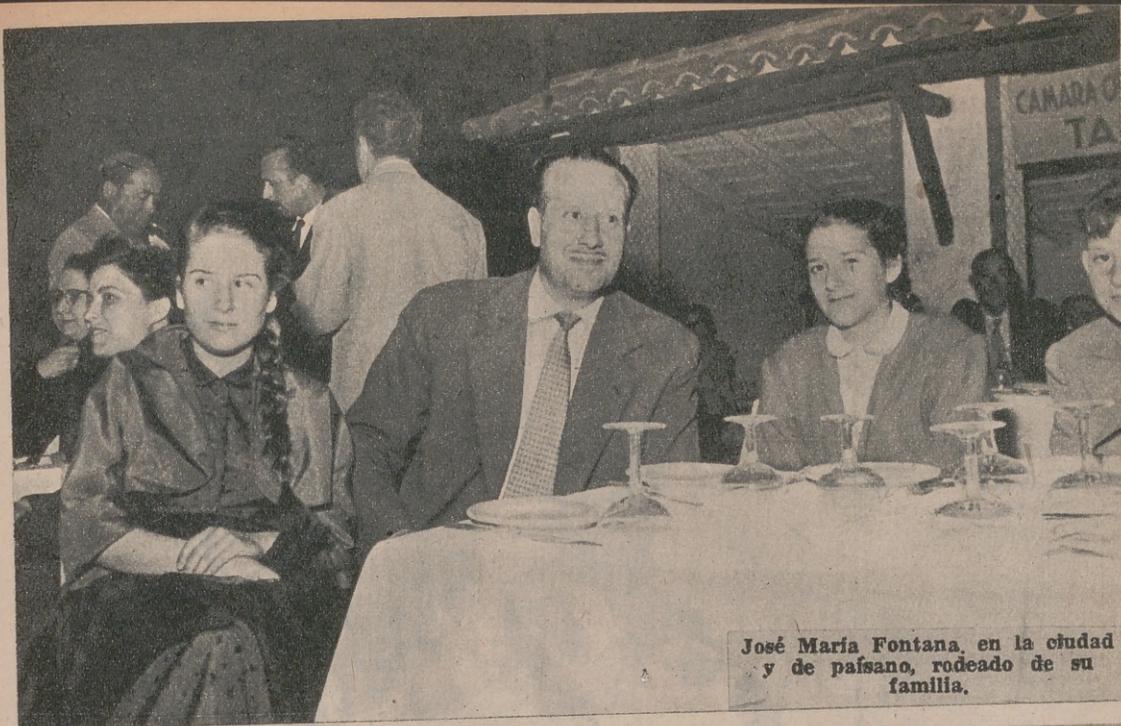
Era hora de terminar, y lo sentíamos porque, francamente, Fontana es un temperamento dinámico muy expresivo, con gran capacidad para la reflexión y el método. Enseñan mucho estas entrevistas cuando él que contesta es un espíritu inquieto, nada formulista, con graves preocupaciones y salidas originales. No sabemos todavía la dimensión que dió la crítica a esta obra, pero ciertamente la humanidad de su autor sí que está supervalorada.

Menos mal que a eso de las tres Fontana se levantó de golpe y dijo: «Digan a qué tasca quieren ir, y comeremos juntos.»

Y en su coche particular, muy apretujados, nos dirigimos a la Cuesta de Santo Domingo. Por allí hay una tasca...



Ha llegado el invierno, y Fontana, esquies al hombro, se dispone a surcar la nieve.



José María Fontana, en la ciudad y de paisano, rodeado de su familia.

TERESITA FONTANA, CON DIECISEIS AÑOS NO CUMPLIDOS, CRITICA A SU PADRE

“El libro está escrito con una imaginación extravagante y rara que sobrepasa lo corriente”

Mas Vell, 9-7-53.

Querido papá:

Recibi ayer tu carta y ya ves que he puesto manos a la obra en seguida. No se si te gustará y si es bastante larga, pero la verdad es que ya no me sale más ni creo que haya más para decir de ti.

No he necesitado colaboradores, pues las ideas prestadas son pegotes que se ven a la legua en una persona que no sabe escribir, como yo, pero ¡qué se le va a hacer! He puesto todo mi empeño en hacerlo lo mejor posible.

Cuando lei tu carta por poco me caigo del susto, y en realidad no es para menos, pues a nadie más que a ti se te ocurre comprometerte a esto, pues a mí, en vez de dársemelas como se me ha dado y poder escribir algo, también podía haberme dado por no escribir nada, no por falta de ganas, sino porque mi cerebro se me negase a darme ideas, pero, gracias a Dios, me ha dado alguna que otra.

La abuela me manda decir que si has recibido su carta, junto con la de los niños; suponemos que sí.

El Llany está enfermo, aunque esta tarde ya se ha levantado para ir a dar una vuelta con los niños.

Bueno, papá, ya no te escribo más, pues me duele la mano de tanto escribir, pues me he pasado todo el día escribe que escribirás, tachando y haciendo flechitas e indicaciones; pero, por fin, lo terminé, esperando que no te disgustase.

Recibe muchos besos y abrazos de tu hija

TITA

¿COMO voy a decir las manías de mi padre? Resulta difícil para una hija reconocer en su padre defectos y manías; pero voy a intentar no exponerles sus defectos, etc., sino sus gustos, su carácter y lo que a mí me parece el libro *En el Pirineo se vive de pie*.

Son las ocho de la mañana, la puerta de una habitación se abre y da paso a un señor alto y con los cabellos en revolución. Baja la escalera y entra en una estancia cuyas paredes están completamente cubiertas de libros de todas clases; en los rincones que están desprovistos de éstos se encuentran las cabezas de un jabalí, un ciervo y dos rebecos. También hay una mesa llena de papeles, libros, tinteros, etc., y tan llena está que con mucho trabajo se le ven las patas.

Con la descripción que acabo de hacer de esta habitación comprenderemos en seguida que a este señor, que no es otro que mi padre, le gustan, sobre todo, la caza, los libros y escribir. Y en verdad es así. Mi padre se pasa casi todo el día leyendo o escribiendo, y éstas son unas de sus «manías», como les llamo yo; los libros que prefiere son los que tratan sobre la prehistoria.

El fiel amigo del hombre: el perro.





Los esquiadores hacen un alto, mientras los esquíes, clavados en el suelo, parecen flechas de victoria.

Recuerdo aún una vez que me llevó a una excursión que hizo a un pueblo de la provincia de Granada. Era un día caluroso, de esos que parece que el sol lo va a fundir todo, y después de abrir la sombrilla emprendimos la marcha. Por fin llegamos, se pusieron a cavar y al rato asomé una losa. Yo ya no vi más, pues decidí retirarme porque no aguantaba el calor; pero cuando volvieron, a papá se le leía en la cara una satisfacción grande, y era porque habían encontrado cacharros viejos y un esqueleto.

El verano pasado buscaba una rueda de molino, y yo me reía, y no sólo yo, sino toda la familia, pues siempre volvía de sus búsquedas con cacharros viejos. Tanto llegué a decirle que no la encontraría, que me pronosticó que si la encontraba me la iba a colgar del cuello. Gracias a Dios fué como yo le había pedido, aunque aun no se ha resignado a no encontrarla y sigue diciendo que la encontrará.

Hace dos años que papá pasa sus vacaciones en el Pirineo, escalando hasta el Monte Perdido y bajando a los valles más encantadores, como el de Ordesa.

En estas excursiones no dejó de pensar que de todo aquel conjunto de maravillas que Dios puso en el Pirineo, y un poquito de política mezclada

con historia e imaginación, podría salir un libro, y éste no fué otro que *En el Pirineo se vive de pie*. Este libro es en sí algo extravagante y raro; mejor dicho, está escrito con una imaginación que sobrepasa lo corriente. Tanto la cacería que tiene él con el rey Fabila como la reunión en Pantiosa de tantos personajes importantes de nuestra historia moderna resultan hechos que sobrepasan la razón. Todo es obra de la imaginación excepcional que tiene papá.

Algunos críticos dicen que es un libro escrito por un loco; yo creo que de un loco, no, pero todos los que escriben, y, sobre todo, cosas imaginarias, como *En el Pirineo se vive de pie*, tienen algo de esto, ¿y por qué mi padre no puede ser uno de éstos?

Cogí un libro de historia y en distintas páginas se podía leer: «Mentira. No es verdad.» Pregunté el porqué de aquellas palabras, y me dijo que todo aquello era una farsa, a su modo de ver; una suposición de escritor, y que cuando publicase un libro de historia que estaba haciendo podría comprobarlo.

Más de una vez le he dicho que ese libro causaría peleas y discusiones, pues no está de acuerdo con nadie, y toda la historia del siglo XIX la enfoca desde un punto de vista comercial, pues, según él, todas las guerras tenían su primer motivo en el comercio. Pero a él no le importa, pues quiere que todo el mundo se dé cuenta de la verdad, según él, y de que hay mucha gente ignorante por ahí.

Su carácter es pacífico, aunque cuando se enfada hay que meterse debajo de la cama; después de la tormenta viene la calma, como dice el refrán; pero ésta es demasiada, pues se le cierran los labios y te dice «Buenos días» y «Buenas noches», y aun.

Es, además, muy despistado, y siempre a la hora de cenar nos cuenta «despistes», como nosotros les llamamos, que durante el día ha tenido.

Una noche, mientras cenábamos, le pedimos que nos contase algún «despiste», y nos explicó lo siguiente: «Estaba yo en una sala donde esperaba que me recibiese un ministro, y pasé distraídamente por delante de un espejo y figuraos cual no sería mi sorpresa al verme compuesto y arreglado y sin corbata.»

Como ésta son muchas las que hace papá, pero queda luego el consuelo de pensar que también ha habido sabios despistados.



En el lago Gerbel, en el Pirineo catalán, José María Fontana en una de sus huidas a la montaña.

TURQUIA, TELON DEL PETROLEO

CINCUENTA Y SEIS MIL HORAS DE MI VIDA EN LA RUTA DE ESTAMBUL-TEHERAN

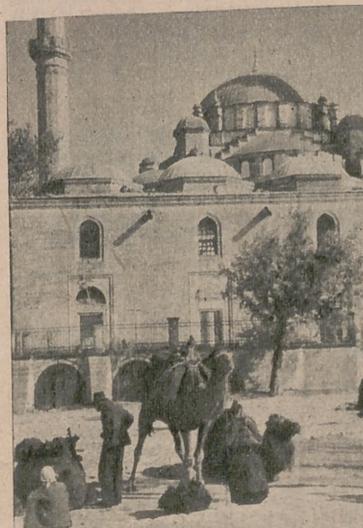
LA URGENCIA, DROGA DE CONTRABANDO

Y O, amigos míos, gusto de viajar a la brava y por los caminos. Registra, es bien cierto, mi haber millares de millas de vuelo; mas cárguense en la cuenta de la ajena prisa. Para catar, ahora, almas y paisajes de Oriente voy a preferir la cuasi eterna ruta de las caravanas. Con todo su polvo y sorpresa, no sospecho exista, para los ejércitos del turismo, un supuesto táctico más sincero. El camino me regalará, juntas, todas las anarquias. Ni horarios precisos, ni escalas puntuales, ni gruesas guías ilustradas son, en rigor, indispensables. Que nos dé cada rincón su fiel estampa y con ello ya estamos bien pagados. Cualquiera beduino errante suplirá indicadores, y la generosidad oral de un amigo, al azar improvisado, superará, a fe mía, la fría cantilena de un guía con tarifa. En Asia, a fin de cuentas, es la urgencia una droga de contrabando. Conviene allí viajar a la manera de la serpiente, al recio sol y cambiando de piel.

UNA PICADURA DE ESCORPIÓN

Sé que tendré que encontrar la desolación inmensa del desierto. la angustia de la sed, la burla de los espejismos y el riesgo de desorientación o accidente, con sus harto románticas perspectivas de fallecer al sol. Añádanse aún la posibilidad de ataques nocturnos por gracia y obra de «alibabás» vagamente modernizados, el espantoso encuentro con los vezidis o adoradores del demonio, la supuesta ferocidad

de los curdos y turcomanos, el coraje indómito de la tribu bakhtiari, la actitud misteriosa de los beduinos, el tabú de las ciudades sagradas, la xenofobia, en estos días peligrosamente desatada, y ¡los mosquitos! Su alevé picadura genera una pústula que, aun en la actualidad, y a



Los dromedarios son la nota característica en Estambul. Al fondo, la mezquita de Sultán Fatih, «el Conquistador».

despecho de prodigiosos antibióticos, perdura, más o menos, sus trescientos sesenta y cinco días. Este mosquito, entre otros sentimentales matices, ofrece la delicada discriminación entre la voracidad del macho y la hembra, ambos dedicados, no obstante, al pícaro festín de los tejidos vivos. Millares de rostros de honrados ciudadanos muestran, a lo largo de la zona, cuyo recorrido nos espera, la antiestética mordedura. El y sus estragos son tan habituales y famosos que se vieron glorificados por la traducción a diversas lenguas, en lo que superan a muchas novelas de parecidos vuelos. Así, descubriremos su primer impronta en Siria, bajo el nombre de «bouton d'Alep», y todavía lo hallaremos, al final del camino, en su nueva ciudadanía de mosquito de Teherán.

En cuanto al clima de los desiertos, un improvisado informador, ducho en la suerte de la caravana, nos relató, muy serio, cómo el beduino que topa, por azar, una serpiente, disputándole la poco frecuente parcela de sombra, esgrime un bastón y la arroja a distancia, con lo que el reptil muere indefectiblemente, en el horno solar, sin fuerzas para el desplazamiento. Por si tal panorama pudiera parecer desorbitado, almas piadosas refrescaron mi vieja experiencia del Cairo, donde hace no mucho más de un lustro visité la monstruosidad la-

De nuestro enviado especial César IRIARTE



Esmirna, la ciudad que Mustafá Kemal rescató de la ocupación griega.

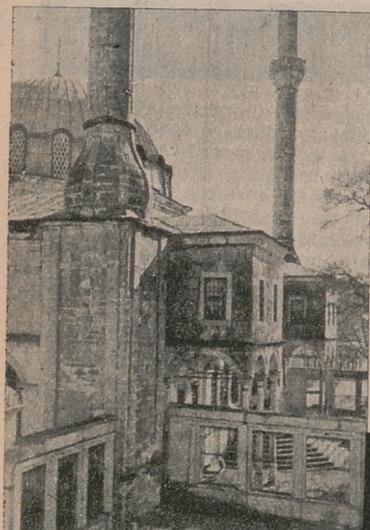
boral de las Pirámides, a la dulce caricia de una temperatura que excedía demasiado ampliamente la mitad de centígrados necesarios a la ebullición. Me acompañó, en ocasión tan fausta, una voraz picadura de escorpión en las espaldas, a la que se sumaron las de unos misteriosos inyectables que, eso sí, me libraron de afrentoso al par que ruin fallecimiento, en perjuicio claro de mis muy pacientes lectores y de la lengua castellana. Los poetas, estos empecinados embellecedores del mismísimo infierno, asimilan el punzantísimo dolor que el escorpión produce a la caricia del plomo fundido. De mí sé decir que me he dado por har-

to conforme con coexistir a la bomba de hidrógeno.

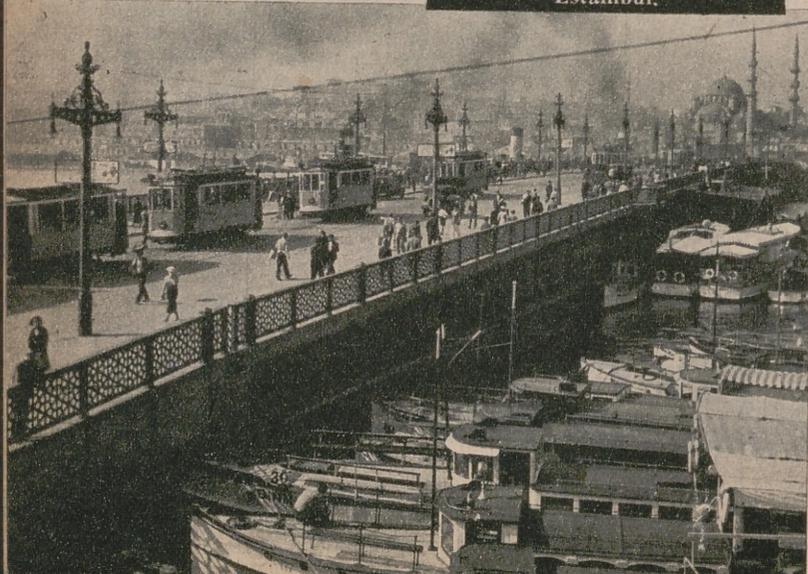
Si no despreciara en secreto tan así la ciencia como la fantasía, me hubiera sometido, para este feroz viaje por carretera, a una buena docenita de vacunas. Truco fatal este de sufrir, aunque amortiguados y previa doma, los efectos de aquella misma colección de gérmenes que tanto nos interesaba evitar. Ningún respeto me ha impuesto saber que en Teherán circula por las calles, en canales abiertos a la higiene colectiva o general inmundicia, el agua que aviesos titulan potable. (Y qué decir de las disenterías, cuyo concreto efecto piadosamente callo). Como tampoco los conflictos domésticos de la zona que voy a reconocer.

LA CLASICA TORTILLA DE PATATAS

Español y, por tanto, capacitado para satirizar el más trágico sentido de la existencia, he cargado mi automóvil de optimismo, a defecto de mejor antivirus. Llevo una archiestupenda tortilla de patatas. De suerte que mi inmersión en los turbulentos primores de las cocinas orientales, a las que es denominador común su hedor a grasa de carnero, con quiebra grave de hígado y trigémino, se verá precedida de una a modo de consagración gástrica, auténticamente nacional y ortodoxa.



Izquierda: La mezquita de Beilerbeyi, en Estambul.— Abajo: Puente de Gálata, en la legendaria ciudad de Estambul.



En fin, listo el «Chevrolet», que espero llegue a merecer el remoque de Rey del Desierto—no cobro nada por este anuncio—, todavía me queda lugar para dedicar un piadoso recuerdo a los pozos de ese Irán que, si todo marcha de acuerdo con mi osado propósito, constituirá la estación término de esta cabalgada oriental, confiado en la ayuda de Dios, para esta aventura por tierras de Alá.

6.000 KILOMETROS BAJO UN SOL DE JUSTICIA

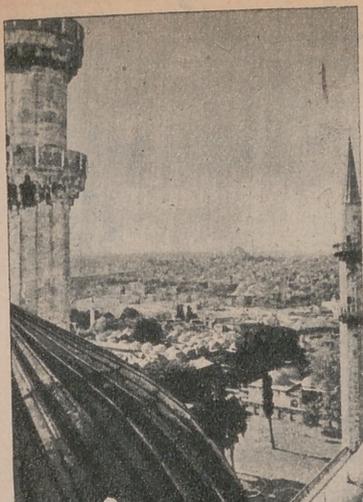
No es flojo el itinerario: Estambul - Escütari - Izmit - Bolu - Ankara - Aksaray - Tarsus - Iskenderun y Antioquia, en Turquía. Siria después, con Alepo - Hama - Homs - Palmira - Krak de los Caballeros, de nuevo a Homs y luego Damasco. Y al Líbano: Baalbek - Beirut - Biblos - Sidón - Tiro, de nuevo a Beirut y de allí otra vez a Damasco. Por rutas de Jordania: Dera - Mafrak - Ammán - Jerico - Jerusalén - Belén. Vuelta a Ammán y Mafrak, en nuestro zigzag obligado y entrada en la etapa del gran desierto: H-5, H-4, H-3 (estaciones elevadoras de petróleo, a lo largo del oleoducto) Rutba - Ramadi - Habbaniya - Bagdad. Y, por fin, abandonando el Irak entrada en el Irán por Kanaquin, y etapas: Mermansh - mandan - Kazvin - Teherán.

La perspectiva es, a no dudar, brillante y aventurada. Pie, pues, al acelerador. Seis mil kilómetros de sol esperan recalentar mis huesos.

Aquí los sefarditas atesoran, cuasi milagrosamente, las reminiscencias de un castellano robado a las páginas del «Quijote». Inficionado, sí—pido perdón a los sentimentales—, por horrendas transfusiones lingüísticas del más vario jaez. Un fondo original se salva, sin embargo, de esta jerga actual que, vertida alegremente sobre publicaciones en «judeo-español», proporciona especial «plazer a los keridos lektöres ke se enteresan de serka a los evenementos, i a los entellectuales». Así, a aquellos de mis compatriotas que estimaran difícil hacerse comprender en Estambul, les diré que «una vez la hazinura (enfermedad) fiksada, la kura a topar no es tanto difisil»: les bastará y aun sobrá echar mano de un ejemplar del «Ingenioso Hidalgo», trocado por ensalmo en manual excelente de conversación «extranjera».

Pululan, igualmente, en Estambul, los griegos, reidores e inquietos, que escaparon a las emigraciones masivas y al intercambio de Lausana. Y los armenios, laboriosos y temibles, supervivientes de pasadas cazas al hombre. Más de uno de estos minoritarios, por prurito de superioridad pretendida, critica el país que, sin embargo, fué su cuna y la de sus padres, y al que al propio tiempo succiona, por los conductos del comercio, en favorable competencia con el turco, al que todavía aventaja en el arte de la transacción.

No faltan, claro está, los rusos evadidos, todos «blancos», al decir de ellos mismos. Ni los asquenistas, ni los balcánicos, ni los árabes, ni extranjeros, en fin, de las más diversas nacionalidad y condición. Lástima abunden más ciertos varones a los que, con



Das perspectivas de la vieja ciudad de Estambul, imperio de otros días.

matiz peyorativo. calificase de «levantinos» que, por ejemplo, las mujeres circasianas, de rara belleza y escaso número.

Este conglomerado humano muéstrase al presente totalmente horro de apariencia oriental, como asimismo rigen ya los hábitos de Europa a todo lo ancho de Turquía, desde la dimisión del Sultán y Califa, comendador de los creyentes, sombra otros días de Alá sobre la tierra. Como revolución, la de Kemal Pachá llegó hasta las raíces del alma. Volaron, por ukase, los feces, los turbantes, los velos, los caracteres árabes, los derviches, las supersticiones y los fanatismos; hasta la poligamia hubo de rendirse al articulado del Código Civil, importado de Suiza. Mientras la ilustración se infiltraba en el islamismo, los mecanismos mentales de Occidente penetraban en la barroca fachada de los colorismos orientales. Para que evolución tan cataclísmica y renovadora fuese posible, el enérgico conductor de este pueblo debió primero presentar batalla a los ávidos comensales europeos, prestos al festín de un imperio desmigajado. Y los venció, para convencerlos más tarde de su derecho. Hoy Turquía se sienta en los concilios políticos de Europa, por derecho propio. Ayer era «hombre enfermo», hoy es un país saludable. Qué de extraño tiene que habiéndose asimilado a nuestra Europa no pueda el turista extraerle supuestas parcelas de exotismo tecnicolor.

EN EL «PASO DEL BUEY»

Y ya estamos fuera de Estambul. Comienza a rayar el día. Commodamente arrellanado en mi automóvil, subo a bordo del «ferry-boat», que me permitirá cruzar el callejón marino del Bósforo. Traducción del nombrecito griego: Paso del Buey. Por fortuna, este mote, un tanto añejo, no hace a nosotros referencia, sino a una tal dicea lo que atravesó este lugar treccada en vaca. Con la traveía del Bósforo, goza este viaje de inauguración curiosa: sin envanecerme por ello, realicé el tránsito de Europa a Asia en el breve trance de quince minutos. Lo anoto con encubierto desprecio de los aviones a propulsión.

MONOLITOS CON TURBANTES

En la orilla asiática aguarda Escútari. Al bordear su inmenso cementerio contemplo millares de tumbas musulmanas, cuyo arábico caligráfico, huella de un pasado también fenecido, coronan monolitos con turbantes y trenzas de piedra, según el sexo y condición de la humanidad bajo ellos yacente. Han quedado a la espalda, la alcanfórea torre de Leandro, en el centro de las aguas, y, en la orilla de Europa, la mole de Santa Sofía, bajo cuya incomparable bóveda rebotaron las últimas plegarias trágicas de los súbditos de Constantino, mientras tras los janizaros entraban en la ciudad a saco, hace exactamente cinco siglos.

Y despreocupándome de Kadiköy—la antigua Calcedonia, más vieja que Bizancio, sede del IV Concilio Ecueménico—, me cuelo ya de rondón por las rutas de la meseta anatoliana. Meseta gemela de la de Castilla, por sus ocres, su acento topográfico y los cromáticos matices de la alborada. Desde los hititas a los osmaníes o de Tamerlán a la máquina norteamericana, por la inmensa



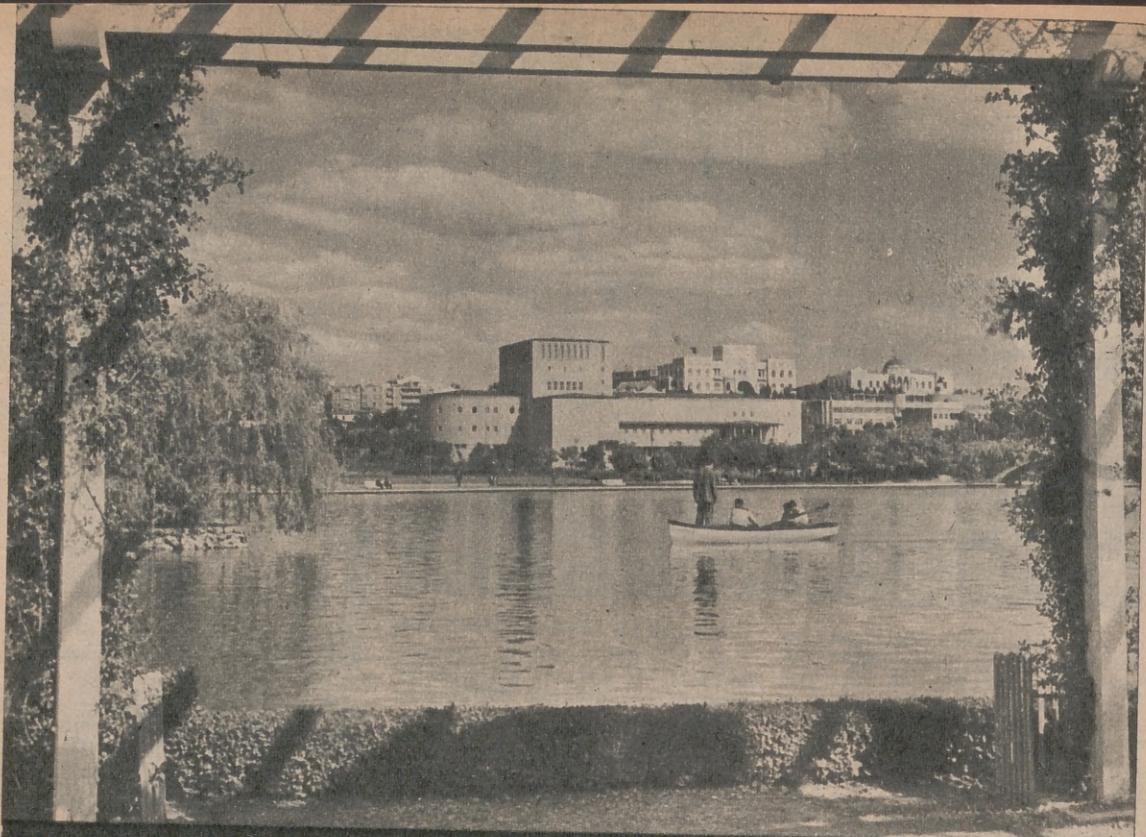
La gran puerta de Teherán, por donde pasan todas las disenterias del Este.

meseta ha cruzado una enorme avalancha de pueblos y civilizaciones, de devastación y aun de metafísica. Por estos mismos horizontes, de parda severidad y recio clima—mosca, camello, trigal maduro—transitaron los pesados elefantes de Ciro y la espeluznante cohorte, en alpargatas, de los fantásticos guerreros de Aragón y Cataluña, los almogávares, de hazaña increíble. Y aquí mismo—contraste sobre un mismo fondo de aridez topográfica—hallaron sede los famosos Concilios, en los que entre anchura ecuménica y profundidad teológica, se arquitecturizaba un credo, enzarzándose la disputa en torno a Arrio, se dogmatizaban misterios de la fundura de la trinidad monoteísta.

Sorpresa previa: se hunde a mi



Este es el bello paisaje que ofrece Estambul desde las altas cúpulas de la vieja Santa Sofía.



Parque Nacional de Ankara, la capital plantada en el desierto que escapa a la línea moderna de las ciudades occidentales.

vista el tendencioso mito de la Anatolia-estepa, amén del de las malas carreteras. He aquí, abiertas a la caricia del acelerador, rutas anchísimas que, de trecho en trecho, y a menudo muy breve, acondicionan y reparan multitud de las más modernas máquinas norteamericanas. La generosidad estadounidense no fué en Asia Menor tan diminuta, y unida al esfuerzo local ha logrado, en las líneas de comunicación terrestres, mejoras eficientes y decisivas.

EL «CHEVROLET» ES UN ANIMAL ANFIBIO

No había, sin embargo, de mostrarse esquivo el condimento de algún incidente de menor cuantía. Así, no hace mucho, he tenido que suplicar al coche que se convierta en anfibio y he va-deado a sus lomos un río sonriente, y como si tal cosa. Más adelante, intenta sabotear mi prisa un tren averiado, cuya locomotora obstaculiza exactamente el cruce por el paso a nivel. Como pura casualidad es, sin duda, harto censurable y molesta. Del otro lado de la vía férrea, una aglomeración imponente de no menos imponentemente cargados camiones espera con paciencia—virtud de la fuerza mayor—la llegada del tren de socorro. No me avengo a tanto y, deglutiendo pañabrotas morigeradas, acumulo unos metros más adelante, dos hileras de gruesas piedras. Y sobre el improvisado puente de pedruscos, de la más pura artesanía, cruzo los raiiles, al gemido estridente de las suspensiones de nuestro «Chevrolet», que me conmueve el alma.

Hemos cruzado por la vieja Ni-

comedia, en la que vivieran Helio-gábalo, Diocleciano, Constantino el Grande; ciudad invadida por los persas, arrasada por los godos, destruída por cinco sismos. De la antigua y zarandeada sede de Concilios queda apenas la huella de unas ruinas de muralla, a caballo sobre la colina. La actual Izmit, en cambio, concentra la moderna industria de la celulosa, poderosa razón para que la denuncie aquí, públicamente, como responsable de que complique mi existencia la abundancia de letra impresa.

ANKARA, A LA VISTA

A lo largo de este trayecto, los niños pastores nos gritan, en simpática algarabía. «kasetá, kasetá». (Deformación de «gazete») que en turco significa periódico). Altamente honorable es este síntoma de la sed de cultura pasada por las rotativas, aunque, con malestar romántico, debo aceptar, como tributo a la vorágine de los tiem-

pos que la Prensa ha venido a desterrar al caramillo.

Las etapas se van quemando, urgentes, con breves paradas de aprovisionamiento, durante las que me ingenio para acumular, en mi despreciable gaita gallega, respetable reserva de «çay» (té, en turco; voz de origen chino) y de gaseosas de diversa especie. Los bosques de Bolu brindan un bien agradecido frescor y pretexto inmejorable para el rito sabroso de un piscolabía.

En fin, fuerzo el pedal y haciendo gracia de lo fútil avisto Ankara. De aquel limitado villorrio, más pobre en caseríos que en Historia, donde instaló Kemal un día su cuartel general, ha surgido, con voluntad y esfuerzo, una ciudad moderna y sobre predios, antes insalubres, triunfa la arquitectura sobre el paludismo. La capital de la República vino a ocupar precisamente los terrenos donde era el anofeles único Rey.

ASEGURESE USTED

EL ESPAÑOL

TODAS LAS SEMANAS

SOLICITANDO UNA SUSCRIPCION

OCCIDENTE Y ULTRAMAR

¿PROGRESO O RETROCESO?

EL ciudadano medio de los países del mundo occidental está leyendo continuamente en sus periódicos noticias relacionadas con la agitación

—o la rebelión—de los países y las poblaciones sometidas a la autoridad del Estado a que pertenece o de otros próximos. Estas informaciones suelen ir acompañadas de comentarios redactados como si la historia del mundo se hubiera detenido en 1945. Naturalmente, los beneficiarios del espantoso confusiónismo de aquel momento («Democracia + Comunismo = Progreso») pretenden seguir prolongando sus oportunidades; pero el cambio de las circunstancias mundiales no lo permite y, por el contrario, deja entrever con una mayor claridad el sentido y el alcance de muchas de las luchas «progresistas» de los pueblos sometidos—o de quienes se dicen sus mentores—contra los vínculos que les relacionan desde antiguo con ciertos países del mundo occidental. Esa mayor claridad nos dice que en tales luchas hay de todo: reivindicaciones justas, constructivas y realizables. Reivindicaciones idealmente defendibles, pero momentáneamente irrealizables y de efectos negativos. Turbias maniobras de pescadores en río revuelto, al lado de ingenuas posiciones adoptadas por compromisos o propagandas ideológicas. En fin, manifestaciones de la barbarie espontánea de las masas peor preparadas, espoloadas y manipuladas por sectores minoritarios que a su vez pueden estar dirigidos entre cortinas por poderes atentos a su exclusivo beneficio. Mucho de lo que se presenta como novedad revolucionaria es vulgaridad reaccionaria en el peor sentido adjudicable a este último vocablo.

* * *

Empecemos por señalar que siempre ha existido inquietud en el mundo ultramarino, más o menos sometido a Europa. Apenas extinguidos los ecos de las últimas campañas de penetración colonial se iniciaron otras formas más modernas de fricción y pugna: huelgas, «desobediencias civiles y no-cooperación», polémicas en la Prensa y en las Asambleas, etc. Muchas veces estas fricciones no han tenido como blanco de las iras populares a los «dominadores» occidentales. Sino a grupos o sectores de población de origen extraeuropeo. Como los judíos, impopulares en el mundo musulmán, y los hindús o chinos, considerados (con razón o sin ella) los vampiros de las masas oscuras desde el Africa oriental a la Polinesia. En el último siglo de dominación británica en la India hubo muchas más revueltas entre los grupos y las minorías indias (musulmanes, «sijs», intocables, etc.) que contra el «british raj», silenciosamente añorado ahora por las gentes peor tratadas por la oligarquía gobernante. Incluso los occidentales han tenido que hacer de árbitros y policías para imponer en este aspecto la tan calumniada «pax colonial». Otras veces los gobernantes coloniales han protegido a los nativos contra la expropiación de ciertos grupos blancos.

Ahora bien: antes de 1939 concurrían varias circunstancias que aminoraban o apagaban los ecos de esa inquietud continua. El mundo no estaba tan achicado como hoy. El primer ensayo de organización internacional—la Sociedad de Naciones ginebrina—se mostraba extremadamente parca en sus funciones de inspección e intervención en la gestión de los asuntos coloniales. Incluso tratándose de los «mandatos» inventados

Por J. M. CORDERO TORRES

para dar apariencias democráticas al desigual reparto del botín de guerra de algunos vencedores en las ex dependencias de los vencidos. Con

aquella parquedad se correspondía la de los mayores grupos políticos; el papel de «enfant scandaleux» que ahora se disputa todo el mundo democrático quedaba reservado al comunismo, prácticamente confinado su cordón sanitario, que no se debilitó hasta un poco antes de 1939. Las metrópolis eran fuertes, pese a la crisis derivada de la primera guerra, cuyo eco económico (el «boom» 1929-33) alcanzó de pasada a ultramar. Y finalmente los movimientos autóctonos solían estar desconectados entre sí y poco relacionados con el mundo exterior. Eran de verdad «autóctonos».

Ahora sucede casi lo contrario del cuadro descrito. Los problemas antes domésticos o locales se han internacionalizado por múltiples motivos: el egoísmo y la imprevisora estolidez de algunos, víctimas rápidas de su obcecado sectarismo (como las metrópolis que de 1945 a 1950 apoyaron la ingerencia de la O. N. U. en los asuntos internos españoles). El deseo de otros de intervenir en los asuntos ajenos, ya por convicciones o intereses, ya simplemente por vanidad (como los países pequeños, que quieren sacar partido a su contribución a la O. N. U., y, sobre todo, los emancipados o impulsados por un complejo «anticolonista»). La potencia de los elementos anti-europeos: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, lógicamente, para quebrantar y devorar sucesivamente el campo del «capitalismo»; los EE. UU., dirigidos desde 1933 por los exilados europeos y por sus firmas financieras, para afirmar a la vez que sus doctrinarismos eran inversiones, por considerar más provechoso un cliente independiente y débil que una dependencia de otro poder con Bolsa propia. En fin, coincidiendo con esa potencia de los anticolonismos, correspondido por la mayor experiencia y la mejor organización de las fuerzas autóctonas de matiz emancipacionista, las metrópolis europeas han atravesado una grave crisis, de la que aún no se han repuesto. Debe recordarse que no sólo Italia fué vencida—perdiendo sus colonias, salvo Somalia, que conserva por diez años bajo la mediatización de la O. N. U.—ni al final el Japón, también expulsado de sus dependencias. Francia, Holanda y Bélgica fueron ocupadas, y luego «liberadas» desde fuera merced al concurso decisivo de los EE. UU. Inglaterra vió ocupado su Lejano Oriente. Si Australia se salvó no fué por la ayuda de la ex metrópoli, sino por los norteamericanos (por eso en el pacto Anzús no figura ahora Albión). Cuando la gente se pregunta que quién ha dado media Indochina al Viet Minh hay que decirle que no ha sido ni la U. R. S. S. ni el Japón. La realidad es que fueron los anglosajones los que reintrodujeron a Francia en 1945 a la vez que le devolvían su restante imperio colonial, al revés de lo sucedido con la España «resistente» de 1814.

Ha habido, por lo tanto, crisis de metrópolis—que en lugar de defender, gastar y construir, procedían a extraer soldados, productos y divisas de sus dependencias—, sin que a la vez los pueblos semi-huérfanos hubieran completado su aprendizaje para marchar solos por el tempestuoso mundo actual.

* * *

La organización, llamada a aminorar las dificultades del momento con su asistencia, aparte de elaborar ambiciosos planes (como el de fomento de los países económicamente desarrollados), más bien ha intervenido para fustigar y molestar por sistema—con razón o sin ella, según los casos— a los Estados en apuros, haciendo concebir excesivas esperanzas a los autóctonos, sin

J. M. Cordero Torres es profesor de Política Colonial de la Facultad de Ciencias Políticas de Madrid y jefe de la Sección Colonial del Instituto de Estudios Políticos y del Instituto «Francisco Vitoriano».

respaldarlas luego. La O. N. U. no ha resuelto el problema de Cachemira (incorporada como Hyderabad ante su pasividad y por la fuerza a los dominios de Nehru), ni el de Palestina (con sus crueles secuelas sobre los desplazados árabes y la suerte de los Santos Lugares). Ha asociado en las mentes de los desgraciados coreanos las palabras «independencia» y «guerra», «ruina» y «ocupación extranjera». Ha irritado a la Unión Sudafricana, sin mejorar su problema racial, y ha expulsado de Indonesia a Holanda, cuya administración no era inferior a la de otras metrópolis mejor libradas (y, desde luego, era superior a las que practican a solas con sus esclavos ciertos países de allende el Telón, que no rinden cuentas de su gestión, aunque se entrometan en las de los demás). La O. N. U. ha dado por buenas las conquistas bolcheviques (Sajalin-Kuriles, Tuva y, al final, China), se ha desentendido por impotencia de la guerra indochina y malaya (donde la barbarie se ha entronizado en los procedimientos empleados por ambas partes). Virtud de la O. N. U. ha sido la de disgustar por igual a franceses y norteafricanos en su pugna; y arrojó, el de confiar Eritrea, tras de medio siglo de acción «europea», al rudimentario país etíope. No menos arrojada fué la presunción de viabilidad económica de Libia. Bajo el ejemplo de la O. N. U., no es extraño que la Organización de los Estados Americanos (o más exactamente: sus miembros iberoamericanos, contra la aptitud parcial saxonófila de los svv) trate de lanzar a los europeos de sus rincones en el Caribe. Algunas de estas pretensiones (Belice, Malvinas) no dejan de despertar el eco de nuestra simpatía. La Liga árabe pretende hacer algo semejante; un tanto desentendiéndose de su revés en Palestina y de los graves problemas económicosociales de la población de sus países (como sucede a otros «anticolonistas» que no se examinan a sí mismos).

* * *

Indudablemente del «viejo» mundo anterior a 1945 se han ido para no volver muchas cosas que impiden la vuelta al pasado en los países ultramarinos dependientes. Que tampoco nadie pretende.

Cada metrópoli, en este «¡Sálvese quien pueda!», maniobra a su manera, y sería injusto pretender imponerlas a todas un patrón uniforme para sus fórmulas evolutivas. Inglaterra, acreditando una vez más su sentido realista (Gibraltar es la excepción confirmatoria), ha convertido en Dominios a la India, Pakistán («divide et impera») y Ceylán. Ha evacuado Birmania (desgraciada al estrenar su independencia) y Palestina. Y ha dado mayor autonomía a otras muchas colonias, hasta llegar al curioso experimento de Costa de Oro. Francia ha fabricado la «Unión Francesa» —un poco jugando a los Dominios—, feliz en Africa Negra, tormentosa en el Magreb y explosiva en Indochina. Holanda intentó algo semejante con la «Unión Holando-Indonesica» —además de destituir a su América. El Tío Sam dió independencia (política) a Filipinas y mayor autonomía a Puerto Rico, estando prestos a incorporarse como Estados Hawai y Alaska. Hasta Portugal trocó sus colonias en provincias de ultramar —como decíamos los españoles desde 1812 a 1898—, rótulo que no resulta burlesco al aplicarse con un generoso sentido evangelizado y mestizante. Todas las metrópolis, sacando fuerzas de flaqueza, están tratando ahora de intensificar su obra social: educación, higiene, vivienda, fomento de recursos.

El mundo colonial se está industrializando. Las minorías selectas están cada vez más preparadas (aunque siguen siendo minorías). Se van atenuando las distancias entre ese mundo y los Estados independientes. Por lo tanto, evoluciona —y de prisa—, siendo suicida e inútil desconocerlo. Pero esa evolución, en una situación dominada por el temor a la tercera guerra mundial, requiere ser delicadamente encauzada, no precipitada hacia el salto en el vacío. Este salto solo sería en apariencia «progresivo». En realidad sería regresivo. Conduciría al desencadenamiento de las viejas fuerzas de la barbarie indígena que los occidentales encontraron al llegar (si bien con matanzas por ametralladoras en lugar de a cuchillo). O a la aparición entre cortinas de nuevas tuteladas, más voraces y más irresponsables que las eliminadas.

Los españoles, con tres siglos de experiencia en América, fecundas y a veces dolorosas, sabemos bien cuál es la responsabilidad que a todos nos corresponde en este momento ante el problema enunciado.

NOMADEANDO

EL AIUN, POBLADO DE VERDES PALMERAS Y Los condes de Dora, primeros colonizadores del desierto

(De nuestro enviado especial, José Luis Castillo Puche.)

DORA: TRES TAZAS DE TE CON POCO AZUCAR

La casa de los condes de B., cerca de Dora, está plantada sobre sólidos cimientos. Los condes han tenido que traer por su cuenta todo el material: agua, cemento, yeso, maderas, desde Canarias. Es un edificio circular, especialmente planeado para el desierto: una gran sala central completamente redonda y cubierta con una elevada cúpula, de las que se llaman de «medio huevo» —arquitectura que ha tenido su origen en las típicas construcciones de El Aiun—, se comunica, por medio de arcos y columnas, con todas las demás dependencias importantes de la casa. Para entrar hay que subir varios escalones. La iluminación consistía en dos chisporroteantes quinqués de petróleo, casi de estación de tercera.

«FRENTE DE NÁCAR» PREPARA CUATRO TRES

Y allí mismo, sentados en la sala central, vimos a «Frente de Nácara» soplar con un fuelle en el infernillo y echar agua en la tetera.

—Supongo que nos traen ustedes algunos viveres —dijo el conde.

Nosotros no sabíamos nada. Probablemente en el camión venían cosas para ellos.

—El camión, con la luz del día, podrá ponerse en marcha—dijo Muñoz, por decir algo consolador.

—Por lo menos, mañana por la mañana el chófer podrá estudiar un poco el «Manual del Automóvil» y entonces arrancará.

—¿Qué chófer es?—preguntó la condesa.

—Uno con gafas—le dijimos.

—Pues han tenido ustedes valor. Ese chófer no ha hecho nunca un viaje a derechas. Es un «gafe» reconocido.

Y nosotros, con un «gafe» de marca, con tres cajas de dinamita, con cebos y mechas, dando trompicones a diestro y siniestro.

El conde dió un grito extraño y apareció un moro altísimo, con el pelo rizado en largos chuzos brillantes y tiesos como si estuvieran electrizados.

—Salid a buscar el camión. Llevaros algún farol.

El moro, muy reverencioso, salió.

—Es que tenemos la negra desde hace una temporada. Hace unos días nos robaron dos de los mejores camellos. Hemos dado parte a Cabo Yubi y a El Aiun. Veremos si aparecen. Se los llevaron de noche... A todo nómada que pasa por aquí le ofrecen hospitalidad, y eso que llevan más de quince días solamente a base de té.

—Estarían de acuerdo—dije yo.

—Es posible.

Por entre las columnas aparecían, con cara de sueño, los niños de este matrimonio, que es la pareja más auténticamente colonizadora de nuestro desierto. Allí les llaman ya los condes de Dora.

El Gobierno les ha concedido unos miles de hectáreas, una cantidad fabulosa de terreno, y ellos han comenzado a ensayar plantas, abonos, riegos, etcétera. Llevan gastado más de millón y medio de pesetas.

—¿Qué tal responde la tierra?—pregunté.

—La tierra, con agua, no es ingrata. Tuvimos la suerte de que el poco respondiera un poco y luego las lluvias, hasta ahora, vinieron bien. Es una

...POR EL SAHARA ESPAÑOL

CUPULAS BLANCAS, Y OJOS MANANTIALES

Se masca un bando:
"Prohibido comer
carne de camello"

lástima que no puedan ver ahora la alfalfa, el trigo, la cebada y las demás experiencias de cultivos. Lo malo es que, al no llover este año, las ratas, las liebres, los zorros y los chacales de todo el desierto se han dado cita aquí y el destrozo es mayúsculo. Si seguimos así, no quedará ni un tallo ni una raíz. Vienen en manadas. No nos dejan ni siquiera dormir. Se pasan la noche aullando. Es una verdadera plaga. Los perros están amedrentados.

Los mastines ladraban fieramente. El conde salió.
—¿Cuántos moros tienen en la finca?—pregunté a la condesa.

—Unos cincuenta. Tenemos una gran cosecha y tenemos que permitir que se malogre totalmente, sin poder hacer nada para evitarlo. Una finca como ésta exigiría unas tapias altas todo alrededor. Pero eso costaría un fortunón.

—¿Por qué no hicieron pequeñas parcelas bien acotadas?—insistí.

—No sé si hubiera servido de algo. La sequía de este año ha multiplicado las alimañas, y éstas no respetan nada.

Todo esto de Dora parecía un sueño. En medio de la desoladora inmensidad, un conde recién afeitado que, chupando una larga pipa vacía, me ofrecía su casa como en una visita de sociedad. Vestía el conde polainas de cuero y su bigote blanco, muy recortado, parecía mojado en nata de pastel.

La condesa no parecía figura real, era como una aparición portentosa. Joven, rubia, con el pelo ondulado y muy corto, vestía una cazadora amplia, cinturón muy ceñido y pantalones con polainas. No llevaba ni una brizna de pintura en la cara. Su fino cutis, con el sol del desierto, había adquirido, sobre la piel rosada, una especie de iridiscencias de cristal veneciano o no sé qué cosa sutil y transparente.

Estaba sentada ante una mesa redonda sobre la cual se apiñaban raros libros de viajes y tratados científicos de exploradores ingleses y franceses. Sobre la mesa había también unas filas de papelitos plegados que contenían semillas muy diversas de plantas exóticas perfectamente clasificadas. Ella quería probar en aquella tierra toda clase de plantas, hasta dar con las que fuesen más aclimatables y al mismo tiempo productivas.

—El caso es que nos cuesta todo una fortuna. Algunos nos tienen por locos.

—¿Está arrepentida?

—No, nada de eso. Yo vivo aquí feliz con mi marido y mis hijos. Y aunque en esta primera etapa hayamos perdido bastante dinero, yo no pierdo la fe. Aquí se puede hacer algo, se puede hacer mucho. Y antes de abandonar la empresa, lo probaremos todo.

«Frente de Nácara» sirvió el té después de mucho mover la tetera. Apareció de nuevo el conde. Le ofrecimos tabaco. Se veía que lo aceptaba con mucho gusto.

Veía a Muñoz con gana de quedarse allí, tumbado sobre una estera. Pero yo sentía sobre mí tal opresión, tal agobio, que aunque aquel techo cobijaba la más confortadora placidez, de pronto sentí el impulso insensato de salir al ancho espacio y de andar hasta cansarme. Era un vértigo extraño que no me permitía quedarme quieto.

—Nos vamos—dije.

Y Muñoz se levantó como un corderillo dispues-



Arriba: Fiesta de un día solemne. Suena el tambor. Pronto comenzará el baile.—Abajo: Un día de gran aglomeración en el zoco. (Fotos Campúa.)

to a seguirme. Los condes empezaron a llamarnos locos, y cuando yo estaba ya a punto de arrepentirme, entonces fué Muñoz el que dijo:

—En ocho horas podemos llegar a El Aiun.

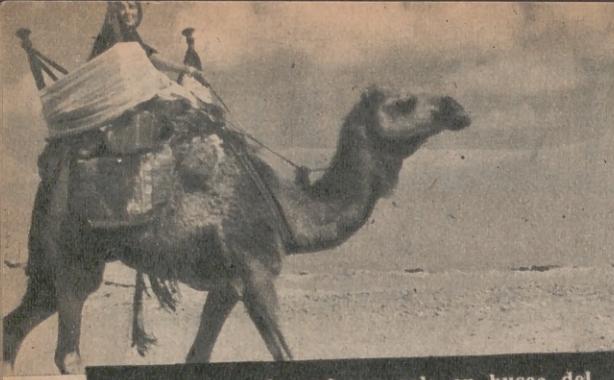
Los condes siguieron en la puerta un largo rato, contemplando cómo nos tragaban las sombras. Los perros ladraban con unos aullidos largos y lastimeros.

CAMINANDO, QUE ES GERUNDIO

Durante tres o cuatro kilómetros fuimos cruzando terreno de los condes. De Dora a El Aiun hay cuarenta y tantos kilómetros. Serían las once de la noche cuando Muñoz y yo nos pusimos a andar.

Al principio íbamos muy eufóricos, al paso de «un, dos, tres» y cantando canciones del Frente de Juventudes. Todo nuestro empeño consistía en no perder la pista que señalan de trecho en trecho los pilones de piedras. Era una noche cerrada y los ojos no conocían esta experiencia de la noche hecha auténticamente boca de lobo. De vez en cuando aparecían y desaparecían las estrellas entre el galopar de unas nubes de formas extrañas. Nos habían dicho que la luna aparecería por la izquierda y que no nos perderíamos si siempre caminábamos de frente. Pero esto es muy fácil decirlo. A los diez kilómetros, más o menos, me di cuenta de lo absurdo y temerario de la empresa. Yo creo que Muñoz cantaba por no llorar. «Si este hombre—me dije—, acostumbrado al desierto, está tan nervioso, es que la cosa es grave.»

Chocaban los pies contra unas piedras, esquinadas unas veces, redondas otras, y por momentos se



Una guapa saharauí que sale en busca del amado que está pastoreando.

hundían en una especie de tierra blanda y floja que me daba la sensación, falsa, por supuesto, de humedad, de crilla de río. Me parecía ir caminando sobre un plano inclinado hacia arriba, y otras veces por una pronunciada pendiente hacia abajo. Era como si la tierra hubiera perdido su equilibrio y su armonía, porque al mirar al cielo, tampoco aquel cielo era el que yo me sabía de memoria; las estrellas, los conos y los triángulos estaban del revés, y yo, en vez de andar, me sentía a veces como tumbado sobre la tabla de un barco, en pleno océano.

—¿Qué estás diciendo?—me preguntó Muñoz.

Y es que yo, a veces, sin saber cómo ni por qué, hablaba y decía cosas incoherentes, puras disparates, como en un delirio. Creo que lo que había dicho era:

—Parece que estamos en el desierto.

Y como me convencí de que realmente estábamos, me senti dominado por un terror misterioso. En cuarenta kilómetros a la redonda no habría ni un ser humano, nadie que nos esperara, nada que supiera que nos habíamos perdido. No es esto lo mismo que andar por el campo en Castilla o en la Mancha. No hay ni una luz, ni un perro, ni una hoguera.

Cuando salió la luna, la tierra era como un enorme tablero de ajedrez, a manchas negras y blancas, manchas que cambiaban caprichosamente de forma, figuras fantásticas que se movían sobre el terreno como llevadas por la mano del diablo. Entonces me pareció que el desierto, de noche, no da sino sensación de algo maldito, especie de desierto infortunado después ya de la muerte.

Yo cerraba los ojos y hacía esfuerzos por fijar en la mente la visión de mi pueblo cuando, al atardecer, volvía del campo. Y quería ver la torre, y los álamos, y las bombillas eléctricas, y el reloj del Ayuntamiento. Y los veía, pero sólo un instante. Rápidamente surgía la brusca oscuridad, los terribles silencios, los súbitos resplandores, los insólitos ruidos, las inauditas voces. El desierto, como una calavera vacía, se puebla de pronto de vívidos recuerdos. El desierto es la soledad hecha clamor, el silencio convertido en grito, la paz trastocada en tortura.

—Si quieres descansamos, vamos muy de prisa—dijo Muñoz.

Pero yo apretaba el paso. No quería detenerme, no quería, sobre todo, que Muñoz notara que sentía miedo, auténtico miedo. Porque había visto en torno a mí sombras que corrían, ojos que me miraban. Y apretaba más el paso. Llegó un momento en que la luna apareció redonda como una naranja. La luna, que tiene fama de pérfida y siniestra, fué para nosotros un ángel de compañía. Porque la luna, al menos, nos hizo ver nuestras propias sombras. Quise detenerme un rato. Alrededor de nosotros, cuando abrí los ojos, vi cuatro o cinco alimañas agazapadas y expectantes.

—Son hienas—dijo Muñoz.

Y me habló de las hienas, que atontan al viajero con sus gritos en torno a él, hasta cansarlo y caer sobre sus huesos.

Muñoz había estado en Rusia y no recordaba una marcha que se pudiera comparar con esta nuestra. Cada diez minutos nos apuntábamos un kilómetro menos, y así caminamos como en una pesadilla hasta que, amaneciendo, vimos a lo lejos unas manchas negras y otras blancas. Era como una gallina clueca negra con muchos y blancos huevos bajo las alas. Las palmeras nos dejaron al descubierto las cúpulas de El Aiun. Un gallo cantó. Y comenzamos a cantar como locos. Cuando quisimos

darnos cuenta, los centinelas nos habían dado el alto. Estábamos sobre una especie de puente seco. Lo atraviesa el Seguí-en-Hamrá, uno de los más grandes ríos del desierto. La arena, de un color rojizo, estaba agrietada en figuras extrañas y caprichosas. Cuando lueve, este río se convierte en un gran lago, pero ahora su lecho de arena estaba reseco y resquebrajado.

Allí donde yo ponía los pies, la arena quedaba empapada en sangre.

—¡Cabo de guardia!—gritó el centinela.

Y empezaron a aparecer pardas chilabas por todas partes y morcos con cara de sueño. Nos acompañaron a un cafetín y allí, al ver nuestro estado, pusieron agua a calentar y prepararon unas palanganas con sal y vinagre. El cocinero dijo que iba a preparar también su remedio radical. En una jarra echó varias cucharadas de miel, dos o tres cucharadas de leche, media docena de yemas y coñac. Me costaba tragar aquel brebaje, pero tan pronto lo pasé me entró un profundo sopor sudoroso.

Me tumbé encima de una mesa de billar y me echaron una manta por encima. Yo mismo me oía roncar y oía a Muñoz que decía:

—Por Dios, cocinero, la primera rueda de churros para mí.

Poco faltó para que fuese necesario traer un camello para sacarme de allí. Me sentía profundamente, inmensamente, soberanamente feliz. No me hubiera importado morir en aquel momento.

EN EL «HOTEL DE LOS SABIOS»

A eso de las doce del día me desperté. Un moro me pasó a la habitación café con leche y churros, unos churros fríos y retorcidos pero riquísimos.

En la cama de al lado Muñoz roncaba como un descosido. De pronto se despertó y lo primero que hizo fué preguntarme:

—¿Sabes tú, Castillo, lo que quiere decir poseer una cosa en dominio útil enfiteutico.

—¿Dominio qué?...

Muñoz tenía el «Boletín Oficial del Estado» debajo de la almohada. Estábamos charlando sobre esto cuando el moro vino a decirnos que podíamos ducharnos y que los dos sabios españoles que había allí habían preguntado por nosotros.

Me levanté como pude. Las sábanas y el colchón quedaron manchados de sangre de mis pies. No podía casi andar.

Cuando me presenté a Caso Baroja y a Molina, mi aspecto debía de ser muy lamentable. Me llamaron «loco» mil veces. No comprendían por qué se me había ocurrido tirarme al colete medio centenar de kilómetros de noche y por lugares desconocidos. Los sabios son mucho más previsores y metódicos. Cuando ellos dan un paso, lo han calculado antes muy bien. Ellos estaban allí para hacer nomenclatura, cronología y padrón de los sitios por donde pasan y de las personas que se encuentran. Sabían dónde paraba la tribu tal y a donde se había trasladado la tribu cual. Al mismo tiempo indagaban cuáles pagaban tributo, y de tarde en tarde recogían alguna que otra piedra prehistórica o un huevo de avestruz. Después escriben con todo esto un libro de mil páginas que sirve de leve introducción al estudio del país.

Caso Baroja y Molina llevaban tres meses en el desierto con el objeto de hacer uno de esos trabajos de etnología que ellos saben hacer. Para ello se pasaron todo este tiempo preguntando a los moros de aquí y de allá quiénes eran sus padres y sus abuelos y si recordaban algún antepasado con pelo rubio y ojos azules. Las respuestas, rigurosamente apuntadas, servirán, en su día, para hacer unas estadísticas del mayor interés científico.

Me miraron con lástima. Uno me sacó vendas y pomadas y el otro me prestó calcetines y alpargatas. En una palabra, fueron para mí una espe-gata. Como yo andaba algo despiestado, me informaron de itinerarios y particularidades del desierto. Habían sacado preciosas fotografías y nos pasamos un buen rato comentándolas. A cambio, yo les conté los últimos chismorreos de Madrid, sobre todo el jaleo que se había movido con «El Collar de la Paloma». Caso se rió mucho. También me pareció correcto decirle que yo acababa de publicar una especie de mentís del Aviraneta de su tío.

OASIS O UN PARAISO EN EL DESIERTO

En total, en El Aiun debe haber unas ochenta



El «santón» vive meditando en el Corán.

«jaimas», en las cuales lo que más abunda son los nificos, con la barriguita al aire, rizos caprichosos en el pelo y un sin fin de amuletos colgados del cuello. Las mujeres, con paso melancólico, van acudiendo a una fuente abundosa que no está precisamente a la mano, y, apoyando las latas en la cabeza y en las caderas, avanzan rítmicamente con el agua, que va haciendo «glu, gluuu, glu». Cuando ven acercarse a un cristiano, se cubren la cara. Después, cuando ya uno ha pasado, son ellas las curiosas que empiezan a volver la cabeza y a sonreír pícaramente.

Las manos, los pies, las uñas de las manos y de los pies, los párpados e incluso los ojos se les pintan sin mucha puntería, ésta es la verdad, pero con gran cantidad de amarillos, como de yodo o flor de azafrán. Este embadurnamiento de amarillo adquiere características e intensidad especiales en ciertos días relacionados con su fisiología. Las «saharauis» son guapas, de cintura ondulante, más bien estrecha, pero con tendencia a ensanchar exageradamente por las caderas. Los dientes, muy prietos y blancos. Se ponen muchos collares y algunas llevan dos trenzas colgando sobre la espalda, trenzas más fuertes que las bridas de los caballos.

Como siempre, las mujeres están cerca del agua de las fuentes y el ruido de las balsas. Quizá en ninguna otra latitud, como aquí, la mujer es ninfa o sirena, compañera del murmullo cantarín y precioso. El motor de las rorlas debe ser para una «saharauí» la mejor música para conjugar el amor.

Ellas se sienten allí muy soberanas. No hay más solterío que el suyo.

Sus canciones y sus bailes, de primera intención, son más bien quietos y fríos. Consisten únicamente en movimientos de los dedos de las manos. Pero también en esto, cuando se embanan, se levantan, se ponen de pie y comienzan unos movimientos frenéticos, hasta que caen extenuadas y desnudas. El baile, sobre todo en la intimidad—no es frecuente que se exponga a la curiosidad del extranjero—, es frenético y loco.

La mayoría de estos moros de El Aiun son «áskarais», esto es, soldados. Casi todas las «jaimas» son de las familias de estos celosos guardianes, a quienes se ve que el solo hecho de ponerse una culata de fusil al hombro es un motivo de felicidad. En el zoco de El Aiun, un rectángulo blanquísimo con techos redondos y alrededor puertas azules y verdes con un número arriba—el número o el nombre de cada tendero—, se reúnen ellos por la mañana, por la tarde y al mediodía a conversar no se sabe de qué. Accionan mucho con las manos cuando discuten, pero lo normal es que se pasen horas y horas sentados en el suelo, uno junto a otros y silenciosos. De vez en cuando cruza por allí, cargado, un negro (senegalés), y ellos ni le miran. Desprecian profundamente al negro. Al europeo, aparentemente, lo respetan. De todos modos, aun en medio de la mayor reverencia y obsequiosidad, tienen con él cierto aire huido y raro. Cuando sonríen, parecen libertinos desengañados de todo.

Después de dos o tres paseos por el poblado, uno había adquirido ya un aire de soledad oriental aplandadora. Los tobillos gordos de las señoras que arrastran por los suelos gruesas pulseras de plata, los brazos morenos y delgaduchos de los árabes mayores, el color azul que ellos y ellas rezuman sobre la frente, la contemplación insólita del verde cercano, una col o una zanahoria, hacen que uno se sienta lagarto o algo por el estilo. A lo



El «maharrero» trabaja su rica artesanía.

lejos, lo más que se ve es un mar de arena humeante y alguna ristra perezosa de camellos. Los «saharauis», hombres y mujeres, tienen por nota de elegancia el color azul. Los turbantes van destiñendo su añil sobre la frente y el rostro de sus dueños, y estos churrones de pintura constituyen uno de los signos más destacados de coquería y distinción.

El Aiun es un oasis y los oasis recuerdan siempre el paraíso. De trecho en trecho, en medio de la calle, yo me acurrucaba también bajo una sombra y me sentía limitado y entontecido como un pez en una bañera.

Las «jaimas» de El Aiun no son como las de dentro del desierto, que están casi al aire. Estas están resguardadas por latas y maderas. Son gentes las de El Aiun muy avanzadas en esto de la práctica sedentaria.

EL AIUN, MAS QUE UN FUERTE, ES UNA CIUDAD

Aparte de las «jaimas», la población árabe tiene en El Aiun varias calles con placas donde se alternan nombres árabes con españoles: Estas calles están formadas por casas de una sola planta, muy enjalbegadas de blanco, con patio y pequeñas puertas con celosías de madera pintada.

Pero el primor de El Aiun lo constituyen las tres o cuatro calles, rectas y muy limpias, donde cada oficial tiene su residencia, así como el personal civil empleado allí. Las mujeres españolas, andaluzas, gallegas y vascas, ensayan jardincillos de cactus y palmeras, regándolos a diario con mimo



¡El agua! Sin agua no hay ni té siquiera. (Foto Campúa.)



En las «jaimas» la principal música es el canto o el lloro de los niños.

especial. Son casas que en Cercedilla o en El Escorial valdrían un riñón.

El edificio del Gobierno es suntuoso, y las escuelas, donde se educan juntos niños árabes y españoles, son verdaderas monadas de edificios.

El Aiun está en constante construcción y progreso. Llegará a ser una de las ciudades más importantes de todo el desierto, incluido el francés. Los mismos cuarteles tienen un aire alegre y deportivo que no hace pensar ni en peligros de guerra, ni en «razias», ni en asaltos. El Aiun es una delicia. Uno se explica en cierto modo eso de peregrinar meses y meses con tal de encontrarse al final junto a las telas, el azúcar y el té, este pedazo de tierra donde la vajilla puede ser lavada, se puede comprar una caja de cerillas y donde las mujeres tienen los labios frescos y húmedos.

Yo pienso con nostalgia en los muchos Aiun que podíamos tener en el desierto y que existen más allá de las fronteras de nuestro territorio. Dice Ganivet que el territorio africano se lo repartieron como «pan bendito». Nos dejaron la corteza dura, y es admirable lo que se puede sacar aun de la roca viva. El Aiun es un ejemplo.

LA RESIDENCIA DEL GOBIERNO

En la residencia del Gobierno había una mesa con un ping-pong, una sala amplia con mesitas repletas de periódicos muy atrasados y un gramófono que sonaba a todas las horas del día. ¡Cuántas veces pondría yo allí el schotis «Madrid!» En las horas de la canícula, mi tarea predilecta era dar cuerda al gramófono y colocar los discos. Cogía una fila inmensa y hasta que no los agotaba no paraba. En las horas del aperitivo, los oficiales se lo jugaban a las cartas. El aperitivo consistía en conac, ginebra, galletas, queso y almendras. El ambiente era agradable. La primera autoridad de El Aiun, el comandante Troncoso, sin perder un adarme de autoridad, infundía a la reunión aspecto de película inglesa de las colonias.

Yo resultaba entre ellos casi atrasado o un tanto provinciano, porque todos estos oficiales vestían pantalón corto y camisa de sport, y algo pueril emanaba de sus grandes y tostadas figuras.

A veces, cuando más absortos estábamos en la reunión, comentando una «Codorniz» atrasada o la guerra de Corea, se presentaba el teniente ayudante con un telegrama cifrado. El comandante firmaba y seguía fumando en su larga boquilla. El teniente ayudante, bajo, gordito y sonrosado, era el cúlmo de la diligencia y la eficacia. Y ante el comandante Troncoso se plantificaba muy estirado, hasta que el comandante le daba permiso para reír, y entonces tremolaba su vientre en carcajadas como el fuelle de un armonium.

El comandante Troncoso es el prototipo del hombre correcto, militar de casta y político sutil.

—Y usted no se podrá ir de permiso, piénsalo bien, hasta que deje arreglados todos los papeles de pagaduría—le decía a un teniente flacucho.

Este oficial tenía ya una dosis de arena en la cabeza bastante regular y se pasaba el día frotándose las manos y mordiendo los labios.

Los permisos son muy importantes en el desierto. Un oficial aguanta allí veinte, o treinta, o cuarenta meses, para gozar sólo unos meses de permiso. Y cuando va a la Península, «de colonial», como ellos dicen, su mayor orgullo es llevar algunos miles de pesetas en la cartera y algún que otro regalillo caro. La mayor parte de ellos se pasan meses y meses separados de su familia, hasta que les llega «la colonial», que es una especie de lotería en el «gordo».

Por aquellos días abandonaba el batallón el co-

mandante Fernández, hombre siempre dispuesto para la aventura.

Conmigo se enfadó bastante porque no quise jugar. A todas horas estaba dispuesto para el «bromazo». Y lo mismo quería meterme en un tanque para ir a cazar gacelas o liebres, que me convidaba a que hiciera una excursión con él al río Xebica, nada menos, para demostrarme que eran falsos e ilusorios los caballos salvajes que yo había visto. Tuve la suerte de que llegaron por aquellos días unos aviadores a El Aiun y ellos corroboraron mi afirmación.

—Si hubiera caballos salvajes, no sólo yo los habría visto, sino que los habría cazado—decía, muy ufano, Fernández.

El comandante del batallón de Tiradores, con unas simples sandalias, pantalón corto y camisa abierta, parecía un tribuno romano que acabara de salir de unas termas. El capitán que había venido a sustituirle, que creo que había hecho la guerra de España y la europea como un jabato, era más infeliz y buena persona de lo que se precisaba. Supongo que a estas horas ya debe haberse efectuado la entrega de mandos del batallón.

De todos modos, el desierto permite y acentúa la libre explanación de la personalidad de cada individuo. Cada uno mantiene allí su tono con plena independencia, y al mismo tiempo reina una perfecta jerarquización y disciplina. Esta residencia del Gobierno de El Aiun puede considerarse un modelo de vida castrense. Alternaban las marchas y las maniobras con ejercicios deportivos y el ambiente era de lo más jovial y francote.

EL TERCERO, SANTIFICAR LAS FIESTAS

A los dos días de llegar a El Aiun, que era domingo, presencié el espectáculo más solemne y emotivo de todos los que me tocó presenciar allí. A las nueve cruzó el cielo un trimotor y a los pocos minutos, del campo de aviación, que queda en lo alto, bajó un camión donde venían un sacerdote y varios aviadores.

Rápidamente se improvisó un altar de campaña, buscando un poco de sombra para las señoras. Fué la única misa a que pude asistir en un mes de desierto. Yo creo que allí se pasan meses enteros sin escuchar el «Sanctus».

Por lo visto, no hay más que un sacerdote para todo el desierto español, y éste radica en Cabo Yubi, junto a los hangares de los trimotores. Sólo cuando es posible enlazar viaje de ida y vuelta este joven sacerdote multiplica sus comuniones.

Varias mujeres de oficiales, en circunstancias bien críticas, me contaron lo triste que era para ellas esta situación. Es más, yo vi en Villa Cisneros al capitán Rovira, un domingo, leer la misa ante la colonia, que es bastante numerosa.

Creo que tratan de llevar allí redentoristas o trasplantar más franciscanos, pero lo cierto es que un franciscano en Sidi Ifni y un «páter» en Cabo Yubi no son clero suficiente.

EMPIEZO A SOSPECHAR QUE EN EL DESIERTO OCURRE ALGO

Una mañana, al levantarme, vi demasiado movimiento en la Oficina de Asuntos Indígenas, donde el capitán Micó, con mucho empaque, iba recibiendo, sentado en unos cojines, a unos moros. (La mayoría de las fotos de mis reportajes son del capitán Micó, que es un artista de las «leicas».)

Seguían llegando telegramas. El comandante Troncoso y el capitán médico hablaban reservadamente.

Después vi salir un camión con dos soldados acompañando al médico.

Me metí, como despistado, por el tablar, y allí pude escuchar una charla entre el comandante, un pelirrojo simpático y muy activo, y el capitán de la batería, un gallego más delgado y vivaz que un silbido en el desierto.

—Sí, hombre, la han cascado siete en una «jaima».

—¡Lo que faltaba! ¿Y de dónde procede eso?

—El médico dice que de unas pulgas. Pero dice que esas pulgas salen de las ratas. Y las ratas dice que es que habrán comido carne de camello enfermo.

—Cualquiera entiende ese lío.

Inmediatamente sentí picaduras por todo el cuerpo. Y no me equivocó: una pulga tenía yo, muy linda y seductora, entre el tobillo y el calcetín.

—¡Maldita sea!

Sobre El Aiun había comenzado a gravitar un drama más grande que el estadium de Chamartín.

**SORPRESAS
TIENE EL PEDAL**

LOROÑO, REY DE LA MONTAÑA

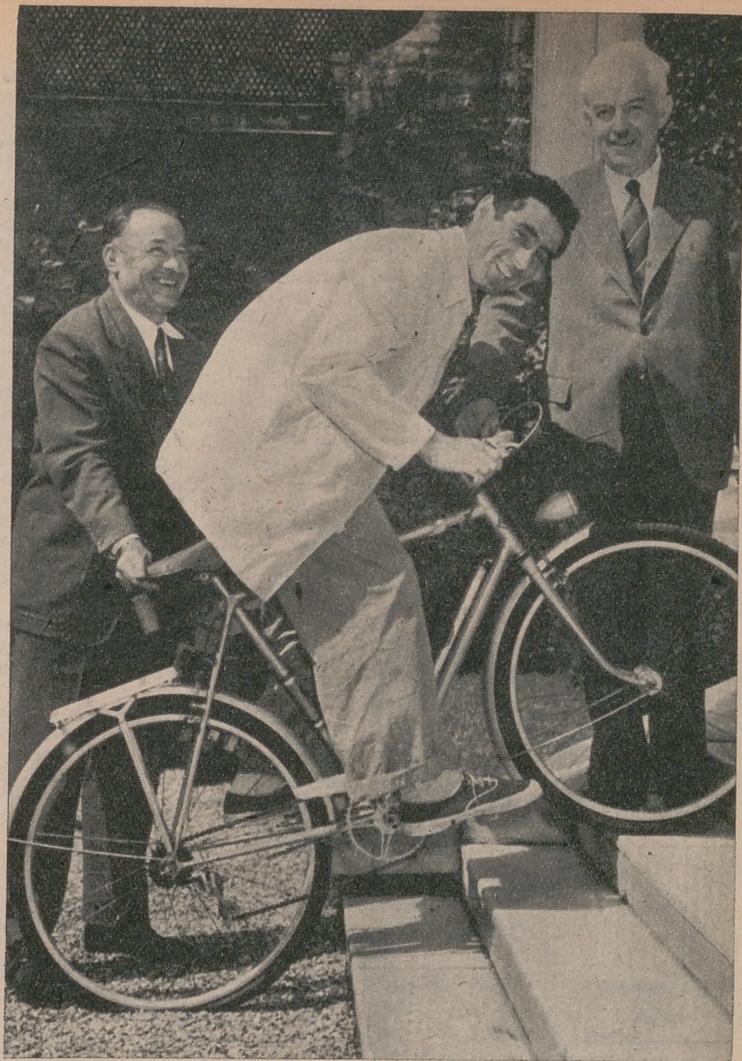
DE DOMESTICO A MONARCA PASANDO POR EL "AUBISQUE"

EN el interior de la provincia de Vizcaya, dentro del partido judicial de Guernica y Luno, existe un Municipio que no diremos sea el más pequeño de todos, pero no le andará muy lejos. Se llama Larrabezúa. Lo cruza un riachuelo que desemboca en otro mayor, como en los versos de Fray Luis de León, y su área se la reparten no más de tres centenares de caseríos. Agricultura y ganadería. Árboles frutales, y chacolí, y madera... Un pueblo tranquilo, como otros muchos; un pueblo tranquilo, austero y laborioso, habitado por gentes de sencillas costumbres y de sanas tradiciones, cimentadas sobre la roca viva de la fe.

Pues este pueblecito, tan quieto y callado, destapó ayer noche la caja de los truenos, de los cohetes y la música, y yo lo encontré bañado en un aire de verberna. ¿Y saben ustedes por qué? Pues porque en él nació Jesús Loroño, que había colocado su nombre en el pavés de la popularidad al conquistar el título de Rey de la Montaña en la Vuelta a Francia que acaba de terminar. Y anoche recibía a su hijo triunfalmente.

**VEINTISIETE AÑOS,
SOLTERO Y AFICIONADO A LA «BICI» DES-
DE NIÑO**

Ahora que la algarabía ha disminuido tras el recibimiento apoteósico y que ha pasado ya el grueso de los saludos y de las mil preguntas, consigo aislar un poco, por breve tiempo, a Loroño, siquiera el suficiente para que me cuente algo de su vida, de su infancia, de su familia, de sus aficiones, de su trabajo, de su deporte favorito, de sus amores... ¿Nos dejarán en paz por unos momentos estos paisanos suyos, que no cesan de colmarle de felicitaciones?



Loroño me dice que nació hace veintisiete años, en el caserío Goicolea, barrio de Goicolega, Larrabezúa.

—Oye, ¿qué traducción tiene el nombre del barrio?

—«Goico» significa «arriba», y «legea», «ola» o algo así.

Su padre, que murió hace diez años, se llamaba Rufino. Su madre se llama Francisca Arteaga. El matrimonio tuvo nueve hijos, de los que Jesús Loroño hace el penúltimo. Todos, menos él, están casados.

—¿Y qué hacías de niño, Loroño?

—Lo que todos: corretear por las huertas y por el monte, coger grillos y cazar «chimbos» con tiragomas. Luego ir a la escuela y ayudar en las faenas del campo.

—Hasta que topaste con una bicicleta, claro está.

—Pues sí. Es curioso el que desde chiquito las «bicis» me atrajeran tanto. Las miraba embobado, como un goloso mira un merengue. Claro que me limitaba a mirarlas. Pero un día sucedió algo decisivo para mi porvenir. Un hermano mío tenía una «bici» que pesaba nada menos que treinta kilos. Aquello parecía una apisonadora. Recuerdo que una mañana la llevé donde el herrero del pueblo para que la arreglara un poco, y como no tenía gomas andaba sólo con las llantas.

—¿Quién te enseñó a montar?

—Nadie. Aprendí solo. Claro que me costó algunos trompazos...; pero perdiendo se aprende.



Arriba: Loroño «no puede» subir la escalera de la residencia del embajador español en París, conde de Casas Rojas (derecha).—Abajo: El «Rey de la Montaña» recibe un gracioso premio al llegar vencedor en la etapa Pau-Cauterets.

MUCHOS TRIUNFOS Y POCAS PESETAS

—¿Y luego?

—A los catorce años me compraron una «bicicleta» de paseo, a la que poco a poco fui mejorando. La puse cambios y otro manillar, de carrera... Pero hasta los dieciocho años no tuve lo que se dice la primera máquina de carreras. Claro que para entonces ya había ganado, de chaval, algunas competiciones. Entonces corría uno en alpargatas, pero no importaba, aun cuando derrochaba tontamente energías como todos los demás de mi edad, porque corríamos sin ton ni son. Recuerdo que gané tres o cuatro premios de cincuenta pesetas.

Estos años de la adolescencia y de la primera juventud de Loroño—en la que todavía está—transcurrieron, pues, en un continuo pedalear, que alternaba con

las labores del caserío. Después me han dicho que durante algún tiempo iba a trabajar a una serrería de Amorebieta, haciendo, naturalmente, el recorrido en bicicleta. Pero esto no debió de durar mucho, porque él quería entregarse de lleno a lo que realmente habría de constituir su verdadero oficio: el ciclismo, que no dejaría de practicar en los años de la «milli», como él dice, participando, una vez licenciado, en gran número de carreras en calidad de independiente, hasta que, demostrada explícitamente su aptitud, pasó a la primera categoría. Una serie ininterrumpida de triunfos dentro de Vizcaya y en pruebas celebradas en otras provincias de la nación proclamarían en estos últimos años a Loroño como uno de los valores más firmes del ciclismo español.

—¿Tu primera carrera como profesional?

—En Leona. Y luego en Santurce, en las fiestas de San Jorge.

—De entonces acá, ¿cuánto habrá ganado?

—Muchos triunfos, pero pocas pesetas. En España el ciclismo es un deporte pobre. Hubo momentos en que estuve tentado de mandarlo todo al traste y probar suerte en el fútbol.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—La afición, por la «bicicleta» era superior a todo.

SU VIOLIN DE INGRES, LA CAZA

Como temía desde el principio, unos amigos y admiradores de Loroño interrumpen nuestro diálogo. Le van a regalar una magnífica escopeta, comprada por suscripción entre el vecindario. Porque Loroño tiene también su violín de Ingres, que es la caza. Lo cual no nos sorprende si pensamos en su niñez cazando «chimbos» por las praderas y las huertas.

Ya es hora avanzada. Acaso las dos. La música ha dejado de tocar. El pueblo, poco a poco, ha ido recobrando su paz habitual. Algún que otro farolillo brilla todavía en esta noche húmeda de este extraño verano. El vencedor del Aubisque está cansado de tanto ajetreo. El viaje, la entrada triunfal en Bilbao de dos horas antes, la recepción en el Ayuntamiento... Sí, conviene descansar un poco, aunque no ha de correr ninguna etapa. Yo también me despido de Loroño. Ya anudaremos la charla mañana, en Santurce, entre sardina y sardina.

SUS DOS NOVIAS

Jesús Loroño suele responder, cuando le hacen alguna pregunta directa sobre ello, que no tiene una novia, sino dos: su bicicleta de carreras y una bella muchacha de Frúñiz, pueblecito al norte de Larrabezúa, como a unos siete kilómetros en línea recta. Se llama Vicenta Elorriaga y la conoció hará cuatro años escasos en Guernica. Según me dijo al día siguiente Jesús, él iba, como siempre, en bicicleta y se paró en la plaza del pueblo. Era día festivo y, cosa rara, no corría. La cosa empezó de broma, como empiezan todos los noviazgos. Jesús debió de decirle: «Te presen-

to a mi bicicleta, mi herramienta de trabajo. De ahora en adelante, las dos os tenéis que llevar bien.»

Y así ha sido. Porque la bella chica de Frúñiz no tiene celos de la bicicleta. En cambio, en casa de Loroño, sobre todo su anciana madre, no ven con buenos ojos —al menos hasta ahora— que el penúltimo de los chicos se haya dedicado al ciclismo. No le dejaban correr por aquello del peligro y porque acaso creyeran que no iba a hacer carrera...

Por lo demás, Loroño en Francia se mostraba un tanto reservado. «¿Escribes a la novia?», le preguntaba Paco Ubieta, seguidor de la Vuelta, cuando en el hotel, antes o después de una etapa, le veía cabecear sobre una cuartilla. «¡Qué va! Mi novia es sólo la bicicleta.» Pero después hemos sabido, por la misma chica de Frúñiz, que por lo menos tuvo tiempo para enviarle dos a ella.

Muy satisfecha, ciertamente, está la chica de Loroño. ¡Demonio, tiene motivos para estarlo! Pero en lo tocante al dinero que haya de percibir... Bueno, de esto es prematuro hablar. Lo que pasa es que, mujer al fin y con la perspectiva de un futuro matrimonio, los números brincan en su cerebro. «Hay que ir comprando tantas cositas que nos harán falta para casarnos...»

EL «TOUR» ES TERRIBLE

Para comer buenas sardinas hay que ir a Santurce. Eso lo saben hasta en Almdralejo. Por eso Loroño y Langarica aceptaron con visible alegría, tefida de añoranza, la invitación que les hizo el alcalde de aquella hermosa villa marinera cuando se enteró de que en los hoteles franceses los dos ciclistas vizcaínos echaban de menos, sobre todo, las sabrosas sardinas santurzananas. Y la primera visita que hicieron ambos corredores al día siguiente de su llegada a Bilbao fué la dedicada a Santurce para agradecer y «hacer efectiva» la simpática invitación de su digno alcalde, don Víctor Sáez.

Resulta que entre Loroño y Langarica, tan buenos amigos y compañeros de lucha en el Tour, se entabló un refinado *sprint* en la deglución del rico pescado. Quién ganó nadie lo sabe, por-



Loroño y Langarica escuchan las palabras de bienvenida que les dirige el alcalde de Bilbao y consejero del reino, don Joaquín de Zuazagoitia.



El primer abrazo de Loroño, a su regreso a Larrabezúa, fué para su madre, con la que aparece en esta foto.



En compañía de varios familiares y amigos, el «Rey de la Montaña» cena en el Ayuntamiento, donde le entregarían una escopeta. Sobre la mesa, al fondo, la papa que como recuerdo lo

TODO EL PANORAMA DE LA POESIA CONTEMPORANEA EN

“POESIA ESPAÑOLA”

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración: Pinar, 3. — MADRID

que todos perdimos la cuenta del número y la «prueba» no fué cronometrada. Fué un almuerzo verdaderamente grato. Estaba Loroño frente a mí, y hablamos sobre algunos aspectos de la Vuelta. Loroño es un muchacho magro, cenceño, de rostro delgado y facciones correctas, ojos castaños, pelo ensortijado y nariz un poco aquilina. Estatura mediana, tirando a alto. Lo encontré bastante flaco. Se lo hice observar.

—Pues no he bajado nada de peso en Francia, a pesar del tute que he llevado.

—¿Cuánto pesas?

—Setenta y tres kilos.

—No lo parece.

—Es que de tanto ejercicio tengo la carne maciza; soy todo músculo y nervio. Pero durante el invierno, ya es otra cosa; peso siete u ocho kilos más. Es la época en que uno no puede correr por el mal tiempo. Luego, en la primavera vienen los entrenamientos. Ha habido día en que, juntamente con Langarica, he rodado doscientos kilómetros y más. Sólo en plan de preparación.

—Y de la Vuelta, ¿qué impresión has sacado, qué sensaciones traes?

—La primera, que es una prueba de la que ningún ciclista tiene idea hasta no ir a ella. Es algo terrible, desconcertante. Paliza tras paliza y a un tren de miedo. Por eso es facilísimo perder la moral y abandonar.

—¿Tú llegaste a perderla?

—Sinceramente, sí. No sólo por la dureza de la Vuelta en sí, sino porque... en fin, no me gustaba cómo iba la cosa. Diez etapas de «doméstico» pesan mucho. Y, como dice el refrán, «el criado siempre tiene que pagar al amo». Luego, los descensos. Esto impone. Por el Vars bajamos a ochenta y noventa por hora. Se juega uno el tipo; pero no sólo en los descensos, sino en el llano, cuando se pincha. En este caso hay que echarse rápido a la cuneta con la máquina, porque los que van detrás siguen como centellas.

Loroño enciende, por primera vez desde hace mucho tiempo, un pitillo rubio. El no fuma, pero como se lo ha ofrecido el alcalde...

«¡JESÚS, SIGUE ADELANTE, QUE ESTO NO ES NADA!»

—¿Cómo pudiste sobreponerte para no abandonar?

—Gracias a Langarica. A él se lo debo. Cuando desfallecía me gritaba: «¡Hala, Jesús, sigue adelante, que esto no es nada!» Luego, en nuestras charlas fuera de la carrera también me daba ánimos. Es un gran compañero. Esto fué al principio, cuando lo de «doméstico». Después me afiancé, y he visto que los españoles podemos hacer lo que hagan los ciclistas de otras naciones, y aun más. Tenemos más coherencia. Lo que nos falta es entrenamiento, preparación, material. Eso es todo. Aun cuando he de decirle que las dos bicicletas que me dejó yo en casa son mucho mejores que la que me entregaron en la Organización de la Vuelta, sin marca reconocida. Me

Loroño, con la tranquilidad que le permite su clase, subiendo uno de los «colls» de la vuelta a Francia, pegado a su rueda, el francés Bobet hace esfuerzos por darle caza



llevé una gran sorpresa, y esto también me desanimó mucho. Era bastante más pesada que las mías; por lo menos, dos kilos. Pero esto no sucederá otro año.

—¿Piensas volver entonces?

—Si me seleccionan, sí, desde luego; pero previamente me gustaría correr en Francia durante dos meses con todos los franceses, entre los que abundan los ases. Sería el mejor entrenamiento para mí y para todos los compañeros de equipo.

¡Buen muchacho este Loroño! Simpático y «sensillo». Y muy inteligente. El sabe de la fama conquistada y del lugar en que ha dejado al ciclismo español, a Larrabezúa, a Vizcaya, a España... Y sabe que tiene que mantener el pabellón y auparlo aún más en el próximo Tour. Como comentaba el alcalde de Santurce, Jesús Loroño, con el significado del nombre de su caserío y de su barrio y con la subida al Aubisque, lanzó sobre tierra francesa un triple, sonoro y rotundo ¡arriba!, como rúbrica a un hecho descolante en los anales del ciclismo español.

José ALONSO MARTÍN



Langarica y Jesús Loroño momentos antes de tomar la salida en el circuito de Guecho el día de San Ignacio. Primera actuación en España después del «tour».



I

Don José María, en la soledad de su estudio, solía pensar en los perros. Meditaba en la mujer, en la política, en la religión; meditaba también sobre sus lecturas filosóficas, jurídicas y literarias; pero los perros, cosa aparentemente baladí junto a los demás temas de su afición, le preocupaban de una manera especial. Veces hubo en las que llegó a pensar que el humilde perro era animal predestinado a influir poderosamente en su vida. Mas todavía: que el humilde perro, de cierta manera, podía servirle para definirse a sí mismo. Sería curioso—pensaba—que yo, José María Simó, de cuarenta años, nada menos que registrador de la Propiedad y soltero, fuera a encontrar la extraña clave de mi personalidad en esos seres horizontales llamados perros.

Conviene decir que, hasta el momento que nos ocupa, la preocupación que José María Simó sentía por los perros excedía en mucho a los motivos reales que la ocasionaron. El que los perros no nos muestren simpatía es algo muy corriente. Pero nuestro hombre gozaba intensa vida interior y se preocupaba como pocos cuando su persona causaba desagrado a alguien, aunque este alguien fuese un perro. El hecho de que un ser insignificante le eludiese le sumía en profundos autoanálisis, en impacientes autobuceos por captar la causa en el más profundo hondón de su alma.

De su relación con los perros, José María sólo podía decir una cosa que ya sabemos: le mostraban notable antipatía. Si alguna vez acarició a alguno, éste soportó sus caricias con fría cortesía, deslizándose luego de su lado en la primera oportunidad. Jamás, ni uno solo, se le mostró arruado o oficioso. Pero había algo más: siendo muy mozo, le mordieron dos perros sin causa aparente; cierto que fueron mordiscos con poca saña, casi despreciativos, sin embargo, el recuerdo, cargado de un imaginario dolor moral y físico, emergía en él cada vez que pensaba en los perros... Pero la mayoría de los animales de esta clase pasaban junto a él indiferentes, alguno, acaso, mirándole con humano y desconfiado reojo.

Hablando con distintas gentes de este tema, no había encontrado luz sobre su caso personal. Alguien le dijo una vez que él también fué víctima de esta hostilidad canina, pero que se lo explicaba el interlocutor de José María—porque: «El tenía algo de gato». Claro que sólo fundamentaba esta su felineidad («in partibus» en el hecho de que los gatos le mostraban notabilísima simpatía, hasta el extremo de que cuando iba a alguna casa en que hubiese gato, éste salía del más recóndito lugar para rendirle su pleitesía de anfitrión.

De otro caso de fobia canina tuvo noticia Simó.

Y éste era curiosísimo. Se trataba de un hombre apodado «El Sanjuanero», peón caminero del kilómetro 95 de la carretera de Burgos. Parece ser—según las noticias de Simó—que el dicho «Sanjuanero» tenía la incivil costumbre de alimentarse con carne de perro. A tiros cazaba a cuantos se ponían al alcance de su escopeta. Y era fama que los cocinaba muy bien, especialmente en asado. Y aún dicen que su verdadero acierto, más que en el asado del can, estaba en el preparado de las longanizas, a las que conseguía dar un raro punto de sazón. Más de uno tuvo ocasión de probarlas y de ver colgado en la alacena del «Sanjuanero» un gran mastín en canal que aguardaba el momento en que el peón caminero lo llevase a su prodigioso asador. Pues bien, los perros llegados de otros lugares, con sólo ver al «Sanjuanero», experimentaban la más odiosa repulsión. Le ladraban, mirábanle furiosos y hasta se decía que, en cierta ocasión, un despreciable lebral aguardó al peón caminero una noche oculto tras un montón de grava y le mordió ferocemente en una pantorrilla, arrancándole un trozo de pantalón, la liga de goma y la carne redonda de aquel lugar.

Pero ninguno de estos dos casos dió luz sobre su problema a nuestro José María, pues ni él tenía «nada de gato», como aquel su amigo—los gatos solían comportarse con el registrador de la manera más normal—, ni, claro está, jamás, a sabiendas, había ingerido carne de perro como el «Sanjuanero».

En este punto muerto estaban los autoanálisis de Simó respecto al perro cuando da principio la presente historia. Si intuía que algo oscuramente biológico de su persona condicionaba la conducta de los perros para con él; intuía también que era algo más profundo que lo del hombre gato o lo del «Sanjuanero»: algo que tendría mucho que ver con lo más arcano de su personalidad, y algo—por fin—que descubriría, tal vez en el mismo estribo de la muerte, pero aun así, compensador, liberatorio, porque ello sería el milagroso relámpago que diere luz a su «conscete ipsum». Si—pensaba—merece la pena morir con tal de ver un segundo antes de la perpetua tiniebla el verdadero signo de nuestra vida, de lo que éramos, de lo que habíamos sido.

II

José María Simó tenía unas menguadas tierras allá en la provincia de Guadalajara. Nada o casi nada le producían, pero las conservaba como único resto de lo que fué su hogar paterno. Muertos sus padres, sin hermanos, y vendida la casa de Guadalajara en que nació y se crió, lograda una

bien andante posición económica en su carrera, veía en aquellas tierras, único patrimonio de su humilde familia, la segunda matriz de su vida. Gracias a ellas subsistió y gracias a ellas era lo que era.

Se consideraba unido a la tierra por un lazo casi carnal, y una rara superstición le hacía creer que aquellos baldíos terrenos eran el ángel de su guarda; que, al venderlas, su vida caería en barrena por los más inusitados espacios.

En la época de la recolección visitaba sus predios. En un cuarto que le tenían reservado los caseros pasaba quince o veinte días haciendo de celoso terrateniente. En realidad, ni le preocupaba el resultado de las cosechas ni curaba mucho de su estado y, lo que era peor, ni le agradaba el lugar en absoluto. Pero ni un solo año dejó su visita. Era ello una especie de peregrinación autoimpuesta. Durante su juventud, allí fué con sus padres, siempre por aquella época; allí tuvo sus primeros contactos con la Naturaleza, bajo aquellos árboles, y entre los verdes de aquel huertecillo fueron los mayores goces de su madre... y de él.

Hoy ya estaba todo un poco nebulado por el tiempo... Y casi, casi toda la poesía que su infancia había recreado en aquellos lugares habíase velado con desilusionado realismo, dejando, de lo que fueron frondas y bosques ensombrados, un mezcunco solar, sucio, destartado, casi estéril.

Lo más terrible del tiempo—pensaba Simó entre aquellos terrones—no es que se lleve la vida del cuerpo, sino la capacidad de ensoñación que es la vida del alma. He aquí el esqueleto mondo de lo que fué mi adorada cigüeña—añadía.

Aquel año, mediado agosto, fué José María a su caserío, más a rastras que nunca, un poco porque aquellas casi supersticiones siguiesen imperando en su vida, imponiéndole quehaceres que rechazaba su gusto presente. Un hombre supersticioso es hombre enajenado—se decía—, obediente a fuerzas que no manan de su voluntad.

El día de llegada fué horrible. Todas las meditaciones apuntadas le hurgaban en el ánimo, sin permitirle sobreponerse. A mediodía, cuando su casera le sirvió el almuerzo en la cocina, sobre una mesita baja, estaba completamente decidido a volver a Madrid. Le parecía imposible soportar entre tanta rústica incomodidad una temporada de quince o veinte días. Sin embargo, un leve fenómeno varió de pronto el curso de sus pesares, llevándole al otro campo que ya conocemos: los perros.

Estaba al final de su almuerzo cuando se sintió observado por alguien extraño a los habitantes de la casa. Al volver cautamente los ojos hacia la puerta de la cocina que daba al ejido vió que, medio asomada la cabeza bajo la cortina parda, le miraba un perro. Le miraba recelosa, hostilmente. Después de corresponderle unos segundos, un poco cohibido, y ya cambiado el rumbo de sus meditaciones, volvió a su comida. Trinchaba como un autómata, ausente, sin atreverse a mirar de reojo al perro. Se encontraba desarmado, como sorprendido en algo bajo, como azarado por la presencia de un ser superior que veía de su alma mucho más de lo que él mismo sabía. Después de unos minutos, en los que con la imaginación repasó rápidamente toda su vida física y psíquica con esta clase de animales, volvió a mirar al perro. Seguía allí, con el hocico sobre el poyo de la puerta, tapadas sus orejas por la cortina, observándole fijamente, con aire reprovivo, de insulto, como si de un momento a otro, en posesión de la palabra, fuese a decirle las más energicas imprecaciones, las maldiciones más retorcidas y encañalladas.

El hijo de la casera, niño de ocho o nueve años, sentado en el quicio de la ventana, jugueteaba con unos cromos. A él se dirigió Simó:

—¿Ese perro es tuyo, Ignacieta?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—«Jazmín».

—Lámale, que lo vea.

El niño, casi sin mirarle, seguro de ser obedecido, le llamó con descuido:

—«Jazmín», ven.

El perro pasó lento, con desgana, bajo la cortina, sin dejar de mirar hoscamente a Simó y rodeando lo más posible el lugar que éste ocupaba, se llegó al niño, pasivo, como diciéndole: «Aquí estoy. ¿Qué quieres? Vengo por puro deber, pero este punto me desagradó.»

«Jazmín» era perro poco agraciado. Mestizo de «lulú», pequeño, de un blanco y negro sucio, con

las patas convexas, casi rabote, y arrastrando unos vedijones inmundos.

«¡Habrase visto facha!», pensó José María.

El niño se dió un manotazo en el muslo, como señalando y «Jazmín», perezosamente, preocupado, y apoyándose en las patas traseras, puso las delanteras sobre el muslo del niño. Le acarició y el perro permanecía quieto, con la cabeza un poco vuelta hacia el extraño.

«No me quita el ojo de encima», se dijo Simó.

—¿Es muy viejo?—preguntó al niño.

—No sé—dijo éste.

—Tendrá unos seis años—añadió la casera, que entraba en aquel momento.

—Pero aquí no ha estado nunca.

—No. Era de la abuela, pero Ignacieta se encarió con él y acabó por traérselo.

—Parece que le quiere mucho.

—Ya lo creo. Tanto le quiere que le «apechusca», como dicen luego. ¿No se ha fijado usted en las orejas de mi chico?

—No.

—Pues míreselas ahora que está al trasluz.

Simó con cierta prudencia se fué aproximando al niño. «Jazmín», al ver que se aproximaba aquel hombre, volvió a su condición de horizontal, y temeroso, casi pegado a la pared, colocóse a prudencial distancia. José María simuló no darse cuenta de la maniobra del can.

Muy cerca del niño, le miró a las orejas. Al trasluz se veían unas sutiles e irregulares perforaciones, como hechas con gruesos alfileres, en la parte más cóncava del cartílago.

—¿Y esto se lo ha hecho «Jazmín»?—preguntó José María, un poco alarmado.

—Sí, señor. Se lo ha hecho jugando, naturalmente. El chico ni siquiera se ha dado cuenta. Cuando era más tierno, su abuela le metía el perro en la cama y los dos jugaban y luchaban allí. Se conoce que el perro le lamía y mordisqueaba tan suavemente en las orejas, que el chico ni se enteraba. Ha sido de mayor cuando nos hemos dado cuenta.

El niño, sin hacer mucho ni poco caso de la conversación, continuaba con sus cromos, y de



cuando en cuando, alzando los ojos, sonreía a Simó. Unos sutiles rayos de sol —que le daba por detrás— se colaban por los orificios de su oreja como si éstos fueran rotitos de una seda.

José María, dentro de lo poco agradable que era aquello, envidiaba aquellas pruebas del afecto camino que gozaba el hijo de la casera.

El perro había vuelto al poyete y bajo la parda cortina seguía observándole con tenacidad.

III

Durante los quince días que allí permaneció estuvo obsesionado con el perro. Lo mejor de sus días empleaba en observarlo. Tanto, que los caseros llegaron a darse cuenta y dieron en sospechar si su amo, consecuencia de la soltería, comenzaba a tener manías.

Ni una sola vez hizo Simó por acercarse al perro. Temía su reacción. Se limitaba a observarle. Mejor dicho, a observar cómo era observado. El miraba al perro con curiosidad hasta cierto punto intelectual, y Simó era vigilado por el perro, era espiado. La actitud de «Jazmín» parecía ser esta: «Yo sé que tú eres un mal sujeto; pues bien, mejor que huírte, prefiero observarte desde lejos, seguir tus movimientos; así estoy más seguro. Apartado, temería tu llegada a cada minuto por todos lados. De esta manera estoy siempre en guardia y veré llegar el peligro.»

Durante aquellos días de mutuo espionaje, José María pasó momentos angustiosos, casi de locura. Lo que verdaderamente le maceraba era la imposibilidad de conquistarse aquel animal; convencerlo de que él era un buen hombre, de que nada quería contra los perros. Y no es que le hubiese fracasado tal o cual sistema de atracción, es que no intentó ninguno. Tal era su certeza de fracaso.

Una noche, de las últimas que estuvo en la alquería, se despertó sobresaltado, con angustiosa sensación de acorralamiento. Se incorporó en la cama. Fué a encender la luz, pero no tuvo necesidad de hacerlo. Sobre el abierto ventanillo, cuajado de luna, estaba «Jazmín» sentado sobre el alféizar, con el hocico apoyado en el hierro horizontal que con otro formaba una cruz. Le miraba fijo, más ensañadamente que nunca. Simó, fuera de sí, reaccionando por primera vez, buscó por el suelo una zapatilla para tirársela. Cuando alzó los ojos a la ventana, «Jazmín» había desaparecido.

Otro día que fué de caza con el casero, cuando, oculto tras unas marafías, aguardaba al ojeo, al pie de un árbol que estaba a ocho o diez metros de distancia vio a «Jazmín» que, medio oculto por el tronco, le observaba como a un ladrón. Despacio, sin dejar de mirarle, fué echándose la

escopeta a la cara. Cuando quiso darse cuenta, antes de llegar con el dedo al gatillo, «Jazmín», con la escasa cola abatida, las piernas más zambas que nunca y las orejas recogidas, se había lanzado entre las malezas, empavorecido, aguardando el tiro en el lomo, emitiendo un gruñido casi humano.

IV

Llegó el día del regreso. Nuestro hombre se sentía realmente contento. En su hogar, entre sus libros y amigos, desaparecerían aquellos ridículos estados nerviosos, aquella morbosa preocupación. Allí quedaba «Jazmín», allí el hijo del casero con sus orejas perforadas, allí su dramático «tête a tête» con el perro. Sí; el Registrador se encontraba satisfecho, liberado por la sola idea de marchar. Pero algo más hondo repudiaba aquel gozo aparente. No le cabía duda de que en su relación con «Jazmín» y con todos los perros por él conocidos había algo más entrañable que una autosugestión... Hasta cierto punto, justificaba la actitud hostil de los perros para con él. ¿Cuál era el misterio? En sus extravíos pensó en la metempsicosis... ¿Y si él, José María Simó, registrador de la Propiedad en el siglo XX, vivió como perro en alguna edad lejana?... pero perro nefasto, traidor a su especie y maldito por el omnipotente y magnífico dios de los perros. O tal vez su otra vida fué humana, allá en la Edad Media, vida cruel y carnífera, que en un instante de locura o embriaguez le impulsó a pasar a cuchillo las enormes traillas de su padre el señor duque de Lancaster... Sí; algo de esto ocurriría. El era hombre pacífico, amable, tierno, y nunca la más sutil nube de sangre empañó su razón. El odio de los perros a su persona no podía obedecer sino a algo misterioso o ancestral e indiscriminable... Pero él había de luchar, de recurrir a todos los medios, hasta conseguir poner en claro todo aquello. Por eso, cuando al ir a poner en marcha su motocicleta para volver a Madrid vió que «Jazmín» acurrucado entre unas matas, permanecía acechante, seguramente impaciente por verle lejos, sintió que algo dentro de sí, una voz interior le reprochaba de cobardía, de vencimiento.

Los caseros, colocados en fila junto a la carretera, aguardaban para darle el último adiós, mientras él, abstraído con sus ideas, vuelta la cabeza hacia el lado contrario, miraba a «Jazmín».

El casero y su mujer también se miraron entre sí con mutua comprensión. Fué entonces cuando el buen hombre dijo a Simó:

—Don José María, si le gusta el perro, no tenga reparo en decirlo. Nosotros no tenemos gran interés. En la casa para nada sirve. Es un perro



muy señor para estos trajes... Se lo podemos meter en una cesta y lo lleva ahí detrás, si usted quiere.

Simó oyó al casero como si fuese la voz de su propia conciencia.

—Sí, me lo llevo—contestó un poco azarado.

«Jazmín» diríase que intuía toda su tragedia. Cuando lo tomó el casero para depositarlo en la cesta, su entrega fué resignada, de condenado. Al cerrar la cesta sobre su cabeza, la mirada del perro resultó tan dramática como si aquella tapa de mimbre fuese la del sepulcro.

* * *

Simó anduvo todo el camino con la sensación de que sentado tras él, en el «porta», llevaba el más severo juzgador de su vida... o al más sanguinario enemigo... o a quien conocía su más íntimo secreto.

V

Al llegar a su casa entregó la cesta a la doncella, diciéndole lo que contenía, y marchó a sus habitaciones. No se encontraba con fuerzas para el primer encuentro. Vistióse y marchó a cenar fuera.

Estaba ya tomando café cuando por primera vez pensó en el encuentro posible al volver... Quizá lo hallaría en el mismo «hall» mirándole con reproche... o dispuesto a atacarle. La posibilidad de un ataque feroz nunca estaba ausente de los temores de Simó... Tal vez por ello fué al teléfono. Llamó. Se puso la doncella; le pretextó dos o tres preguntas y advertencias, y al final:

—Y «Jazmín», el perro, ¿está contento?

—No, señorito, no lo parece. Nada más sacarlo de la cesta se ha metido en la carbonera y allí está. No ha querido tomar nada. De cuando en cuando asoma un poco la cabeza, mira hacia uno y otro lado, hace oído y vuelve a meterse.

—No tiene nada de particular. Extraña la casa.. Ciérrenle la puerta de la cocina, y tal vez mañana, después de tan largo encierro, se decida a salir.

—Está bien, señorito.

* * *

José María regresó a su casa de madrugada. Había bebido más de la cuenta y casi no se acordaba del dichoso perro. Pero cuando despojado del gabán y con paso vacilante se dirigía al dormitorio, creyó oír algo. Se detuvo a hacer oído con cara de estúpido. Era el perro que ladraba. Mejor dicho, que emitía algo así como ahogados aullidos de lobo; aullidos lastimeros, casi desgarrados.

Simó detúvose en el pasillo, indeciso, entre medroso y ridículamente osado, con una ceja levantada y la boca torcida.

—Ahora mismo va a ver ese perro cochino quién soy yo—dijo, dando unos pasos hacia la cocina.

El perro volvió a aullar. José María se detuvo otra vez. Por fin, corriendo aturdidamente y tropezando, llegó a la cocina, abrió la puerta de un portazo y encendió el mechero. Frente a él, con la cabeza asomada a la puerta de la carbonera, estaba «Jazmín». Enseñaba los dientes, rabiosamente apretados; los ojos sanguinolentos. Tenía algo de hombre encolerizado.

Simó, a pesar del alcohol, sentía verdadero miedo. «Si doy un paso se lanza sobre mí», se dijo. Salió de la cocina, y despreciándose a sí mismo, como sólo saben hacerlo los borrachos, fué hacia su cuarto.

«Soy un cobarde; un despreciable cobarde», iba diciendo pasillo adelante.

* * *

Durante los días subsiguientes la situación varió poco. Sí, «Jazmín» salía de la carbonera, y llegó a tener ciertas confianzas con las mujeres del servicio, pero cuando el registrador llegaba a su casa, el perro desaparecía despreciativo. Mientras le tenía delante no le quitaba los ojos de encima, siempre presto a la ofensiva. Por otra parte, «Jazmín» estaba notablemente desmejorado. Seco, con el pelo deslucido y aspecto de viejo cansado.

José María se acostumbró un poco a aquel enemigo de casa, pero no había más remedio que adoptar una solución... Ya lo pensaría...

* * *

Hacia mucho tiempo que Simó estaba encaprichado de unas zapatillas morunas que se exhibían en un escaparate de la Gran Vía. Una mañana las compró. Antes de la hora acostumbrada



regresó a su casa, impaciente de calzarse las exóticas babuchas. Almorzó después, y luego, sentado en un sillón de orejas, con el sopor de la digestión y el calor de la siesta, quedó dormido, mirándose las zapatillas de cuero amarillo.

Al despertar una hora después notó que le faltaba una zapatilla. Ni junto a él, ni bajo el sillón, estaba. Buscó por toda la casa. Por fin, con súbita intuición, fué a la cocina. No había nadie; miró en la carbonera; «Jazmín» estaba bajo la mesa de pino. Erguido, retador, y junto a sus patas la moruna zapatilla completamente destrazada. Diríase que en la mirada del perro había una chispa de burla.

José María, humillado, incapáz de reaccionar, como después de una imprevista bofetada, volvió a su despacho. Sentado en el mismo sillón de orejas, calzado con una sola zapatilla, decidió que no llegase la noche sin tomar la última decisión sobre «Jazmín».

VI

«Sí—se decía—, sé muy bien cuáles son las dos soluciones más fáciles: volverlo a Guadalajara o matarlo. Pero no; él se había traído a «Jazmín» para algo más... Y eso era lo que se trataba de solucionar. ¿Qué cabía hacer entonces? Sólo una cosa: ver la forma de hacerle al perro un gran fa-

vor; un colosal favor: salvarle la vida o algo así... Eso: salvarle la vida. Después, por agradecimiento, por instinto, «Jazmín» no tendría más remedio que variar su conducta. Estaba claro, el mayor odio no puede dejar de commoverse cuando el odiado nos salva la vida... Y para un perro la vida es lo único.

Muy bien, pero ¿cómo salvar una vida que no está en peligro? No había más remedio que crearlo. Eso era. Había que poner en peligro la vida de «Jazmín».

Simó, satisfecho de su idea, paseábase por el estudio frotándose las manos y calzado con una zapatilla solamente.

Media hora después el Registrador tenía perfectamente estudiado su plan... se realizaría al anochecer... Con tiempo mandó a la criada y a la cocinera a sendos y largos recados. Vistióse y bajó a la calle. No sabía exactamente dónde ir, pero sí lo que buscaba. Anduvo unos metros por la carretera de Burgos; volvió; metióse por unos descampados hasta las Cuarenta Fanegas, descendió hasta la calle del Segre. No, no veía lo que quería. Paso a una tasca diminuta, llamada «Jalisco», y tomó un chato de vino sin ganas y casi sin fijarse. Bajó otra vez hacia la carretera de Burgos, pero se detuvo ante el cuartel de aviación. Allí, en la puerta, había unos soldados jugando a la pelota y dando voces. No sabía qué hacer. Volvió por los descampados camino de su casa. El tiempo pasaba, no encontraba lo que quería y la servidumbre iba a volver.

Por fin se detuvo. Sentado en una piedra de sillería había un mozalbete fumando un cigarrillo. Desharrapado y descalzo, fumaba con verdadera fruición; mirando casi bizco la lumbre del pitillo. Cuando se dió cuenta de que el caballero le observaba, con el cigarro en el aire, quedó mirándole con recelo, casi dispuesto a echar a correr. Simó avanzó hacia él. El chaval se escurrió poco a poco de su asiento.

—No te asustes, chico. No voy a hacerte nada malo.

El mozalbete se llevó el cigarrillo a la boca, aparentando una tranquilidad que no sentía.

—¿Qué quiere usted?

—Vamos a ver, ¿te gustaría ganarte cinco duros?

—Sí—contestó el otro súbitamente. Luego, con cierto temor—: ¿Qué hay que hacer?

—Poca cosa... Atarle a un perro una lata en el rabo.

—¿Qué?—pregunto el chico con cara de guasa.

—Lo que has oído. Pretendo deshacerme de un perro, y como no quiere irse, no hay otra solución.

—Buena... Pero, si usted quiere, yo me lo llevo y lo vendo por ahí.

—No, volvería a casa.

—¿Y usted cree que con una lata en el rabo no vuelve?

—No... Se revienta.

—Buena. ¿Y dónde está ese perro?

—Aquí al lado; en mi casa.

Subieron. Simó abrió un bargino que había en el «hall» y sacó una chocolatera no muy vieja, a cuya asa había atada una larga cuerda.

—Esto es lo que le vas a atar.

—Lástima de puchero—dijo el chaval.

—Mira, ahí detrás de esa puerta estará el perro. No temas, es muy manso. Se la atas, le das un puntapié y que baje la escalera. Atasela bien, que no tiene casi rabo. Yo voy abajo a abrir la puerta de la calle. Aquí tienes los cinco duros... Luego voy a seguirle un poco a ver si se va. Tú puedes marcharte y tirar de la puerta de la calle.

—Está bien.

El chico, con cierto temor, fué a la cocina. José María bajó las escaleras rápidamente sacó la motocicleta, la puso en marcha y aguardó medio óculto tras la esquina de la casa. Fueron momentos de angustiosa impaciencia. Con raro dolor se imaginaba el aspecto de «Jazmín», de su tristemente querido «Jazmín», con aquella sonora impedimenta. De pronto se oyó un enorme estrépito por la escalera. Estrépito de porcelana sobre los escalones de mármol y las voces del chaval.

—¡Ale, chucho! ¡Ale, chucho!

Apareció el perro desencajado, con los ojos desorbitados, como un cohete. Al llegar a la carretera quedó parado, mirando hacia atrás, y luego, con tiento, dió unos pasos, se tensó la cuerda, sonó la chocolatera y «Jazmín» emprendió una loca carrera calzada de Burgos adelante.

—Cierra la puerta—gritó Simó al chaval.

Este cerró y quedó con las manos a la espalda y el cigarrillo apagado en la boca viendo en que paraba todo aquello. José María arrancó la motocicleta en la dirección que iba «Jazmín» con su escandalosa chocolatera arrastras.

VII

Estaban ya encendidas las luces de la ciudad. El cielo había quedado achafarrinado de brillantes violetas. La motocicleta, a poca velocidad, se deslizaba por la tersa carretera. «Jazmín» iba desahogado ante su cacharro. Algunas veces se desviaba un poco de la pista, pero en seguida volvía a ella. Simó le seguía a prudente distancia. A lo mejor el perro se paraba un momento, resollando, medio ahogado; miraba hacia atrás, veía con inquietud la chocolatera y casi comenzaba a tranquilizarse, pero si al menor movimiento el cacharro sonaba contra el asfalto, el perro, sobresaltado reanudaba su carrera. Cuando esto ocurría, Simó paraba la motocicleta. «Jazmín» no parecía enterarse de la presencia de su amo. Toda su obsesión era la roja porcelana.

A Simó casi le contentaba aquello. Era la primera vez que «Jazmín» mostraba tanta indiferencia para con él.

Todavía le dejó correr un poco más. Pero llegó un momento en el que el motorista pudo apreciar que «Jazmín» iba ya agotado. Debía llevar la boca seca, la lengua fuera, como un fleco; parecía como si ya corriese por capricho. Aquel era el momento; sería peligroso dejarlo un poco más... De todas formas, él, registrador de la Propiedad, ¿qué sabía lo que aguantaba un perro?

Simó aceleró la marcha de su vehículo; se coloco a la altura de «Jazmín»; se inclinó, con una mano cogió la chocolatera y poco a poco fué frenando.

El perro se detuvo y quedó tumbado, como desahogándose. Miro hacia atrás un momento y no debió ver nada, o lo que vió —a Simó que se aproximaba— no debía interesarle. José María dejó la moto parada a un lado de la carretera; se llegó al perro y cortó la cuerda. «Jazmín» estaba agotado, con la lengua fuera rozando el suelo, los ojos semicerrados. Su cuerpo palpitaba violentamente.

José María le acarició un momento. El perro no parecía darse cuenta. Con mimo, blandamente, lo alzó entre sus brazos y lo llevó a la motocicleta. Como estaba empapado de sudor, Simó se despojó de la americana y en ella lió al perro. Este le miró entonces por vez primera, y le miró con desprecio, desagradecido, casi con un punto de ironía en su expresión.

Simó se sintió estremecido. Algo enormemente amargo subió a su pecho. Todo le había salido mal. «Jazmín», indiferente, parecía a punto de dormirse en cuanto le amainase el jadeo. Sujétándole bien con las correas en el «porta» y cubriéndole con la americana, José María subió a la moto y emprendió el regreso... Deseaba un árbol inesperado contra el que estrellarse, pero la motocicleta iba recta y segura.

En la puerta de su casa, desde lejos, vió la lumbrecilla roja de un cigarro.

Era el chaval. Quedó indeciso. Le daba cierta vergüenza el que le viese otra vez con el perro.

—Estás ahí todavía.

—Sí.

Se decidió a seguir su tarea. ¿Qué le importaba aquel chico? Entró en la cochera y tomó al perro entre sus brazos.

—¿Es el chucho?

—Sí.

—¡Arrea!

Simó dió un portazo, dejando al sorprendido muchacho en la calle.

Depositó a «Jazmín» sobre la «chaise longue». Lo destapó con cuidado, retardando la sensación de ver otra vez aquellos ojos. Pero... la cara del Registrador se contrajo llena de sorpresa. «Jazmín» le miraba ahora de una manera extraña, con cierta blandura vidriosamente, sin fuerza... No respiraba. Su lengua estaba fuera de la boca semicerrada y negra. Se inclinó sobre él. «Jazmín» estaba muerto. Volvió a cubrirlo con la americana.

* * *

Simó se sentó en el sillón de orejas, tomó la zapatilla que estaba junto a él y comenzó a darle vueltas entre sus manos. En su semblante había una amargura infinita, un odioso desprecio de sí mismo...

Barcelona, atracción de forasteros



TURISMO HACIA DENTRO Y TURISMO HACIA FUERA LA CIUDAD ES EXTRAORDINARIAMENTE HOSPITALARIA

Por Joaquín M. de NADAL

Cronista oficial de la ciudad

NO sé, a punto fijo, en qué época tomó carta de naturaleza en España la palabra «turismo»; pero es innegable que su etimología no delata un origen español. Es una de tantas palabras que las naciones se han ido prestando las unas a las otras para expresar un fenómeno que se ha convertido en una realidad en ellas. La palabra tardó muchos años en ocupar en los diccionarios el lugar que le correspondía; pero la gente la adoptó, a falta de otra genuinamente española, que está todavía por inventar.

Muchos autores pretenden que la palabra empezó a utilizarse en Inglaterra. No sería de extrañar, porque los ingleses fueron indudablemente los primeros en poner en práctica el turismo. Más tarde, la facilidad del viajar extendió a todo el mundo la afición a desplazarse para recorrer países, ajenos al propio, por curiosidad, por distracción, por recreo y, a las veces, por fines personales de cultura. Fue a partir de aquella época cuando el turismo se convirtió en una inmensa fuente de ingresos para los países.

Ahora bien; el turismo puede considerarse desde dos posiciones distintas: una centrípeta y otra centrífuga; o hablando con fórmulas de vulgaridad: el turismo hacia dentro y el turismo hacia fuera. La primera, patriótica, egoísta, si queréis, es indudablemente interesante desde el punto de vista económico; la segunda, altruista, objetiva, puede tener, sin duda, una gran importancia cultural, sin que sea despreciable tampoco su alcance económico por las vías de la reciprocidad.

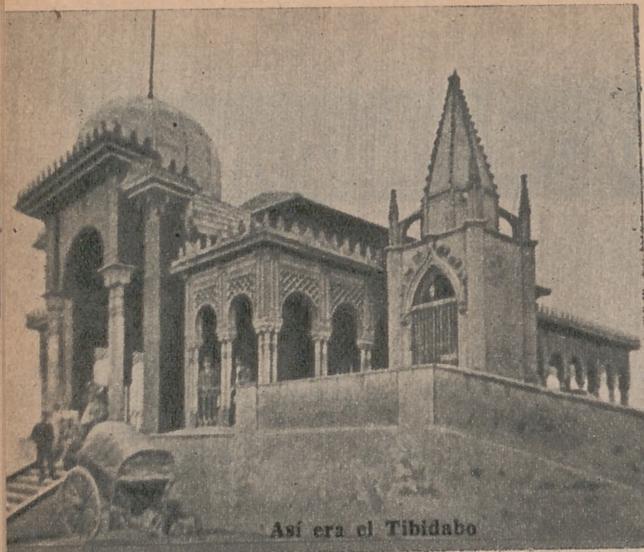
Por las expuestas razones, cuando oigo hablar del fomento del turismo se me ocurre preguntar: ¿Cuál de los dos vamos a fomentar?

He de confesar que, por el hecho de indicar claramente lo que se pretendía, a mí me entusiasma la denominación de una entidad que se constituyó en Barcelona en 1907, por la iniciativa

de don Manuel Ribé y la protección y el aliento que le diera el alcalde de la ciudad, don Domingo J. Sanllehy. Me refiero a la Sociedad de Atracción de Forasteros. Visiblemente no se la denominó de Atracción de Turistas para hacerla más comprensiva o quizá porque la palabra «turista» no se empleaba tan comúnmente como ahora. Ni hay que olvidar tampoco que por aquel entonces se tenía del turista un criterio aproximado al de aquel personaje de *Las de Caín*: «Turista es un hombre que come bien, duerme bien y le gustan las mujeres guapas.»

Ello nos lleva a hablar de la psicología turística de Barcelona hace poco menos de cincuenta años. Barcelona practicó siempre, en mayor o menor escala, lo que llamábamos al principio el turismo hacia dentro y el turismo hacia fuera. Para hacerlo contaba con dos factores esenciales: sus indudables bellezas y sus hombres. Las primeras, para atraer; los segundos, para exportar. Bien es verdad que antes de atraer al extranjero exportamos al indígena. Y es porque nos facilitaba la tarea una inclinación temperamental hacia lo de fuera. ¿Sus causas? Fueron indudablemente múltiples: sus relaciones comerciales, la proximidad de la frontera de Francia, su ubicación junto al mar, que es la frontera del mundo.

En el fondo de todo turista hay algo de aventurero, y el catalán es hombre de aventuras. ¿Ejemplos? Los navegantes, los indios—especialmente los indios de Cuba—, los voluntarios de la primera guerra de África, y haciendo marcha atrás en la Historia, los catalanes que, con los aragoneses, realizaron la expedición épica a Oriente. Yo ya sé que ni los almogávares, ni los voluntarios, ni los indios, ni los navegantes, que forjaron—quizá sin darse cuenta de ello—nuestra marina mercante, eran propiamente turistas, pero tenían de común con éstos la inclinación a lo des-



Así era el Tibidabo



Una antigua calle barcelonesa

conocido. Aun respetando el sentimiento de patriotismo que movió a los unos y el afán de enriquecimiento que espoleó a los otros, queda siempre en pie aquella inquietud espiritual que conduce al desplazamiento. Y cuando por efecto de las circunstancias desaparecieron aquellos primeros estímulos, quedó subsistente la inquietud viajera. Inquietud viajera que se dejó sentir en el desplazamiento físico, pero también en lo que llamaría el desplazamiento espiritual. Antes de que nos visitasen los turistas de países extraños, nos habían visitado sus ideas.

He aquí cómo, sin darnos cuenta, pasamos del turismo centrífugo al turismo centripeto. Los turistas extranjeros que nos visitaban encontraban su camino ya preparado por el turismo espiritual. El catalán, y singularmente el barcelonés, sentía la necesidad de comprender al visitante; pero también de que le comprendiesen a él, que era, en cierta manera, una forma de viajar en el pensamiento y en el recuerdo de quienes le visitaban. Por esto muchos de los hijos de las grandes familias del comercio, de la industria y de la sangre se habían educado en establecimientos pedagógicos de Francia, de Inglaterra, de Alemania, de Suiza. Por esto los muchachos se dedicaron siempre con ahínco al estudio de las lenguas extranjeras, por esto floreció en Barcelona todo un ejército de institutrices—misses, frauleins y mademoiselles—que llegaban a las casas de nuestra aristocracia, y aun de nuestra clase media, a través de aquella inteligentísima madre Hermann del Instituto de María Reparadora, que llegó a ser una verdadera institución en nuestra ciudad; por esto era Barcelona una de las ciudades españolas en que se encontraban más academias y profesores de lenguas con cuyas enseñanzas se fabricaban una pequeña cultura lingüística aun los más modestos meritorios y dependientes mercantiles. Nunca olvidaré el diálogo sorprendido en un tranvía en aquellos tiempos, ya remotos, entre un francés nativo y el empleado de una casa comercial, que le acompañaba, y que forcejeaba por mantener la conversación en un francés deficientísimo. «*Vous parlez très bien le français*», dijo el extranjero, sin duda con ánimo de estimularle; Y contestó el dependiente, con sonrojos de doncella pudorosa: «*Un peu... pero ¡Cal!*»

Barcelona, y especialmente sus clases elevadas,

eran singularmente hospitalarias con los extranjeros. Parecía que la extranjería era la mejor credencial para abrir las puertas de los salones, aun de los más cerrados. Bien es verdad que no sé yo si aquel acogimiento era sólo hijo de aquella hospitalidad que mereció el elogio de Cervantes o si era sólo producto del deseo de lucir los conocimientos lingüísticos delante de terceros. Lo indudable es que cuando algún barcelonés hablaba en algún lugar público con extranjeros lo hacía en voz mucho más elevada que cuando empleaba el castellano o el catalán.

Sea de ello lo que fuere, el caso es que nuestra ciudad recibía con particular agasajo a las gentes que de fuera venían. Y si el extranjero era persona de cierta distinción, tenía asegurados la mesa en los palacios, el coche en los paseos y el paico en el teatro del Liceo.

Este acogimiento hospitalario del extranjero tenía múltiples manifestaciones. Aun dejando aparte el entusiasmo que despertaban los artistas líricos que venían a Barcelona para cantar en nuestro Gran Teatro del Liceo; las orquestas de fama internacionales, recibidas en triunfo; los concertistas, las leaderistas, los pintores, los autores y literatos, festejados por los que podríamos llamar grupos *especializados*; de nuestra sociedad, había aun un núcleo de artistas tras los cuales corrían desalados los públicos. Me refiero a las compañías dramáticas extranjeras.

Aquellas compañías habían descubierto en Barcelona un verdadero pacto, y los empresarios, una mina. Varias de ellas venían a visitarnos todos los años. Al simple anuncio de su venida se cubrían las listas de abono, como si de algo extraordinario se tratase, aunque no pocas veces su repertorio chocase con las costumbres y con las convicciones dominantes en la vida ciudadana.

A las veces también aquellas compañías distaban mucho de constituir conjuntos homogéneos y estaban formadas por algún elemento de valía secundada—quizá fuera mejor decir entorpecido—por verdaderas vulgaridades; eran, en fin, grupos concebidos con arreglo a aquella fórmula tan manoseada entonces: «*Pour l'Espagne et le Maroc*». Y no obstante, los teatros en que trabajaban se llenaban de bote en bote, mientras auténticas celebridades nacionales representaban obras, también nacionales, ante salas vacías. Todos nuestros halagos, todas nuestras admiraciones eran para la importación. «Barcelona... refugio de extranjeros.»

Pero los extranjeros no venían; el turismo hacía dentro era de una precariedad lastimosa. Tal vez ello fuera debido a la forma en que nos trataron, en tiempos pretéritos, algunos de nuestros más eximios visitantes—léase Georges Sand, Théophile Gautier...—, pero influía no poco en tal fenómeno el desconocimiento en que nuestro país era tenido, las incomodidades del transporte y del apositamiento y el desconcierto de nuestra vida ciudadana.

Como demostración del primero no creo que sea extemporáneo referir una anécdota personal. Ella ocurrió en los primeros meses del año 1924. Se había celebrado en Barcelona, en 1923, la Exposición Internacional del Mueble y Decoración de Interiores, cuyo Comité Ejecutivo presidí. El Comité de la Sección Francesa, para corresponder a las atenciones que con sus coterráneos habíamos tenido, organizó una gran fiesta social en París, a la que, como es natural, hubo de concurrir. Celebróse el agasajo—cena de gala y velada de etiqueta, con la colaboración del cuadro de la Orquesta Francesa y del cuerpo de baile de la Ópera, etc.—en un palacio parisense, con asistencia de ministros, embajadores, representantes de las Cámaras de Comercio, entidades económicas y demás representaciones acostumbradas en tales casos. En el curso de la fiesta fui presentado a determinada persona, y al preguntarle yo si había estado alguna vez en Barcelona, me contestó retóricamente: «*Je n'y suis jamais allé, mais d'ailleurs je sais très bien que Barcelone est la capitale de l'Andalousie.*»

Que los medios de transporte y, en general, los hospedajes eran menos que medianos no es un secreto para nadie—y conste que retrotraigo mis recuerdos, aproximadamente, a medio siglo atrás: antes de iniciarse el movimiento turístico hacia España; pero lo verdaderamente lastimoso era la cuestión social y la inseguridad pública. ¿Quién podía querer venir a visitar Barcelona, con todas



La plaza de España de la capital mediterránea vista desde el coso taurino de Las Arenas, con el Palacio Nacional de Exposiciones al fondo, lugar donde se celebran los certámenes internacionales de industria que se han hecho famosos en todo el mundo



El puerto de Barcelona en 1902. Entonces como ahora, uno de los atractivos del turista de «dentro» es el paseo por mar en esos vaporetos empujados como en días de domingo

sus bellezas y con toda su historia hecha eterna en sus monumentos de piedra, si el terrorismo triunfaba en sus calles y la pistola imperaba como ley en el mundo del trabajo, y una trágica semana devastaba en templos y monasterios la herencia espiritual de los siglos?...

¡Y fué, precisamente por aquéllos, cuando a unos cuantos ciudadanos ejemplares—Sanllehy, Puig y Alfonso, Durán, el general Rubió, Ribé...—se les ocurrió atraer a los forasteros a Barcelona! En sus primeros pasos, en sus primeras gestiones, las personas a quienes visitaban para obtener su colaboración los trataban de visionarios o, cuando menos, de ilusos. Y, no obstante, con aquella modesta Sociedad de Atracción de Forasteros nacía el turismo en Barcelona; el turismo hacia dentro, el auténtico turismo.

Don Manuel Ribé, el antiguo jefe de ceremonial del Ayuntamiento de Barcelona, uno de los obreros de la primera hora, me explicaba un día cómo allá en su primera juventud, llevado de su instinto atractivo, colocaba con sus propias manos los sobres de los prospectos y billetes de aquella Agencia «Foyer», situada en el entresuelo de la casa del fotógrafo Napoleón, en la rambla de Santa Mónica, modestas propagandas de nuestra ciudad, y cómo cuando oía hablar en francés o en inglés por las calles se decía ingenuamente a sí mismo que aquellos turistas eran fruto de sus prospectos...

En aquella modesta oficina de la naciente institución, situada en los bajos interiores de la casa Güell de la rambla de Capuchinos, sólo cobraban sueldo los pequeños empleados y los subalternos; los dirigentes le daban su tiempo y su dinero y buscaban el de... los demás mediante el pago de una modesta cuota de cinco pesetas mensuales, que servía para sufragar los gastos de la oficina y para sostener una sencilla revista mensual, *Barcelona-Atracción*, y un humilde boletín trimestral titulado *Barcelona*.

Hoy, cuando pensamos en aquellos pobrísimos inicios, se nos vienen las lágrimas a los ojos y no sabemos si reír o si llorar cuando vemos en las viejas fotografías de la época a alguno de aquellos patrióticos precursores entregando un ramo de flores a alguna dama extranjera, y pensamos en el sacrificio pecuniario que significaba para la entidad aquel gesto y aquellas flores...

Las colecciones completas de aquella revista y de aquel boletín, y todo el historial de aquella sociedad, desaparecieron en un vergonzoso saqueo en 1936; pero la obra realizada queda en la memoria de unos cuantos viejos—como el que escribo—y en la realidad de un turismo floreciente, que es una consecuencia, remota si queréis, pero consecuencia al fin y al cabo, de la iniciación de unos cuantos hombres secundada por el espíritu de una ciudad.

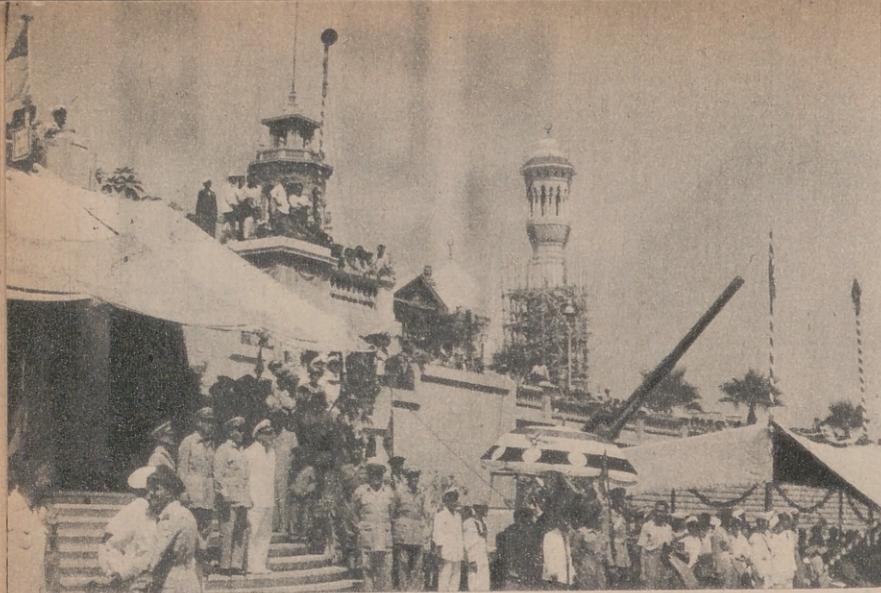


1913: Mientras los elegantes de la atractiva ciudad catalana paseaban su «gracia» por el paseo de ídem, Europa temblaba en psicosis de tragedia. Como se verá por la fotografía, la moda y los tipos masculinos de aquella época no han variado casi nada en cuarenta años. ¡Qué tiempos, señores!

Asegúrese usted

EL ESPAÑOL

todas las semanas
solicitando una suscripción.



El general Naguib cumple un año como

JEFE DEL ESTADO EGIPCIO

LA DISCIPLINA NACIONAL Y EL AFAN DE REFORMA SOCIAL SON LAS VIRTUDES DEL CAUDILLO REVOLUCIONARIO

UN GRAN CORAZON Y UN PROFUNDO SENTIDO HUMANO AL SERVICIO DE UN PUEBLO

Por Pedro GOMEZ APARICIO

HABIA terminado el almuerzo con el que la Cámara de Comercio de Alejandría obsequió a los invitados oficiales del Gobierno egipcio para las conmemoraciones del golpe de Estado del 23 de julio, que iba a llevar derechamente, tres días después, a la abdicación del Rey Faruk en el palacio de Ras-el-Tin y a su marcha, camino del destierro, a bordo del «Maroussah», ahora anclado, como un elemento conmemorativo más, junto a los malconciones de la «Corniche». La muchedumbre comensal—por encima de quinientas personas—no podía ser más abigarrada: militares de la Revolución, presididos por el ministro de Orientación Nacional—o, si mejor se quiere, de la Propaganda—, comandante Salah Salem; miembros egipcios y extranjeros de la Cámara invitante; periodistas de todos los confines de la Tierra, desde los enigmáticos e insociables de la «Tass» o de «Izvestia» hasta el representante del Yemen, siempre vestido con su deslumbradora gabardina; autoridades de todas las provincias, y, sobre todo, Misiones del Sudán, con sus atuendos pintorescos, que empezaban en el turbante blanco para acabar en el «salakof» de paja.

Nota característica y simpática de todos los actos del aniversario fué siempre la presencia de los sudaneses, exhibidos con complacencia, con orgullo y con ostentación. Por todas partes se dejaban ver sus rostros y sus manos de ébano flotando entre una nube

de vestiduras blancas. Dijérase que eran los huéspedes de honor. Cuando menos se advertía por doquier un afán de agradarles y de afirmar la unidad entrañable de los dos grandes pueblos ribereños del Nilo. Por encima de lo pintoresco sobresalía allí la decisión política de una hermandad que merece toda suerte de atenciones. Del régimen de transición pactado por tres años entre Inglaterra y Egipto, del que el más destacado episodio serán, probablemente, las elecciones con-

vocadas para el próximo octubre, saldrá lo que haya de salir: la independencia del Sudán, su fusión con Egipto o la Federación. Pero no cabe duda que los nuevos gobernantes egipcios están haciendo todo lo posible, con su clara labor de atracción, para que la unidad del Nilo llegue a ser realidad.

EL HUMANISMO DE NAGUIB

Lleno todavía el inmenso salón de conversaciones en todos los idiomas imaginables—en punto a idiomas, de la misma manera que a razas, Egipto es una confusa y heteróclita Torre de Babel—, nos trasladamos al comedor-



Naguib abraza a un niño en el banquete celebrado con motivo del primer aniversario de la Revolución.

raza, sobre una playa donde las gentes, en interminable baño, trataban de vencer el calor sofocante y angustioso. De repente, un clamoreo de aplausos y de vivas, que venía del salón y que se extendió por playas y «Corniche», vino a interrumpir el forcejeo con el camarero nubio, a quien, para hacernos servir unas tazas de café que no llegaron nunca, nos fué preciso hablar en francés, en inglés y en italiano. Los aplausos y gritos, bien conocidos de nosotros, no podían tener más que una causa: la llegada del general Naguib. Marcháronse los camareros en tropel, hubo derribos de mesas y de sillas a empujes de entusiasmo y el general Naguib, sin otra escolta que la de una multitud de fotógrafos, camareros, algunos policías y gente del pueblo, vino a sentarse junto a nuestra mesa para saborear una taza de café a la turca: con su gorra y con su bastón, con las mangas recogidas hasta el codo, con su pipa, con su abierta sonrisa bajo el recortado bigote y, sobre todo, con sus cordiales apretones de mano a todo el mundo. Un niño, negro, se le acercó con los ojos en blanco y la deslumbradora sonrisa blanca de sus dientes. Y, unido a él con un abrazo, el general Naguib se dejó retratar.

Pocas escenas pueden representar mejor que ésta la significación del Régimen egipcio. Naguib es un hombre extraordinariamente popular porque es un hombre extraordinariamente simpático. Yo me atrevería a insinuar que ha hecho de la simpatía una razón de Estado. Egipto era un país que carecía de estructura social. Había una Monarquía, de origen albanés; una concentrada aristocracia, de origen turco, y una inmensa masa popular. Propiamente, sin escalones intermedios y, más especialmente, sin contacto directo entre los que se hallaban arriba y los que abajo estaban. Entre los muchos errores de Faruk, el más grave es, quizá, el de haberse mantenido fiel a un feudalismo inadecuado para su tiempo. Habitaba en sus cuatro palacios—Abdín y Cobah, en El Cairo; Ras-el-Tin y Montassah, en Alejandría—al margen de aquello que no fuese su «entourage» de palaciegos y de cortesanas. Con un refinamiento insultante de vida y con una propensión a la codicia que le condujo a la multiplicación de sus haciendas en medio de un país terriblemente pobre. Se cuenta de él que, en los poblados cerca de los cuales poseía tierras de cultivo, los mercados se cerraban a toda transacción hasta que eran vendidos los productos de las tierras del Rey.

Naguib, por el contrario, ha humanizado la autoridad: la ha hecho acercarse al pueblo. Para mostrarla con emoción cordial, queriendo conocer y que sea conocida, rompiendo las distancias y suavizando las diferencias. Los periódicos de El Cairo están llenos de fotografías en las que aparece dando un beso a un niño, no pocas veces sucio y cubierto de harapos, o dejando que la muchedumbre asalte su coche jubilosamente. Da al «fellah» el desconocido título de «hermano», y siempre se halla en él una sonrisa franca y una mano tendida.



El Presidente Naguib hace entrega de premios a agricultores, que reciben propiedades en el aniversario de su mandato.

Repito que la simpatía ha sido levantada en el Egipto de hoy a la categoría de razón de Estado. Y sus frutos son bien evidentes. Se puede discrepar de las orientaciones del Régimen; se pueden tener dudas sobre la efectividad de sus realizaciones. Lo que no cabe discutir es que Naguib es un hombre popular, admirado y amado de sus súbditos. Su mayor complacencia es repetir aquel versículo coránico: «que permanezcan unidos vuestros corazones, y permaneceréis unidos vosotros». Para dar una cohesión al Régimen, lo primero que Naguib ha echado en la balanza ha sido el corazón.

UNA DISCIPLINA NACIONAL

La escena de Naguib en la Cámara de Comercio de Alejandría es mucho más que una anécdota. Para mí es representativa, porque probablemente encarna uno de los tres pilares del Régimen y es fundamento de los otros dos: el nacionalismo y el espíritu de justicia social. Me refiero al Régimen, claro es, desde el punto



Agricultores egipcios leen el documento de propiedad de las tierras que les ha otorgado el Gobierno.

de vista interior, porque en lo exterior—canal de Suez, unión con el Sudán, relaciones con los pueblos árabes, actitud respecto del Occidente y del comunismo...—mis apreciaciones no tienen cabida en la obligada estrechez de este artículo.



El autor del reportaje (Gómez Aparicio) realizó durante su última estancia en El Cairo una excursión a las Pirámides sobre la jiba de un camello.

Egipto es un mare mágnun de razas y pueblos que no han sido jamás asimilados. Se advierte al recorrer las calles de El Cairo y, sobre todo, las de Alejandría, extraña confusión—con sus atuendos múltiples y con los diversos pigmentos de su piel—de egipcios puros que parecen cocidos en barro, de negros de Nubia y del Sudán, de beduinos, de árabes, de italianos, de griegos y de bereberes. Pueden haber nacido casi todos ellos en Egipto y aun tener la nacionalidad egipcia, pero no se han fundido, y menos han creado una raza predominante y autóctona. El problema racial es allí muy difícil. Y no cabe, claro es, resolverlo con métodos racistas, porque sería una fórmula imposible.

Es otra solución la que ha abordado Naguib: la de la disciplina social, la de la generalización de un sentido castrense de la vida, la de la vigorización paulatina de una juventud que era, hasta ahora, en muy extensos estratos, débil, enfermiza y nada solidaria. Uno de los más importantes actos de las conmemoraciones aniversarias fué la inauguración, bajo la presidencia de Naguib, en el gran Estadio Municipal de Alejandría, de los Juegos Olímpicos Panárabes. Había en ellos un marcado designio de unidad árabe y musulmana, porque también enviaron sus representaciones nacionales no árabes, como Irán e Indonesia. Pero había, de manera especial, el propósito de señalar públicamente una orientación de fundamentos nacionalistas. No es fácil la creación, allí, de una unidad nacional homogénea; pero cabe reemplazarla por una educación moral y física que en alguna manera abra cauces futuros a la unificación.

El Gobierno del general Naguib la ha puesto en práctica mediante la generalización de un afán militar de disciplina. Para lograrla ha atraído de todas partes—particularmente de Alemania y de Italia—jefes y oficiales de los antiguos Ejércitos, en calidad de instructores. Para el Egipto de la Revolución unas poderosas fuerzas armadas son indispensables. Se ha aumentado el Ejército, que no está bien armado, y se le han incorporado elementos modernos, como «commandos» de Marina y de paracaidistas. Pero un Ejército sin base popular no es efectivo: demasiado recientes están ante los militares del Consejo de la Revolución, que son en su totalidad ex combatientes, los reveses de la campaña de Palestina. Para formar militarmente a la juventud se ha constituido el Cuerpo de «Voluntarios de la Revolución», con campos de adiestramiento en todo el país y con organizaciones locales incluso en los pueblos de menor importancia. Pero, para vigorizar a las futuras generaciones se ha extendido la educación física a todos los colegios.

En la inauguración de los Juegos Panárabes, tras el desfile de los atletas, hubo una exhibición de juventudes. Cerca de dos milares de niños de las escuelas públicas, con sus ejercicios acompañados al ritmo alemán, demostraron hasta qué punto el intento

ministerial egipcio de lograr una juventud fuerte, imbuída de un sentimiento nacionalista superador de las insuperables diferencias raciales, está en marcha.

LA REFORMA AGRARIA

Ya he señalado que en Egipto no existen clases medias. Entre la poderosa y reducida aristocracia, latifundista, y la miserable clase de los «fellah», trabajadores de la tierra de otros, no hay, a modo de escalón intermedio, más que una poca numerosa burguesía territorial, que es la que nutre las filas de la oficialidad del Ejército, las aulas de las Universidades y los cargos de la Administración. De esa zona intermedia han salido en su totalidad los hombres del golpe de Estado del 23 de julio. Pero también, inevitablemente, la orientación social que a la Revolución se le quiere imprimir.

Egipto tiene un problema de superpoblación. De superpoblación relativa, entiéndase muy bien. Para un millón de kilómetros cuadrados cuenta con una población de casi veintidós millones de habitantes. Pero esos veintidós millones de habitantes están hacinados en los menes de 30.000 kilómetros cuadrados de tierra cultivable, porque todo lo demás es desierto. Si desde Assuán seguís en avión el curso casi recto del Nilo, hasta el delta, ante vuestros ojos se abrirá la tragedia económica y demográfica de Egipto: la vida—una vida llena de verdes y riquísimos cultivos—sólo llega hasta donde llegan las aguas con sus riegos o con sus inundaciones periódicas; a partir de esa raya sólo hay desolación, esterilidad y muerte. Inevitablemente, el egipcio ama la tierra fértil con amor de codicia. Con una codicia a veces irritada por la injusticia de un sistema de propiedad feudal. La medida de superficie egipcia es el «fedán», que equivale a algo más de media hectárea. Pues bien; de un total de seis millones de fedanes en cultivo, más de una quinta parte—exactamente 1.208.493—son propiedad de 2.115 latifundistas, con un promedio de 571 fedanes, mientras que 2.568.816 pequeños cultivadores poseen un total de 2.091.486; es decir, ocho décimas de fedán como promedio para cada uno.

El Gobierno de la Revolución ha abordado este magno problema en sus dos aspectos esenciales. De una parte, trata de ampliar la extensión de tierra de cultivo mediante la construcción de un nuevo pantano regulador de riegos en las proximidades del de Assuán, el cual, según los cálculos permitirá fecundar otros tres millones de fedanes, es decir, una superficie equivalente al cincuenta por ciento de la actual. De otra parte, ha puesto en marcha la Reforma Agraria estatuida por el decreto del 9 de septiembre. Según ella, no se podrá poseer más de 200 fedanes, ó 300 si el propietario tiene hijos: todo lo demás es expropiado, si bien está previsto el pago, en un plazo de treinta años, de la indemnización correspondiente. Las expropiacio-

nes realizadas hasta ahora suman 181.000 fedanes, a los que, de aquí a noviembre, se pretende añadir cerca de otros 200.000, y están en trámite de reclamación 183.000 más. En las fiestas del primer aniversario de la Revolución fueron ya repartidos entre nuevos propietarios alrededor de 23.000 fedanes. El general Naguib, personalmente, hizo entrega de títulos en el distrito de Itay-al-Barud, en el norte de El Cairo, que es de donde proceden los antepasados de su padre.

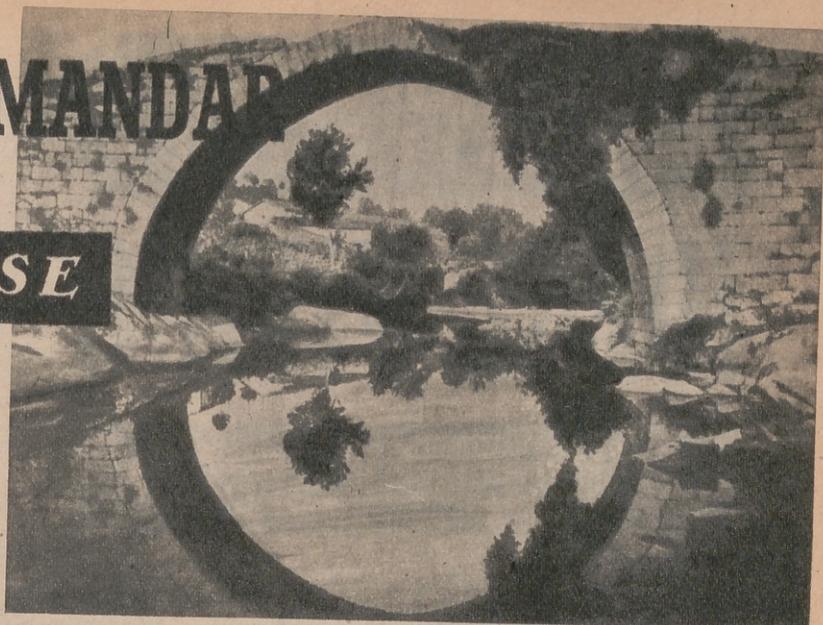
Humanización de la autoridad y popularización del Régimen; afirmación y desarrollo de un nacionalismo espiritual y físico, e implantación de un sistema social más equitativo, a través de la Reforma Agraria, son los tres pilares que, por lo que he visto, tratan de sustentar internamente el Régimen implantado en Egipto por Naguib con el golpe de Estado del 23 de julio. No cabe en este sitio más que una exposición sumaria, de ninguna manera una crítica. Desde el punto de vista exterior, Egipto es actualmente—por su posición estratégica, por su situación casi fronteriza entre el comunismo y el anticomunismo, por su actitud respecto de ambos bloques, por su conflicto con la Gran Bretaña.—el punto, acaso, más importante y neurálgico del mundo. El Gobierno de la Revolución está inspirado por la mejor intención nacional. No es posible saber todavía si su táctica, siempre audaz, le llevará en lo futuro a audacias más peligrosas. Egipto, como nación y como pueblo, no está lo suficientemente preparado para separar, en lo que se le dice, lo que es posible acometer, lo que deba ser hecho y lo que es bueno sólo para decirlo. De aquí que, en mi opinión, los mayores esfuerzos del Gobierno Naguib—salvado todo lo que hay en ellos de intención recta y de buena orientación—han de polarizarse principalmente en evitar que el nacionalismo derive hacia la xenofobia, y hacia la demagogia del afán de justicia social.

Pedro Gómez Aparicio nació en Madrid el 1 de agosto de 1903. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad Central. En 1927, de la Escuela de Periodismo de «El Debate» pasó a la redacción de aquel diario, y en 1944 se le nombró Director-Gerente de la Agencia Efe.

Autor de libros y profesor de la Escuela Oficial de Periodismo, es Premio Nacional de Periodismo «Francisco Franco». Está en posesión de la Encomienda de la Orden del Mérito Civil y la Encomienda con placa de la Orden de Alfonso X el Sabio. Ha sido condecorado por los Gobiernos de Siria, Líbano e Iraq. Su Excelencia el Jefe del Estado español le concedió la Medalla de Plata al Mérito en el Trabajo con ocasión de cumplir veinticinco años en la profesión periodística.

PENSAR Y MANDAR

desde ORENSE



TAMBIEN LOS

MEDIOS RURALES CAMBIAN

EN la gran Prensa, en las revistas más o menos ilustradas, en los folletos técnicos y en las Memorias de las Corporaciones o entidades se ofrecen los avances de nuestra industria, la estadística del comercio internacional en relación con España, los programas de gobierno en orden a educación nacional, planes agrícolas o ganaderos, repoblación de montes, etc. Mas ¡qué poco se sabe de todo lo que es capaz de realizar, de todo lo que se está realizando calladamente, sosegadamente, con la austeridad que caracteriza a nuestro pueblo, en los pequeños núcleos rurales! Es verdaderamente impresionante y, sobre todo, conmovedor, para los que siempre hemos vivido en las grandes ciudades, comprobar que España no se transforma solamente en las capitales de provincia o en los pueblos de importancia, sino que también sienten la misma inquietud de mejoramiento los habitantes de los pueblecitos alejados de las carreteras nacionales, los de las parroquias escondidas entre las montañas o los de pequeños núcleos de casas apartados de toda vía de construcción humana.

Nadie se figura que hay caminos vecinales de más de diez kilómetros construídos con la prestación personal efectiva de todos los vecinos, empezando por el alcalde, siguiendo por el señor cura y terminando por los rapaces

que apartan o llevan la piedra. Y para esto no han pedido préstamos ni subvenciones. ¿Qué fuerza ha impulsado estas obras? Sólo el deseo de acercarse a las ventajitas de la época. Poder recibir camiones que lleven sus productos a la venta, tener la posibilidad de ir a una villa en donde pongan cine, salir a los mercados más importantes de los contornos, conocer lo que un día y otro leen en la Prensa.

A quienes en las ciudades han puesto, según ellos, una pica en Flandes, porque han logrado fundar una Sociedad anónima para fabricar determinadas máquinas, o construir un grupo de casas para renta, les ofrezco como ejemplo la parroquia gallega que, siguiendo a su alcalde o a su cura—las masas siguen al de más tesón, al más valiente, al más audaz—, adquieren el hilo de cobre, los postes, construyen la caseta del transformador y colocan toda la instalación para pedir después la corriente, abonando además cantidades en metálico a las Empresas eléctricas, que supone para cada uno de aquellos aldeanos todos sus ahorros en metálico y, en algunos casos, entramparse para muchos meses. Pero esta

energía es el taller mecánico, la aserradora de maderas, es oír la radio, leer de noche, es iluminar el altar de la Virgen con bombillas de color azul.

Esa halagadora comparación que tantas capitales de España hacen de su actual urbanización en relación con 1936 se observa en pequeños pueblos, cuyos Ayuntamientos trazan las futuras calles, planean plazas y construyen jardines aprovechando un recoveco.

Y es que esa vitalidad de nuestro pueblo, pasmo de naciones que no nos conocen porque no quieren ver aunque tienen ojos ni quieren oír a pesar de sus oídos, es la consecuencia lógica de la política de nuestro Movimiento, que ha dado a los españoles una fe en sí mismos como quizá no tuvieran desde la época imperial. Si aquel político nefasto cometió uno de sus mayores errores al denominar «burgos podridos» a los pueblos que no le quisieron votar, porque en ellos estaba precisamente lo más sano de nuestro país, hoy los núcleos rurales pueden dar ejemplo de dinamismo, audacia y espíritu emprendedor a muchas ciudades, y aquellos que tienen la suerte de contar con un jefe al que no le asustan las empresas más temerarias están cambiando su fisonomía de manera impresionante.

De las Asambleas comarcales que la Falange está convocando han de salir ponencias muy interesantes que se presentarán al Congreso de la Falange que se celebrará en Madrid en el mes de octubre. Atención a la voz de los pueblos. Piden medios económicos propios para el desarrollo de sus programas. Pueden probar que son capaces de realizar obras públicas, y ante demostraciones palmarias no es posible eludir el estudio de sus pretensiones.

Por José Luis ALBERT

Gobernador Civil de Orense



Barcia Trelles

Nuestro colaborador el ilustre catedrático de Derecho Internacional don Camilo Barcia Trelles ha salido para el Brasil, Uruguay y Chile, en cuyas Universidades explicará unos cursos monográficos sobre problemas de su especialidad. Desde allí informará ampliamente a nuestros lectores sobre la vida y la situación actual de estos países.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

IDEAL VIVIDO

Por el mariscal WEYGAND

De la Academia Francesa

DIVIDIDO en cuatro partes, el libro del mariscal Weygand está dedicado en casi su totalidad a las operaciones militares que se desarrollaron en el suelo francés durante la pasada guerra de 1914 a 1918. Aunque el final del libro coincide con el armisticio del año 18, y quedan, por tanto, fuera de él todos los sucesos, interesantísimos, en los que intervino desde esta fecha, como general del ejército de Oriente, primero, y más tarde en los años trágicos de la débacle del 40, con su final cautiverio en tierra alemana, no cabe duda de que este libro que el hoy miembro de la Academia Francesa dedica a las batallas que tuvieron lugar en el norte de su patria durante la primera guerra mundial es de un indudable interés. El pensamiento del mariscal Foch, así como su método de trabajo, expuesto por un testigo de mayor excepción cual es Weygand, resulta de imprescindible antecedente para la comprensión de lo acaecido veinte años más tarde entre París y la frontera alemana.

I

Dedica la primera parte de *Ideal Vecú* a sus recuerdos anteriores a la guerra de 1914. Su ilusión por la carrera de las armas desde la pubertad, a la que no fué ajena la casual lectura del *Cid* de Corneille. El diálogo del héroe castellano con el viejo padre de Jimena impresionaron profundamente su espíritu y le lanzaron definitivamente por el camino que conduce a la carrera que tiene el honor por divisa. Sus primeros años en la Academia de Saint Cyr, sus 175 francos de sueldo como teniente del cuarto de Dragones, de guarnición en Chambery, para ascender rápidamente a instructor en la Escuela de Saumur y alcanzar en 1912 el grado de teniente coronel con mando en el quinto de Usares, de guarnición en Nancy. Se vive la constante amenaza de una guerra con Alemania: la carrera de armamentos, los incidentes de Tánger, de Agadir, de Casablanca, siembran el recelo entre los dirigentes franceses. El mariscal Joffre es ya jefe del Estado Mayor General y vicepresidente del Consejo Superior de la Guerra, y en Poitou se celebran grandes maniobras con asistencia del generalísimo del Ejército ruso, el gran duque Nicolás, en las que Weygand toma parte. En octubre de aquel mismo año, 1912 es designado para seguir estudios en el Centro de Altos Estudios Militares, con el fin de completar la enseñanza superior en los cuadros del Ejército, es decir, la que corresponde a los jefes del Estado Mayor de Cuerpo de Ejército o de Ejército. Meses más tarde, todos los oficiales que habían estado destacados cerca del Gran Duque, en las maniobras del Poitou, fueron invitados para asistir a las del Ejército ruso en el campo de Krasnoie-Selo. En aquella ocasión el general Joffre, como jefe del Estado Mayor francés, fué el invitado de mayor rango, y con el generalísimo ruso tuvo ocasión de perillar ya los detalles de una futura acción común. El campo de maniobras y el impresionante despliegue del ejército ruso, así como el entusiasmo de éste hacia su jefe supremo, el Zar, y toda la familia imperial impresionan grandemente el ánimo del joven teniente coronel

WEYGAND
de l'Académie française

MÉMOIRES

IDEAL VÉCU

"Vous avez gagné la plus grande bataille de l'Histoire, et sauvé la cause la plus sacrée : la liberté du monde."

FOCH

FLAMMARION

Weygand. Una anécdota, sin embargo, de la que fué protagonista el gran duque Nicolás hiere desagradablemente su sensibilidad occidental. Cabalgaba el Gran Duque al lado del general Joffre cuando su caballo cayó en la hierba; sus grandes piernas permitieron al príncipe permanecer de pie sobre el suelo sin sufrir ningún mal. Su ayudante, un oficial de edad madura, que siempre le seguía con una montura de repuesto, se apresuró a tenderle el estribo del nuevo corcel, y el príncipe, después de haber proferido algunas palabras muy fuertes, le cruzó la cara con su fusta. A continuación relata su primer encuentro con el general Foch en octubre de 1913, cuando a la vuelta de Rusia se incorpora a su unidad, perteneciente al XX Cuerpo de Ejército, que mandaba aquél.

Finaliza julio de 1914. Las guarniciones reciben la orden de dar por suspendidos los permisos, y Weygand se presenta en su unidad. La guerra es ya inminente, y el primogénito de Weygand, que pasa unos días de vacaciones en territorio alemán, gana, en compañía de su madre, milagrosamente, las fronteras de su patria, con las primeras avanzadas alemanas pisándole los talones. La movilización general había comenzado.

II

Abre la segunda parte con la batalla del Marne y la de Flandes. Es el primer año de la guerra. Los escuadrones del quinto de Usares ocupan sus puestos de cobertura formando parte del II Ejército, que iniciaba un dispositivo de ataque. Tienen lugar las primeras escaramuzas y la primera batalla perdida, la de Morhange. Y en seguida la esperanza frustrada de mandar en campaña un regimiento de caballería, pues Weygand es llamado, como ayudante del mariscal Foch, al Gran Cuartel General y nombrado jefe de Estado Mayor de éste. El general Foch recibía el mando de un Ejército donde no se sabía exactamente qué era de sus elementos esenciales. Describe la visita de la batalla del Marne, la composición del IX Ejército, el terreno donde se desarrolló aquella, las jornadas gloriosas para el Ejército francés del 6 al 9 de septiembre, la persecución del enemigo y el justo dolor del general Foch al perder en Chalons uno de sus hijos. Tras la del Marne, el general Foch fué requerido por el comandante en jefe, Joffre, para adjunto suyo. Weygand quedaba ahora a la disposición del general Rumbert, que provisionalmente mandaba el IX Ejército. Era ya inminente la llegada de fuerzas británicas a la izquierda del dispositivo francés, y el general Foch tomaba el mando directo del II y X Ejércitos.

Su primer contacto con los ingleses, las entrevistas con los mariscales French y el general Wilson y la del general francés con el rey Alberto de Bélgica son páginas del más vivo interés.

Se adentra luego en las batallas que tuvieron por escenario los campos de Flandes, la del Yser e Ypres, jornadas cruciales de los primeros años de la guerra que si bien hicieron renunciar al mando francés a toda idea de ofensiva, pusieron una barrera victoriosa en la marcha alemana hacia los puertos franceses del mar del Norte. Termina así el primer año de la guerra con las medidas de

reorganización y de defensa y con la serie de problemas que plantea una guerra de coalición. Se inician los primeros ataques de posiciones y finaliza esta parte con el pensamiento directriz de la acción que para los meses venideros pensaba realizar el general Foch: «Hacer la guerra es atacar y la ofensiva es la forma superior de la guerra; debe ser practicada de tal forma que ni las fuerzas humanas superiores, ni el frío, ni el mal tiempo, la impidan. Si nosotros no la practicamos, el enemigo la practicará contra nosotros, y es necesario dotarla de los siguientes medios: Médicos morales, una dirección superior a la del enemigo; medios materiales, numerosa artillería y mucha munición para economizar vidas humanas.»

III

Con la tercera parte entramos en la guerra de trincheras. Al comienzo de 1915 el general Foch mandaba uno de los Ejércitos, el del Norte, y preparaba una nueva y poderosa ofensiva. Describe todo el dispositivo de las fuerzas aliadas y las entrevistas y preparativos que precedieron a la gran batalla. Los primeros obuses de la artillería de largo alcance caen sobre Dunquerque y tienen lugar los primeros ataques alemanes con gas; después de darnos la composición del Estado Mayor de Foch, del cual el ya coronel Weygand era el jefe, y la semblanza de algunos oficiales, analiza los resultados de la ofensiva de mayo y junio de este año (1915) y expone las conclusiones y enseñanzas que de la batalla sacaron los generales Foch y Joffre. Las acciones de septiembre del año 15 en Champagne y en Arzoi son motivo de minucioso estudio, así como el acuerdo general de los aliados para las operaciones otoñales. Examina las doctrinas militares sobre el ataque, así como los preliminares de las operaciones inglesas y las dos fases bien definidas que tuvo esta lucha de trincheras. Se entretiene en consideraciones de conjunto sobre las operaciones del año 15, así como sus consecuencias estratégicas y tácticas; son definidos el papel de la División y del Cuerpo de Ejército en el combate. A estas alturas, la División es ya la unidad de ataque que combinará directamente e íntimamente la acción de la infantería y artillería. El Ejército francés posee una experiencia que ha sido adquirida al elevado precio de docenas de millares de bajas en el curso de estas ofensivas del año 1915. Termina con las importantes decisiones tomadas en Chantilly a fin de intensificar y coordinar los esfuerzos de la Entente en 1916.

Seguidamente, y con todo detalle, relata la batalla del Somme y el programa del general en jefe, Joffre, como base de las operaciones para este año: una ofensiva tan extensa como fuera posible con el grupo de ejércitos del Norte y los ejércitos británicos cooperando en estrecha unión. Se abre en este momento el ataque alemán sobre Verdún, de cuyo sector toma el mando el general Pétain. Todos los preparativos de la gran batalla del Somme son expuestos con la máxima precisión, sus diversas fases y resultados, la importancia de la defensa antiaérea, la entrada en línea del X Ejército y sus primeras operaciones. La guerra se prolonga y nuevos programas bélicos son trazados para el año 17. La batalla del Somme no había conducido al final victorioso de la guerra, y el Gobierno decidió la reorganización de los mandos: el general Joffre es reemplazado por el general Nivelle. El general Foch, objeto de una campaña basada en su mala salud, su carácter y su desacuerdo con los generales ingleses, es puesto a disposición del ministro; pero el nuevo general en jefe le mantiene en activo, bajo sus ordenes, con la misión de proseguir los estudios que había emprendido desde hacía meses, a fin de responder a una eventual violación del territorio suizo por los alemanes. Se le concede un pequeño Estado Mayor, a cuya cabeza continúa el general Weygand.

Toda la actividad del general Foch en su nueva misión en Senlis, así como en la ofensiva del año 1917, la revolución rusa y las consecuencias directas que tuvo sobre los programas de preparación. Al fin el ascenso de Foch a jefe del Estado Mayor, y el autor de *Ideal Vecú* se extiende en narrar la misión que correspondía a dicho cargo, la política de los aliados, reuniones y conferencias internacionales.

La entrada en guerra de los Estados Unidos es el motivo de otro de los capítulos de la obra. De

los dos siguientes, uno está dedicado al mando del general Pétain y a las medidas de éste encaminadas a enderezar la moral, ya muy decaída, de las tropas y a perfeccionar los elementos técnicos al servicio del ejército, así como a las nuevas batallas de Verdún y de la Malmaison, y la ofensiva del Ejército británico en Flandes con participación del I Ejército francés, en donde los carros de asalto hacen su primera aparición. En el otro tienen cabida los acontecimientos militares de Italia, la marcha a Roma del general Foch, la conferencia de Rapallo, deteniéndose, por último, en la llegada al Poder de Clemenceau, las primeras reuniones del Consejo Supremo y el Comité de representantes militares.

IV

Ultimo año de la guerra. En el primer capítulo de esta cuarta parte, que titula «Antes de la tormenta», las fuerzas y los planes del enemigo, las fuerzas de la Entente, los planes de campaña del general Foch, la decisión del Consejo Supremo y la conferencia de Londres del 14 de mayo. Sigue el relato de las primeras jornadas de las batallas en la primavera del año 18 y las conferencias de Abbeville, Compiègne y Doullens. El general es encargado por los Gobiernos británico, francés y americano de coordinar la acción de los ejércitos aliados sobre el frente occidental.

La ofensiva de los ejércitos del Kaiser contra los ingleses en los campos de Picardía y Flandes en la primavera de 1918 es objeto de un riguroso examen por la pluma de Weygand, para concluir en una serie de acertadas consideraciones en las que pone de manifiesto cómo los alemanes en este postrer cohetazo de su fuerza no lograron ninguno de los objetivos propuestos y que los éxitos parciales les costaron grandes pérdidas. Reconoce, sin embargo, que las pérdidas de los aliados ponían en primer plano de las preocupaciones de su Estado Mayor el problema de las reservas y el de acelerar el transporte del Ejército americano. La conferencia de Abbeville, en los primeros días de mayo, sólo tuvo por objeto esta finalidad.

El general Foch, con su constante teoría del ata-



El mariscal Weygand, autor de «Ideal Vivido»

que como arma que conduce a la victoria, prepara, a su vez, después de la fracasada ofensiva alemana contra el frente inglés, una gran contraofensiva. Pero Ludendorff se le adelantó a finales de mayo con una intensa acción ofensiva contra el propio Ejército francés, que dió paso a las grandes batallas del «Camino de las Damas» y de Metz. Se detiene también aquí Weygand a examinar con minuciosidad la defensa victoriosa del VI Ejército, analizando la gravedad de los momentos, la acción de los generales Foch, Pétain y Degoutte, que tanto impresionara al viejo Clemenceau. Sobre el ataque alemán contra Compiègne, Weygand afirma: «Causó un serio daño moral y material.» Las fuerzas francesas habían sido arrolladas y la amenaza sobre París y los puertos era evidente.

Después de una época de calma en los frentes, durante la que los aliados velan la guardia alrededor de los campos atrincherados de París, la idea del general Foch toma cuerpo una vez más, pasar de la defensiva al contraataque, y el 18 de julio Foch toma la iniciativa victoriosa. La postrer esperanza alemana había fracasado, y el bastón de mariscal es conferido al victorioso general.

Los comienzos de la gran ofensiva aliada son objeto de una clara exposición en otro capítulo: reunión de los altos jefes, programa a realizar y el gran despliegue de ataque en la batalla inicial del 8 de agosto, que haría retroceder al ejército alemán a la línea Hindenburg, lo que equivalía a abandonar en un mes de lucha lo conquistado en cuatro años de batalla.

Esto era el comienzo del final. La acción se extiende por todo el frente europeo, y en ella la participación americana se deja notar: por el Este, hasta el Mosa, en dirección a Mézières; en el Norte, hasta el mar, en dirección a Bruselas.

Finalmente relata Weygand los detalles de la gran ofensiva final. Los ataques comienzan el día fijado y logran todos sus objetivos sobre un ejército que ya se bate en franca retirada. En medio del éxito aliado, sólo el ala derecha, donde operan los americanos, no está a la misma altura; se mueve con lentitud ante fuerzas enemigas muy inferiores en número. «Es la inexperiencia—escribe Weygand—del mando americano la que detiene sus fuerzas.»

Por último, la firma del armisticio, la dramática entrada de los plenipotenciarios alemanes, las condiciones aceptadas, la alegría del triunfo y las órdenes del día del Parlamento a la nación y del mariscal al Ejército. «D'une gloire immortelle vous avez paré vos drapeaux», decía Foch a sus soldados.

«Ideal vivido—termina Weygand—, porque tuvimos el honor y la dicha de servir durante esta gran época al lado de un jefe incomparable. Ideal vivido, porque hemos visto la unión sagrada de los franceses el día que Francia estaba en peligro, porque el ejército francés se había mostrado tal como lo habíamos soñado que fuese en la disciplina de los espíritus, en la virtud de los combatientes y en el talento de los jefes. Ideal vivido, porque fué a las creencias que habían guiado nuestra existencia de soldados, a la confianza en Dios, a la fe en los destinos de Francia, a las que nosotros debimos el haber vivido esta hora sublime.»

TODO EL PANORAMA DE LA POESIA
CONTEMPORANEA EN

“POESIA ESPAÑOLA”

Se publica un número cada mes y se vende
a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y
Administración: Pinar, 5. — MADRID

SANTIAGO DE DE LA LEGI

La intentona form

«VISION», revista que se edita en los Estados Unidos, ha elevado al cuadrado el sensacionalismo en su número correspondiente al 6 de junio pasado. Publicaba un reportaje en el que se descubría, con todo género de detalles, el vasto plan de invasión que, bajo el título de «Invasión del país XXVI», había sido acordado en la reunión celebrada últimamente en la ciudad canadiense de Montreal por los elementos opositoristas «auténticos» y «ortodoxos» bajo la presidencia del depuesto Jefe del Estado cubano, doctor Carlos Prío Socarrás. En «Visión» se consignaban los diversos aspectos del plan revolucionario, que englobaba prácticamente todos los recursos de que se dispone en la guerra moderna: aviación, fuerzas navales, artillería, etc., y se mencionaban los nombres de los principales jefes del proyecto de invasión militar, en el que el desembarco de fuerzas expedicionarias debería estar sincronizado con levantamientos armados para obtener finalmente el derrocamiento del régimen del Presidente y general Fulgencio Batista y Zaldívar.

Coincidiendo con estas revelaciones de la Prensa, tuvieron lugar varias declaraciones de figuras políticas participantes en la subversiva conferencia de Montreal y una especialmente del propio Presidente Batista, quien afirmó en una alocución radiada que el Gobierno conocía los preparativos militares y revolucionarios elaborados con el propósito de derribarle del Poder. «Desde hace cuatro meses—declaró Batista—se halla en nuestras manos el plan acordado en Montreal. Si ustedes hubieran leído, no lo que dice ese magazine extranjero, sino el plan original, se darían cuenta de que los autores aspiraban a convertirse en opulentos «cosecheros de revoluciones».

GUERRA E INSURRECCION CONTRA BATISTA

Fué de este modo como los periodistas cubanos nos lanzamos a la pista del famoso plan de invasión, y en su busca llegamos hasta el despacho del jefe de los ayudantes del Presidente de la República, coronel Tabernillas al que interrogamos sobre la forma en que habría de desarrollarse el plan y sobre los medios de que se había valido el Gobierno para obtenerlo.

A nuestras preguntas, el coronel Tabernillas responde: «La obtención del plan se debió a la eficiencia de nuestro Servicio de Inteligencia Militar, al apoyo del pueblo, que es contrario a esos procedimientos, y a la actitud de

LA, TERCER TROPIEZO COMUNISTA DEL CARIBE

Parte de un vasto plan de invasión

algunos Gobiernos amigos. También a la imposibilidad de los elementos que planeaban la insurrección para lograr los equipos bélicos necesarios.»

El coronel Tabernillas extrae de su carpeta un voluminoso legajo de papeles: «He aquí el plan de invasión que la Legión del Caribe ha preparado para el ex Presidente doctor Prío Socarrás, quien, en caso de triunfar, sería el jefe del país XXVI, que es como esa organización llama a Cuba en el plan general de invasión a distintos países de la América.»

Vemos el plan de invasión, que comprende un minucioso y extenso examen de operaciones militares y políticas, en el que las misiones de una compleja maquinaria militar se combinan con las de un frente interno clandestino. Las ideas básicas del plan eran las siguientes:

El Mando de las operaciones se ejercería por el Estado Mayor Central de la Legión del Caribe. Se reinstalaría al ex Presidente Prío Socarrás en el Poder, al objeto de desarrollar el programa de la «revolución integral» y se juzgaría como «criminales de guerra» a los civiles y militares que hubieran prestado su apoyo moral y material al Gobierno del general Batista.

Un análisis del amplio plan descubre que en su confección han participado elementos con nociones militares limitadas, pues si bien es cierto que se habla en el mismo de la colaboración de todas las armas capaces de llevar a buen fin un desembarco combinado con operaciones internas, no es menos cierto que en la parte concerniente al epígrafe «Adquisición de elementos bélicos, equipos y recursos militares» aparece una majadería tan grande como la de adquirir 30.000 fusiles de 7 mm. y 25.000 proyectiles.

Que el plan fué concebido en grande lo demuestra la lista de armamentos y equipos complementarios que figuran en el mismo:

30.000 fusiles, 3.600 carabinas o subametralladoras, 600 ametralladoras con trípode, 300 morteros calibres 60, 200 «bazookas», ocho barcos de acero de 300 toneladas, 40 «PT» (lanchas de desembarco), 10.000 botes de goma, 5.000 salvavidas, 25 aviones cazabombarderos y 25 aviones anfíbios de transporte, amén de un extenso material de transmisiones, equipos quirúrgicos, combustible, etc., etc.

LOS ESTRATEGAS DE LA LEGION Y SU EXPERIENCIA GUERRERA

Una simple ojeada a las cien y pico páginas de que consta el fantástico plan de invasión del

país XXVI es suficiente para llegar a la conclusión de que su financiamiento requeriría un Creso. Por otra parte, los confeccionadores del plan, miembros todos ellos de la comunista Legión del Caribe, buscaron deslumbrar con su supuesta sapiencia militar a los «priistas», porque cuanto más fantástico fuera el proyecto de invasión, mayor sería el beneficio que obtuvieran sus confeccionadores.

Indudablemente los enemigos del régimen de Batista no pudieron haber buscado mejores elementos para llevar a cabo sus proyectos que la Legión del Caribe. Esta especie de cuerpo filibustero nació en la ciudad de Méjico en tiempos en que Guatemala era gobernada por el general Jorge Ubico, patrocinador de un proyecto de unidad americana contra el comunismo. La Embajada de Rusia, que desde la trágica y hasta hoy no aclarada muerte del embajador Konstantino Oumansky había perdido su prestigio e influencia en los medios revolucionarios, por conducto del agregado militar, coronel Trusov, inició el reclutamiento de varios elementos refugiados españoles, exilados dominicanos, guatemaltecos, mejicanos y demás. Bosch, el poeta dominicano, y Juan José Arévalo, el guatemalteco, fueron los mentores intelectuales delegados por Trusov en el seno de la Legión del Caribe. Sus jefes militares, ese «Estado Mayor» encargado de dirigir ahora la invasión de Cuba, son el general Ramírez, dominicano; el «coronel» mejicano Juan B. Gómez; el «comisario» cubano Eufemio



El coronel Tabernillas, ayudante del Presidente Batista, reveló el plan revolucionario en Cuba



Esta medalla ocupada a la mayoría de los detenidos en Santiago de Cuba era utilizada como medio de identificación entre los rebeldes



El Presidente Batista, rodeado de simpatizantes, en el Club Náutico de Varadero

Fernández y los exilados españoles Luis Fernando Arévalo, ingeniero de profesión; el «chekista» catalán Fábregas y hasta incluso un rabino judío español, Gorla. La experiencia políticomilitar de todos estos elementos fué suficientemente probada en la Cruzada anticomunista de España, en donde participaron por igual los extranjeros Gómez y Eufemio Fernández y los dominicanos y españoles. Y su nula capacidad militar, puesta de manifiesto igualmente en sus fracasos frente al Ejército Nacional acaudillado por el Generalísimo Franco, sólo ha logrado apuntarse un tanto, el derrocamiento del régimen de Ubico en Guatemala, acusado de «sanginario» y dictatorial, para poner en su lugar al «democrático» Gobierno de Juan José Arévalo, asesino del abogado Manrique Ríos y de su propio y mejor colaborador, el jefe del Ejército, coronel Francisco Arana.

Triunfante en Guatemala, la Legión del Caribe quiso probar su fuerza en una nueva aventura. Nada menos que frente al «imperialismo» británico, despojándole de Belice, sobre cuya propiedad siempre han existido disputas entre Guatemala y Londres. El 6 de julio de 1946 la expedición encabezada por el comunista alemán Hannes Maier debía partir del puerto mejicano de Progreso. Pero el F. B. I., enterado a tiempo, puso el hecho en conocimiento del Foreign Office de Londres, que planteó el asunto con tanta claridad y energía al «Pequeño Stalin» de Guatemala, que éste, atemorizado, ordenó a sus secuaces de la Legión del Caribe que renunciaran al plan de invasión de Belice.

En realidad, la campaña de Belice, totalmente subvencionada por los soviéticos, era una aventura de neta inspiración comunista, lo mismo que lo había sido el fracasado proyecto de Confederación Centricamericana, ambicioso plan de fusión de Guatemala, Honduras, Salvador, Nicaragua y Costa Rica, que, preconizado por Arévalo, hubiera dado a éste el absoluto control de Centroamérica y el establecimiento de bases soviéticas en los lugares más estratégicos del Nuevo Mundo. A distancia conveniente, además, del vital canal de Panamá.

Fracasados ambos planes, la Legión del Caribe enfocó sus actividades hacia Nicaragua y San-

to Domingo, so pretexto de «liberar» ambos pueblos de las supuestas dictaduras que los gobiernan. La Legión del Caribe, plenamente financiada por el dinero ruso, preparó y llevó a cabo la trágica aventura de invasión de Santo Domingo, conocida como la expedición de «Cayo Confites», punto de donde partieron, en el territorio cubano, los expedicionarios de la Legión del Caribe, mandados por los cubanos Rolando Masferrer y Eufemio Fernández, ambos «comisarios» en la guerra de España.

Como es natural, la expedición fué un fracaso o, mejor dicho, una trágica aventura en la que perdieran la vida no pocos de estos aventureros que integran la Legión del Caribe, cuyo odio actual a Batista se basa más que en haber derrocado al doctor Prio Socarrás, en haber privado a la Legión de su principal campo de entrenamiento y su mejor base de operaciones en Centroamérica.

LOS INVASORES DE SANTIAGO

Hace escasamente unos cuatro meses, convocados por Prio Socarrás, acudieron a cierta reunión en Montreal los cabecillas principales de la llamada oposición a Batista. Eran Alonso Pujol, que fuera presidente del Senado en el primer período presidencial de Batista; Tony Varona, senador de Grau San Martín; el ingeniero Hevia, que iba a ser el «Presidente de paja» sustituto de Prio Socarrás; Pardo Llada y Milla Ochoa, ortodoxos—es decir, del partido que fundara el fallecido Eddy Chibas—, y dos «jefes» de la Legión del Caribe, de triste recuerdo por su actuación en la guerra de España, Eufemio Fernández y Madariaga, de la columna del «Campesino».

En aquella reunión que presidiera Prio Socarrás, se tomaron los acuerdos recogidos en el plan de invasión, cuya primera etapa—tan desastrosamente realizada—acaba de llevarse a término en la más oriental de las provincias cubanas: en Santiago de Cuba.

Como agitadores internos fueron adiestrados en las capitales de La Habana y Matanzas, con destino a Santiago de Cuba, los cuantos ilusos y no pocos jóvenes aventureros, atraídos por el dinero abundante que, a manos llenas, han repartido los delegados de Prio. El plan comprendía el aprovechamiento del bullicio que producen las fiestas de Carnaval, que en la zona oriental cubana se celebran en la festividad de Santiago. Los primeros en dar el golpe tenían que ser los componentes del «Frente Interno Clandestino», a los que se había encomendado la captura de los cuarteles y puntos más estratégicos de Santiago de Cuba, distraiendo la atención del Ejército y facilitando de esta manera el desembarco en otros puntos de la isla. Creyeron los revolucionarios que Batista—en el caso de que lograsen apoderarse de todo Oriente—abandonaría la capital para ponerse al frente del Ejército camino de Santiago de Cuba. Con esta idea, lo primero que hicieron fué apoderarse de cuanto auto privado encontraron abandonado por sus dueños en las calles de la capital habanera. Otro tanto hicieron en Matanzas

y en Camagüey, dirigiéndose los revolucionarios, por grupos aislados, hacia Santiago, en donde pudieron penetrar fácilmente y pasar desapercibidos, dada la afluencia de público a las fiestas de Carnaval.

Y así esperaron hasta la madrugada del domingo 26, en que llevaron a cabo la primera parte de su plan. Dirigidos por el ex coronel Oscar Díaz y por un líder estudiantil en tiempos de Prio, llamado Fidel Castro, asaltaron el Hospital Militar y el cuartel de Moncada. Asesinaron a mansalva a los soldados y oficiales enfermos en las camas del Hospital Militar y pasaron a cuchillo a la reducida guardia del cuartel Moncada.

Pero cuando la fuerza militar hizo acto de presencia en el lugar de los hechos, el «valor» de que habían dado muestras frente a enfermos y soldados sorprendidos por la espalda desapareció como si hubiera sido creado artificialmente por alguna droga, posiblemente «mariguana».

Se replegaron hacia los montes cercanos, abandonando en su huida abundante material. Todo ello en su mayoría, según ha podido comprobarse, de fabricación canadiense.

Este es el tercer «éxito» que se apunta en su haber la Legión del Caribe. Una intervención mercenaria en territorio cubano, demostrada palpablemente en el apresamiento por la Marina de Guerra de Cuba de dos barcos de bandera extranjera con hombres y equipos pertenecientes a la Legión del Caribe; una intervención que Prio Socarrás ha negado que ha hecho que los muertos y prisioneros hechos por la fuerza armada llevaban como identificación una plaquita de metal con la inscripción de «Florida», la ciudad donde, cómoda y fastuosamente, rumia su voluntario destierro el doctor Prio Socarrás.

Para los «priistas» ninguna justificación mejor que el financiamiento de los planes de la Legión del Caribe. Olvidan, sin embargo, un hecho capital: si el 10 de marzo de 1952 el general Batista pudo conquistar el Poder sin derramamiento de sangre, débese ello a que el Ejército, cansado de las humillaciones, vejámenes y menosprecio de que le hacían víctima los políticos de Prio, se negó a defender un Gobierno que se había situado, él mismo, al margen de la ley, propiciando los asesinatos políticos, sin ordenar la detención de los «gangsters» que tenían libre entrada en palacio. Si ahora la intentona comunista de Santiago ha fracasado ha sido por todo lo contrario: porque el pueblo no ha querido intervenir en un problema que sabe no le interesa y porque el Ejército reivindicado y puesto en el lugar que le corresponde como custodador del orden y defensor de las instituciones nacionales, ha sabido replicar adecuadamente a los intentos subversivos de quienes no se conforman con el ostracismo y sueñan con la revancha a cualquier precio, sin reparar en las víctimas inocentes que su ambición de Poder ocasiona.

Rafael MIRALLES PRAVO
(Exclusivo para EL ESPAÑOL)

RECIBIRA USTED
EN SU CASA

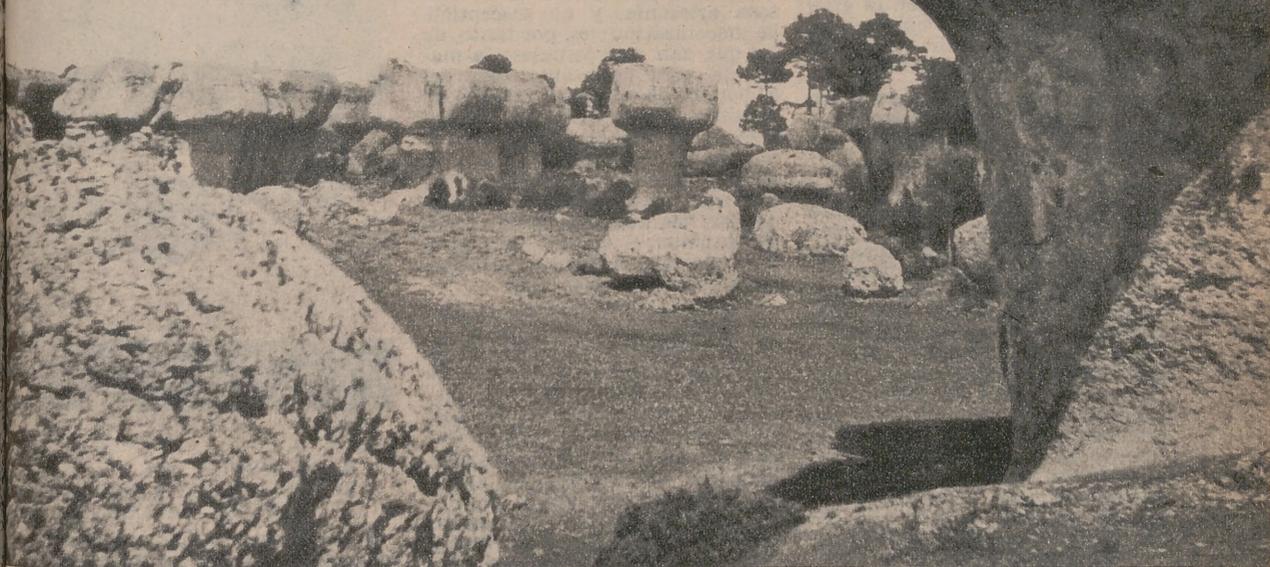
“El Español”

todas las semanas si
solicita una suscripción

Un trimestre	30 pts.
Un semestre	60 »
Un año	120 »

Pedidos a Administración de
EL ESPAÑOL, Zurbaro, 53
Madrid

CUENCA A LA CONQUISTA DE LOS CERROS



LA CIUDAD ENCANTADA ESTA EN TODOS LOS SITIOS

Al llegar tengo tiempo todavía de hacer una ronda entre dos luces.

Cuenca son dos ciudades. Una, la Cuenca nueva: zona residencial de instalación moderna, zona comercial y alojamiento de la mayor parte de las oficinas. Cuando nos volvemos de espaldas a esa ciudad, a medida que caminamos, nos acercamos a la Cuenca «de arriba» y vemos cómo se aprieta la ciudad, y el pequeño ejército de barriadas se estrecha y empieza a ser comprimido contra su retaguardia al tropezar con los cerros semiurbanos: el de San Crisóstobal y el del Sagrario; y detrás, el de la Majestad.

Desde lejos, el conjunto de la ciudad os parecerá un ejército lanzado a la conquista de los cerros.

Los tres hacen las puntas de un tridente con dos espacios interiores: las dos «hoces» abiertas del Júcar y del Huécar, que confluyen en la ciudad. Y por las laderas escarpadas trepan las casas de la Cuenca vieja, en las que se puede cumplir muy bien la anécdota del burro asomado a la ventana del tercer piso, porque, desde aquí, desde donde yo estoy mirando, bermejo por el sol decadente, el montón de edificios vetustos, las habitaciones que pueden ser piso bajo o sótano de rampa en la calle de arriba. ha-

cen piso tercero en la calle de abajo.

En la confluencia completamente urbana de los dos ríos, tomo el curso del Huécar, ya con la noche sobre el suelo y con los saucos medio borrados a su través. Si decimos que el río se ha secado, decimos una inexactitud; no es que se ha secado, sino que se lo ha bebido, antes de llegar aquí, la maravillosa capilaridad de las acequias, con cuya red se ha alzado una fronda espesa entre la aridez imponente de las dos cimas. Y un poco más arriba encontramos otra vez el agua.

Pero ya se ha marchado la luz. Lo que se ve, en la hoz, son grupos de gigantes deformes, cuyas cabezas se recortan contra el cielo estrellado, mejor que sus corchachones enormes sumidos en el seno de la montaña; y así, a ambos lados del camino, entre la extraña y fantasmal crestería de las cabezas del farallón, marcháis como circundados de genios difusos, aptos para suscitar esa nostalgia de lo nuevo o de lo ignoto, a la que todavía no han sabido dar nombre los que estudian la gama de la sensibilidad y de las percepciones humanas.

HAY QUE VENIR A LAS PROVINCIAS A APRENDER COSAS

Después de mi visita al Gober-

nador, en la que me han sido señalados problemas completamente inéditos en la vida de las viejas provincias agrícolas españolas, lo primero que conozco es la Escuela de Trabajo. Completamente unida, con carácter positivo y realista, a los planes económicos que han comenzado las instalaciones de sus fábricas para desarrollar, aquí mismo, una gran industria maderera; su finalidad es producir los obreros especializados necesarios a esa gran industria y a sus ramificaciones. Está subvencionada por la Diputación.

El señor Vidal Cadenas, ingeniero director de la Escuela, nos ha contagiado su emoción por esta obra que aquí, y en todas las provincias en donde existe, va a cambiar el tenor de la vida española.

En nuestra visita hemos tenido suerte, porque, pese a la vacación estival, hay aquí un grupo de muchachos que trabaja, «suo arbitrio», sobre un pequeño aparato. Un transformador.

—Oye—le digo a uno de ellos—, ¿cuánto vas a ganar cuando salgas de aquí?

No se le ofrece ninguna duda.

—¡Mil pesetas!

Otro va a marchar a trabajar a la Standard, de Madrid.

—Pero eso de que vas a ir a la Standard ¿lo sabes seguro ya?

—No, señora. ¡Que digo yo que quiero ir!

Para evitar el cumplimiento de estos propósitos—la emigración infalible de los mejores—es por lo que esta Escuela no trabaja al aire. Allí, en el seno mismo de la provincia, encontrarán pronto donde emplearse esos obreros doctores en su oficio, estos muchachos que han formado un corro de euforia en cuanto se toca el tema de su porvenir personal—porque saben que antes de acabar, y con diecisiete años, hay uno de ellos «ganando ya mil pesetas» en Barcelona—. No saben la gran tarea transformadora que descansa sobre ese porvenir que ahora están fraguando en quimeras.

EL RESURGIMIENTO DE LA VIDA PROVINCIAL ESPAÑOLA

Porque aquí veo no sólo el hecho de la industrialización, sino otro que es tan interesante para el punto de vista nacional como para el social: la industrialización es descentralizada. Esta Escuela, mediante la cual Cuenca va a ser pronto una unidad económica completa, es el cauce de una actividad que he visto en toda la provincia a mi paso por las estaciones; son pocos los pueblos del trayecto en donde no veis una gran chimenea majestuosa que se impone al paisaje y le sella con su penacho de humo; por todas partes hay una actividad nueva que no responde al mediodía canicular de las viejas provincias, aquellas trágicas y mendigas provincias de Azorín o de Enrique de Mesa.

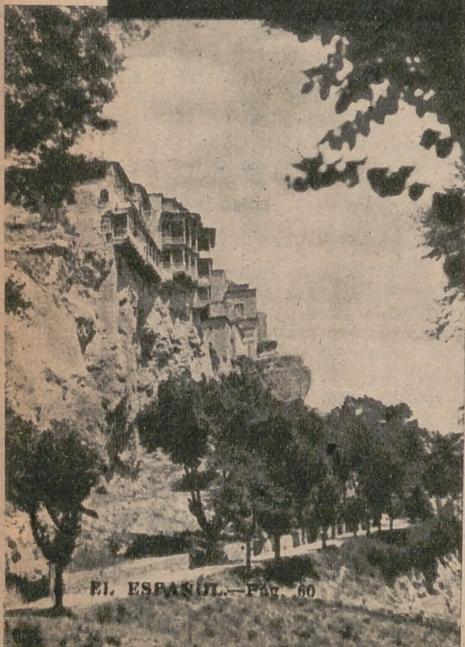
«¿Cuenca existe?», se preguntó al final del pasado siglo, como comentario supino a un «burgo podrido», alguien a quien García Sanchiz aludió en una de sus charlas. Ahora repetimos la contestación a esta pregunta. Existe, y sobre su base económica se apoyan estas escuelas que estamos visitando.

SEIS MILLONES SEISCIENTOS SETENTA MIL CESTOS

Esa vida económica, substrato de esta preparación técnica, os la voy a dar en resumen.

Dejando para capítulo aparte

Casas colgantes, en Cuenca



las explotaciones forestales, quizá la riqueza agrícola más fuerte es la producción del mimbre, en la Alcarria—Friego y Cañete—. Su cosecha se puede calcular en más de ocho millones de vara verde. Y toda esa riqueza, por falta de técnicos, se ha estado exportando a Levante y a Cataluña, mientras la falta de trabajo en la agricultura en ciertos períodos del año obliga a los agricultores a desplazarse a regiones manufactureras para remediar su desocupación estacional.

La industria cestera es de forzosa artesanía, y no susceptible de mecanización; es, por tanto, de las que dan más jornales; la mano de obra representa más del 50 por 100 de cualquier artículo de mimbre. Y eso crea un curioso trabajo de etapas, cada una de las cuales corresponde a un grupo de miembros de la familia: los menores y las mujeres se dedican a tejer; los hombres de edad mayor asumen el trabajo más duro de armarlo y hacer, en realidad, la construcción del cesto.

Con el mimbre que se cosecha en la provincia, juntamente con la caña necesaria, se pueden construir seis millones seiscientos setenta mil cestos. El coste de mano de obra por cesto es de 2,50, por tanto la mano de obra asciende a dieciséis millones seiscientos cincuenta mil pesetas. El jornal medio de bracero en la provincia es de 14 pesetas; esto da un millón ciento ochenta y nueve mil doscientos ochenta y cinco jornales al año, o sea, una colocación diaria de 3.238 productores. Con esto, si el paro agrícola estacional no queda resuelto por completo quedará, al menos, muy aliviado. No damos por pura curiosidad minuciosa todos estos datos, sino para hacer comprender la enorme misión social de las Escuelas de Trabajo, que han de completar y llevar a término toda esa transformación.

La vida industrial existente en Cuenca, la que está ya necesitando para su pujanza todos esos mecánicos y esos electricistas que ahora vemos en aprendizaje, tiene este volumen. Hay 54 fábricas de harina y 235 molinos maquileros en la provincia; 12 fábricas de alcohol y cuatro de anisados y licores; 166 molinos de aceite y cuatro para la extracción de aceite de orujo; 16 fábricas de hilados y tejidos, sin que debamos olvidar los 32 talleres artesanos que tienen su origen en las antiguas instalaciones manuales y constituyen su venerable supervivencia. La industria eléctrica se desarrolla a base de centrales hidráulicas situadas en el Júcar, el Guadiela y el Gabriel—hay un fenómeno curioso y es la frecuencia con que se transforman en centrales eléctricas los antiguos molinos harineros—. Total de centrales, 70; producción, 130 millones de kilovatios. La provincia no consume más que 20 millones y puede permitirse la exportación de 110.000, principalmente a Madrid.

Después de hacer esta revisión sumaria sobre la naturaleza económica de la provincia, base de esta Escuela de Formación Profesional Obrera, volveremos con nuestros amigos los aprendices.



El raro paisaje de Cuenca

NADA MENOS QUE TRIGONOMETRIA PARA PRACTICAS DE TALLER

En la Escuela se da—cada una en cuatro cursos—clase de ebanistería y carpintería mecánicas, forja, electricidad y mecánica práctica, con sus correspondientes asignaturas teóricas y con los cursos previos de cultura general, que son los corrientes en las escuelas primarias. Como complemento hay cursos especiales de tractorismo y automovilismo. La matrícula actual es 350 alumnos.

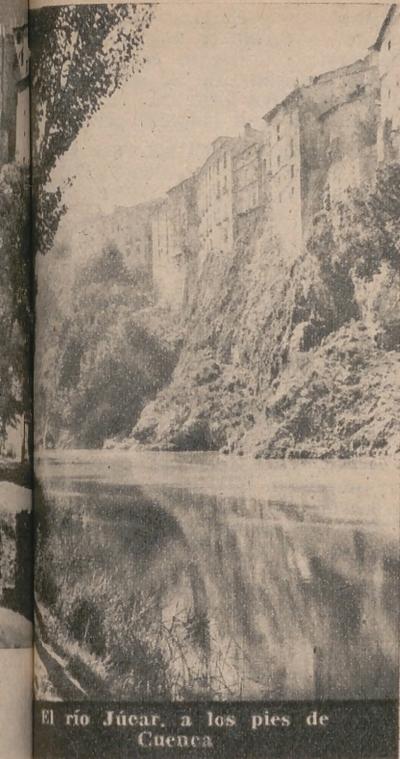
—¿Cómo es que has sabido hacer este dibujo tan difícil?—le pregunto al de las «mil pesetas», enseñándole, en la clase de dibujo industrial, su propia lámina, de una complicación escalofriante.

—Copiándolo de una pieza. Por trigonometría.

Antes de marcharme he visitado las instalaciones de la nueva planta, en el segundo piso, amplias, alegres y completamente adecuadas al clima, con sus ventanas dobles y sus instalaciones ultramodernas. Y he hecho, para ver esas instalaciones, unos ejercicios acrobáticos portentosos, como los que yo hago siempre en los reportajes para EL ESPAÑOL y no voy a hurtaros el placer de conocerlos. Porque se sube al piso superior por unas escaleras de gallinas que, por reducción a la catástrofe, resultan muy a propósito. A saber: es una tabla lisa, en plano inclinado sobre el abismo, pero interrumpida de cuando en cuando por unos travesaños que una vez que ya estáis resbalando con marcha atrás os detienen a su debido tiempo.

EN CUENCA NO SE PIERDE EL TIEMPO

La Escuela Sindical es una segunda edición de la Escuela de Trabajo, pero con estudios diferentes, como es natural, de modo que entre la una y la otra completen un cuadro total de preparación.



El río Júcar, a los pies de Cuenca

del Júcar, con su agua que tiene color de hierba. A la orilla derecha se alza, peñas arriba, la ciudad vieja. Y a su espalda, echada hacia detrás la enorme cabeza arrogante, desolado, yermo y solitario, el cerro de la Majestad.

Ese cuadro está en silencio; es la hora primaria del amanecer. Yo he llegado aquí desde la plazuela de San Andrés, cruzando ante una portada que, con sus frontones de regularidad impecable, sus esferas y sus estípites grises por la amanecida, está clamando con sus líneas el siglo en que se alzó. En la puerta de la iglesia reza: «Junta de Cofradías.» Desde allí he venido por el «Callejón de los Artículos». Un pueblo de teólogos alzó estas calles y estas iglesias. Todo clama aquí el genio de su época, y este callejón, de donde la noche aun no se ha marchado, se hubiera podido llamar igual «Callejón de los Silogismos» o esa glorieta «Plazuela de la Proposición».

Desde allí paso a asomarme por el portillo ojal que os he dicho, a la hoz del Júcar. No es esta hoz abrupta como la del Huécar, que veremos más tarde. El silencio y la serenidad son solemnes, y ni en esa verde explosión de la vega, ni tampoco en el callejón que tengo a mis espaldas hay una sola referencia al tiempo. Lejos, en un convento de la otra hoz, ha empezado a sonar un redoble, y desde lo alto del cerro de San Cristóbal se viene en comba sobre el cauce, rasgando el aire con su grito —«¡despertad!, ¡despertad!»—una bandada de chovas. Entonces, como si lo hubieran obedecido, sobre la ciudad se desencadenan las campanas.

COCINERO ANTES QUE FRAILE

El señor alcalde de Cuenca, camarada Cano Guijarro, fué dele-

gado de Sindicatos antes de ser alcalde—aparte de que fué, es y será, pescador de truchas con éxito aceptable—y cumple su función municipal con una solera de dinamismo y de sentido económico que no tendría quizá sin aquel prólogo.

—¿Qué problemas y qué obras tenéis pendientes, ya que «Cuenca existe»?

—Tenemos mucho de todo. En noviembre estará funcionando un canal de nueva conducción de aguas con capacidad de 60.000 litros. Y está en proyecto una red totalmente nueva de conducción con depósito de 15.000 metros cúbicos de capacidad. Actualmente el depósito tiene una capacidad de 8.000 metros cúbicos.

—¿Crees que el aumento de consumo de agua se debe a crecimiento de la población consumidora?

—No, sino al crecimiento de la necesidad de consumo por individuo. Cuenca está remontando un proceso de modernización enormemente rápido, que podrás contrastar perfectamente si has visto la ciudad hace tiempo. Hay elevación del nivel de vida en los habitantes, más consumo para instalación de baños, etc., aparte de un enjambre de pequeñas empresas industriales, que ése sí crece en número de día en día.

He estado en Cuenca hace mucho tiempo, en efecto. Y doy fe de ese proceso de modernización de que habla Cano Guijarro.

—¿Os van a costar muy caras todas esas obras?

—La instalación nueva del suministro de agua va a costar siete millones; pero no es eso sólo. Hay en planta nuevas necesidades de alcantarillado, como consecuencia de ese proceso, y un plan completo de instalación.

Esta última tiende más bien a la manufactura artesana, esos productos agrícolas que actualmente pierden valor económico y social, valor de jornales, con la exportación interprovincial en bruto.

Me enseña la Escuela nuestro inseparable cicerone Alvarez de Castro, el delegado provincial de Sindicatos, que está tan enamorado de su obra como el señor Vidal de la suya. Cada uno tiene una novia con su escuela.

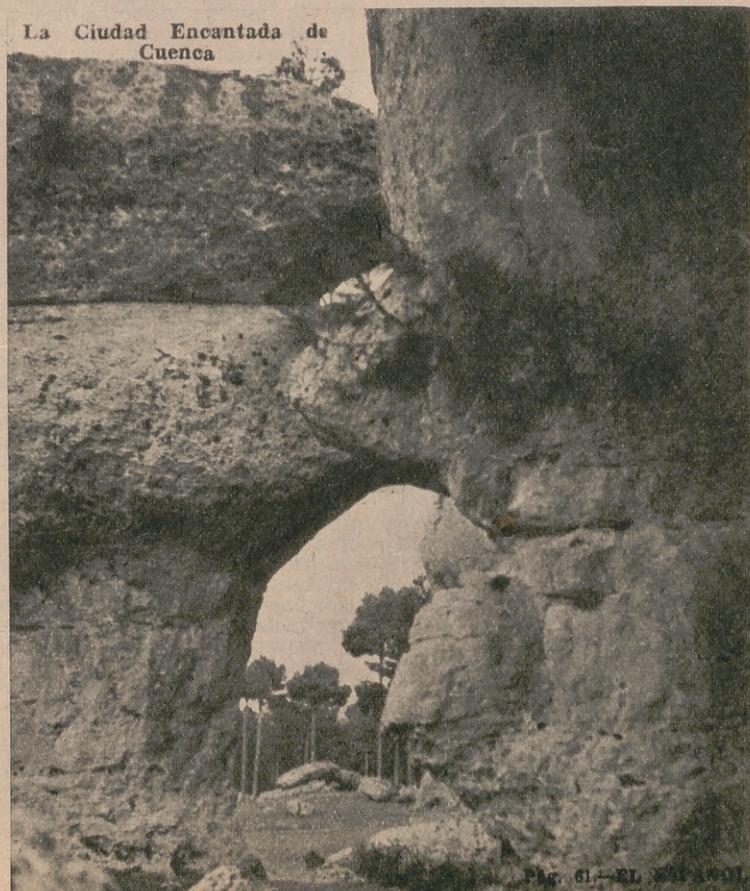
—¿Cuándo vais a empezar a poner esto en marcha?

—En octubre, con cien alumnos, de los cuales, veinte internos. Como te he dicho, la enseñanza en la que más interés tenemos, porque es la más resolutiva y la de efecto más próximo es la del trabajo del mimbre; pero también se enseñará la elaboración de productos de esparto, cerámica y albañilería.

Clases llenas de alegría y de higiene que he visitado con envidia, no sé si por nostalgia escolar.

EL «CALLEJÓN DE LOS ARTICULOS»

Por el marco de luz de la ojiva —una travesía de calle a calle con bóveda apuntada—lo que se me presenta de pronto a la vista esta mañana en que he madrugado para hacer otra ronda por la parte vieja, es un cuadro de verdor profundo. Allá abajo, en el fondo de la hoz, hay un prado pequeño, de un verde imponderable, limitado por una fronda de álamos y de plátanos gigantes; y justamente a la orilla del verde, un sauce que se inclina y peina con sus hojas el suelo. Cuando cruzo la travesía, salgo del campo limitado por la ojiva, y veo que por abajo corre el Júcar, simultáneamente, nace la brisa y riza el río; entonces, aquella imaginación se deshace, y el prado se convierte en agua quieta y tranquila. Es el Júcar, un meandro





Alrededores de Cuenca

—Bueno; y eso de que sois muy ricos... ¿qué?

—Eso, según... No sé si sabes que constituimos el segundo Municipio maderero de Europa; antes que nosotros está Ginebra.

—De modo que, ¿de Ginebra abajo, ninguno? Pero entonces sois bastante ricos.

—Como si lo fuéramos en una cuenta corriente bloqueada. Esa riqueza ha pasado hasta ahora por nuestras manos en cada subasta; ha dejado unos intereses pequenísimos dependientes de los movimientos, especulativos o casuales, de alza y de baja de los remates, y ha emigrado, con los troncos en bruto, a producir en otra parte. Pero está ya comenzada la construcción de un plan de manufacturas modernas.

—Sí; y casi me interesa más que me hables de las consecuencias sociales que tendrá para la vida provincial esa cadena de instalaciones que estáis proyectando.

—¡Eso no necesitas que te lo diga! Lo primero es la conclusión del paro, porque la extensión del mercado maderero que se surte de estos pinares es enorme, y la demanda garantizará trabajo sobranante en cuanto los productos e incluso los subproductos se elaboran aquí. Después, tú sabes perfectamente la diferencia de estilo que tiene la vida de una ciudad industrialmente activa, respecto a la de una provincia agrícola.

La realidad es que Cuenca está ya cambiando de estilo y de hábito, y que las grandes manufacturas cuya realización ha comenzado no harán sino rematar ese proceso.

EL SEGUNDO MUNICIPIO FORESTAL DE EUROPA

Veintidós zonas de pinar tiene Cuenca, entre todas las cuales dan una superficie poblada de 48.314 hectáreas. En cuanto a su calidad, golpead la viguería, muchas veces centenaria, de sus casas y palacios y os darán la contestación. También necesito decir que estas vigas se venden hoy a precios muy superiores a las actuales.

El precio de los productos forestales de los montes públicos está lógicamente sujeto a una serie de fluctuaciones en perjuicio

de la entidad propietaria, la mayor parte de las veces por una coalición tácita o deliberada de los compradores, de acuerdo en provocar la caída de los precios en su beneficio. Esa es la razón de que muchas veces las subastas queden desiertas. Aunque a este reportaje no le corresponde adentrarse muy por lo profundo de problemas y circunstancias de explotación, hay un dato elocuente: hemos visto que los remates sostenidos por licitadores privados suben casi hasta doblarse desde que el Ayuntamiento inició la buena política de aprovechar el mismo, con manufacturas directas y locales, parte de sus productos madereros.

La iniciación de esta política de manufactura de productos y subproductos se debe precisamente a la inhibición total de los licitadores en una subasta: la del año 1949-50. No habiendo comprador, el municipio de Cuenca reaccionó de un modo varonil, luchando con enormes dificultades establecido, por su cuenta, el primer aserrío.

Tenia entonces el Ayuntamiento una deuda flotante de cinco millones de pesetas y un presupuesto de gastos de cerca de nueve. En esas condiciones se enfrentó con la necesidad de improvisarlo todo, financiación, organización industrial, y lo improvisó. Pero con tales resultados, que la Corporación Municipal solicitó de la Delegación de Industria la ampliación de la serrería hasta un volumen de 18.000 metros cúbicos de madera. En diciembre de 1951 quedó instalada dicha ampliación industrial.

UN INCENDIO DE CONSECUENCIAS DECISIVAS

Y en diciembre de 1952, la serrería fué prácticamente destruida por un incendio. Pero el incendio ha tenido consecuencias decisivamente favorables, a pesar de los gastos de reconstrucción. Porque de ese siniestro nació la idea de la política de municipalización, en gran escala, de la explotación de productos y subproductos madereros.

En el mismo mes de diciembre de 1952, la Corporación Municipal adquirió, para instalación de la fábrica, unos terrenos de 74.000 metros cuadrados, aptos para el acceso de materia prima por carretera y para la expedición por ferrocarril, con muelle de carga dentro de la misma serrería, de los productos manufacturados, y con capacidad para campos de deportes, capilla, viviendas, etc.

El presupuesto necesario para la construcción de las grandes plantas industriales es de quince millones de pesetas, que cubrirán todos estos gastos: solar, explotaciones, zanjas de cierre y construcción, embalse para flotación de madera, construcción de cuatro naves para maquinaria y almacenes, construcción de edificios accesorios, construcción de sesenta viviendas, adquisición e instalación de maquinaria, instalación y conducción de energía eléctrica y adquisición de elementos de transporte.

Para todo este gran plan industrial el Ayuntamiento había proyectado, en principio, la forma de empresa mixta, con objeto de buscar apoyo en el capital privado. Ofrecido por la Dirección General de Montes el apoyo financiero

necesario, la cooperación del capital particular ha dejado de necesitarse y la Empresa se orienta ahora en forma de negocio, y no de servicio. Con esto, esa enorme obra, desligada de la legislación administrativa, ganará toda la agilidad de una empresa privada.

«HAGO DOCUMENTO DE DONACION A PERPETUIDAD Y CON DERECHO HEREDITARIO...»

Después de mis ejercicios acrobáticos, lo que más ha admirado de mi información a nuestros amigos de Cuenca es el verme encarada con la carta de donación de la riqueza forestal al Municipio; porque ellos se creían que me parecería una especie de megaloterio notarial de épocas geológicas y yo lo traduje directamente sin transcribir, gracias a mi segundo oficio. Que se entere el Tribunal que me suspendió hace trece años.

Es la venerable carta de donación de Alfonso VIII, justamente en virtud de la cual es Cuenca el segundo Municipio de Europa en riqueza forestal.

«Todos los montes, los prados y las aguas, con todas sus pertenencias» es lo que Alfonso VIII dió a este Ayuntamiento, y en verdad que bien pronto, arrojando resistencias materiales y resistencias imponderables, Cuenca, convertida en unidad económica completa, con materia prima y con manufactura, va a cumplir a la letra la vieja carta de la donación medieval.

Después de esto no me queda más que haceros sentir conmigo la grandiosidad natural de toda esta riqueza.

EL MIRADOR CALVO SOTELO

Está en el más oscuro, seco y nudoso de los pinares de Cuenca, el de los Palancares, y allí fué donde se maduró el proyecto de la mejor ley de Administración local que ha tenido España: fué precisamente para concebirla, para lo que Calvo Sotelo se retiró a este sitio y pasaba grandes ratos en este mirador, cuyo objeto genuino es la vigilancia continua del pinar contra los incendios. Se sube a él por una escalerilla proyectada hacia fuera de la loma en la cima de la colina, de tal forma que domina una enorme extensión.

En hectáreas y hectáreas, en leguas y leguas de llanada, este pinar es una gran masa espesa, profunda y sin un claro. A los montañeros de la cordillera central, los de Balsain y Peñalara, acostumbrados a esa gran sinfonía con variaciones—el paisaje de cimas, los riscos todavía desnudos vertiente abajo, las praderas altas, luego los pinos de cumbre, retorcidos y trágicos, y, por fin, el pino luminoso, recto y erguido de los valles—, les aplasta este concepto seco, rotundo y absoluto del bosque. Acabamos de ver en él la fuga íntima y patética de un gazapillo ante la rapsodia. Y para que aumente su enorme sensación de virilidad, sabemos que en este macizo bosque hay jabalíes y caza mayor—que pronto se convertirán en explotaciones de coto.

Este bosque—cuyos pinos tienen un tronco oscuro y rugoso, como el de las encinas—es llanu-

ra y es masa; su tamaño infinito hasta el horizonte nos abruma, y su severa monotonía nos despierta el miedo. Y, en efecto, nos dicen que son fáciles y graves los extravíos en este océano de árboles sin cumbres ni picos, sin nada que sirva de orientación ni referencia.

LA «TORCA DEL LOBO»

Una «torca» es un embudo cortado limpiamente y en redondo por la Naturaleza en cualquier lugar de este bosque; y es un embudo truncado a media altura, de tal suerte que desde esa media altura hasta los bordes superiores tiene las paredes cortadas a pico, completamente verticales; luego, cónicas, a una profundidad imponente, y cubiertas de hierba y boscaje. Y ese suelo está allá en el terrible fondo rezumando humedad. Cuando algún pastor ha bajado allí se ha descolgado con cuerdas por la cortada y luego ha seguido bajando en zigzag por el segundo plano, cuya inclinación no permite bajar en recto sin rodar la pendiente.

Hace años, en un artículo publicado en ABC, el señor Martínez Kleiser decía que, fuera de la región del Karst, el fenómeno de las «torcas» no se da en parte alguna del mundo más que aquí.

En este oscuro e imponente bosque—yo utilizo la palabra *pinar* para el de Guadarrama, en cuyos valles los pinos parecen ellos mismos, a veces, fuentes maravillosas de luz, y, en cambio, cuadro perfectamente la calificación de este otro con la palabra *bo* que encierra otra grandeza diferente y otra clase de majestad—está poblado de embudos como éste. La Torca del Lobo, que tenemos a nuestros pies, es la más imponente de todas.

LA HOZ DEL HUECAR

Acabo de despedirme de todos los amigos de EL ESPAÑOL en Cuenca. Cano Guijarro, ese alcalde dinámico como un hombre de negocios; el gobernador, camarada Gabriel Juliá, y el presidente de la Diputación, señor Lledó, y ahora me despido de la hoz. Pero ni sola, ni en ayunas. Con Alvarez de Castro están comiendo conmigo, frente a una maravillosa ventana que domina el curso del Huécar, todos nuestros protectores y cicerones del Ayuntamiento.

Las hoces del Júcar y del Huécar, peñas arriba desde el río hasta las cimas de los tres cerros, son un portento de majestad y de aridez. Empezan donde el pozo lujuriente de verdura concluye: a la orilla de esa agua verde y viva que nos confundió ayer con el verdor de un prado, bajo el sauce.

Son, dejando la ciudad entre los dos ríos, cuatro farallones erectos, áridos y entregados a un estio implacable; están recortados en formas extrañas, agrupados en corros de extravagantes seres que eternamente esperan algo, enigmáticos, desnudos y trágicos, sin más vegetación que la hierba pobre que amarillea entre calva y calva.

Pero por el capricho de aguas subterráneas alguno de estos se-



Los chopos prestan singular encanto al paisaje cuense



res extraños de piedra—estos gigantes tienen un genio especial, y por eso les llamo «seres»—están, sin embargo, maravillosa y caprichosamente revestidos de hiedra, desde la base hasta la cima. En esta aridez vertical de las hoces existen manantiales de agua filtrada que los hielos convierten en palanca, en una cuña formidable, que de improviso puede lanzar hacia fuera un trozo de montaña y derrumbarla sobre la vega. Hace poco tiempo un consumidor y un pintor abandonaron la caseta de consumos donde ambos trabajaban en el fondo de la hoz para ir a tomar un vaso de vino. Al regresar, la casa no existía, y sólo un montón de bloques formidables ocupaba su sitio.

REPOBLAR ES UN BUEN CONSEJO

Así es como, si no se repueblan de árboles los tres cerros, las hoces se irán ensanchando y devorarán la montaña, para que nuestros descendientes remotos conozcan ahí, en el maravilloso accidente actual de las hoces, un llano desierto cruzado por dos ríos pobres. Y así es como son verticales y vertiginosas las paredes de las hoces. Tienen el color de la tierra herida a causa de que las cicatrices de la tierra tardan en desaparecer.

Su tenor hace que la barrancada parezca tallada en madera. Son de un color y de una apariencia de tea, reforzada tremendamente por las estructuras verticales del abismo, gigantes, nervaduras, grietas, todo un mundo fantástico proyectado de abajo arriba; tierra como astillada, como un tronco del que se ha desgajado un pedazo. Y en esa estructura de leño rojizo las manchas de humedad provocan aquí y allá, en las paredes verticales, estallidos de vegetación. En las cimas, la hierba pobre parece liquen pegado a este leño laberínticamente carcomido; en los manantiales ocultos, una vegetación deslumbradora se despeña en cascadas intermitentes por el abismo.

Así son las hoces. Aquí, en

Cuenca, la Ciudad Encantada, está en todos sitios.

Creo que de mí persona lo primero que entró en el tren fué la cabeza. Luego, mi cuerpo, y luego, la maleta, que me lanzaron desde el andén. Apenas tengo tiempo de alcanzar una ventanilla para decir adiós a los que, después de obsequiarme con su compañía y con esa imponderable comida sobre la hoz, han realizado el milagro de hacerme llegar a tiempo de tomar el tren por la cola, arriesgando su vida junto a mí en un coche lanzado a toda velocidad por la cuesta de San Pedro abajo.

¿Qué más? La vida activa de la zona, que no se suspende ni en plena canícula, ni en pleno mediodía; da calor el ver las estaciones atrajinadas, que son una muestra elocuente de lo que nos ha traído aquí: rastrear los primeros ruidos de la industrialización en una provincia española.

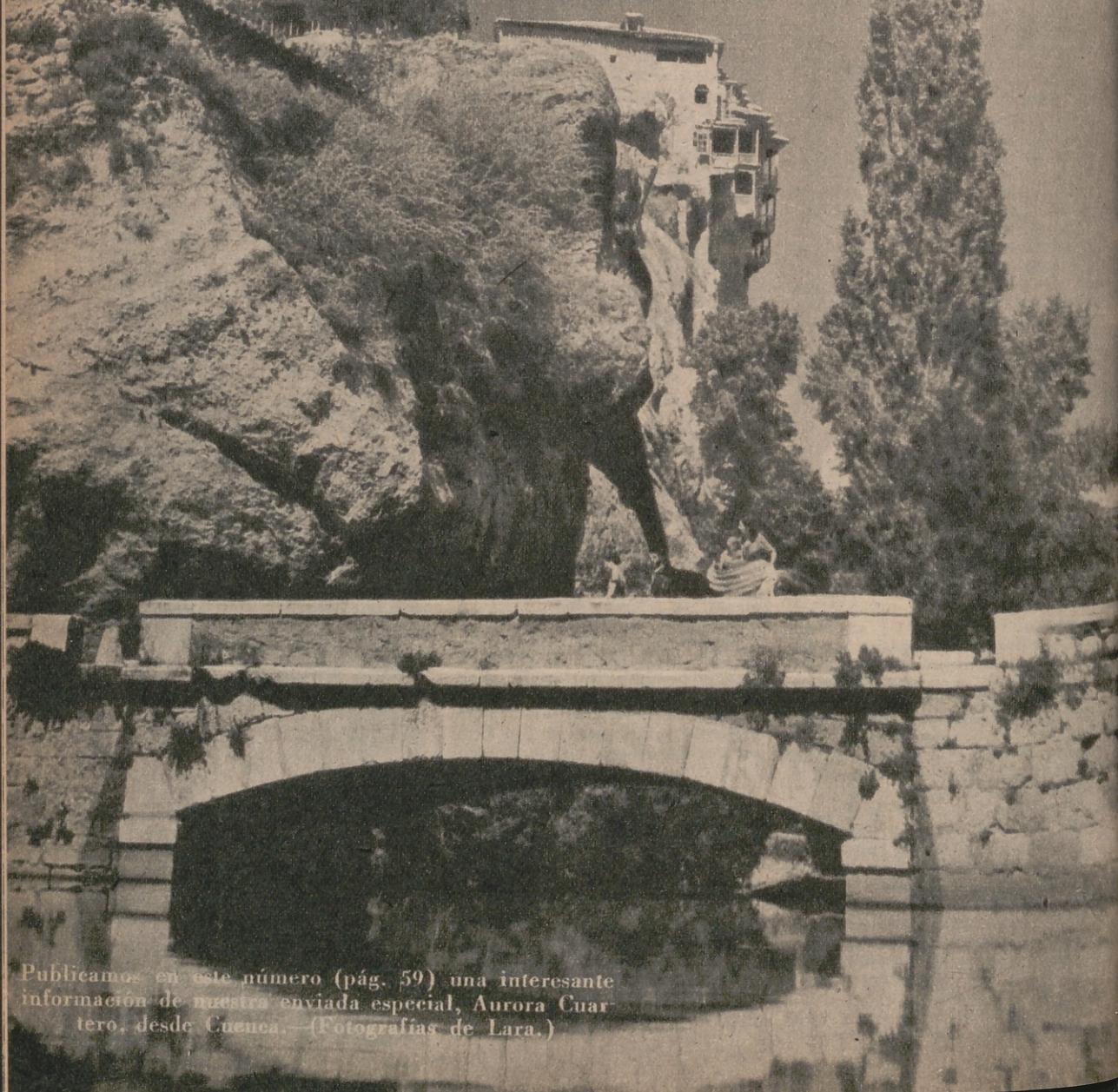


EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 12

CUENCA A LA CONQUISTA DE LOS CERROS



Publicamos en este número (pág. 59) una interesante información de nuestra enviada especial, Aurora Cuartero, desde Cuenca.—(Fotografías de Lara.)